



COLEGIO DE MEXICO

LA PRENSA LIBERAL Y LA CONSERVADORA
EN ESTADOS UNIDOS ANTE LAS
ELECCIONES FEDERALES DE 1988 EN
MEXICO.

LAS TENSIONES ENTRE VALORES, DISCURSO E INTERESES
EN LA POLITICA EXTERIOR NORTEAMERICANA

T E S I S
QUE PRESENTA
LORENZO MAURICIO MEYER FALCON

EN
EL COLEGIO DE MEXICO
PARA OPTAR POR EL GRADO DE
LICENCIADO EN RELACIONES INTERNACIONALES



JULIO 2003

**LA PRENSA LIBERAL Y LA CONSERVADORA EN
ESTADOS UNIDOS ANTE LAS ELECCIONES
FEDERALES DE 1988 EN MEXICO.**

**LAS TENSIONES ENTRE VALORES, DISCURSO E INTERESES
EN LA POLITICA EXTERIOR NORTEAMERICANA**

**TESIS
QUE PRESENTA**

LORENZO MAURICIO MEYER FALCON

**EN
EL COLEGIO DE MEXICO
PARA OPTAR POR EL GRADO DE
LICENCIADO EN RELACIONES INTERNACIONALES**

Julio 2003

INDICE

1. INTRODUCCIÓN	7
1.1. La importancia de la coyuntura	9
1.2. El desarrollo de la relación bilateral	11
<i>1.2.1. Una historia de diferencias crecientes y desencuentros</i>	<i>11</i>
<i>1.2.2. Resumen.....</i>	<i>18</i>
1.3. Qué se entiende por liberalismo y conservadurismo en Estados Unidos	19
<i>1.3.1. La herencia liberal.....</i>	<i>19</i>
<i>1.3.2. El americanismo.....</i>	<i>20</i>
2. LA IDEOLOGÍA NORTEAMERICANA Y EL SISTEMA POLÍTICO MEXICANO	22
2.1. La mentalidad norteamericana	22
<i>2.1.1. El puritanismo.....</i>	<i>23</i>
<i>2.1.2. La evolución de la idea original</i>	<i>27</i>
<i>2.1.3. El americanismo como ideología.....</i>	<i>29</i>
2.2. Las características generales del sistema político mexicano	34
<i>2.2.1. Definición</i>	<i>35</i>
<i>2.2.2. La formación del Sistema</i>	<i>37</i>
<i>2.2.3. El modus operandi</i>	<i>41</i>
<i>2.2.4. La legitimidad.....</i>	<i>42</i>
<i>2.2.5. El partido.....</i>	<i>43</i>
<i>2.2.6. Sumario.....</i>	<i>46</i>

2.2.7. <i>Conclusión</i>	48
3. LA POLÍTICA EXTERIOR NORTEAMERICANA Y LA RELACIÓN BILATERAL EN LA DÉCADA DE 1980	49
3.1. Fundamentos y evolución de la política exterior norteamericana en general y hacia América Latina en particular	49
3.1.1. <i>Entre el aislacionismo y el activismo</i>	49
3.1.2. <i>Hemisferio Occidental</i>	53
3.1.3. <i>La Guerra Fría en América Latina</i>	58
3.1.4. <i>El factor interno</i>	60
3.2. Características y problemática de la relación bilateral durante la década de 1980	62
3.2.1. <i>Washington retoma la ofensiva</i>	62
3.2.2. <i>El activismo mexicano en Centroamérica</i>	64
3.2.3. <i>La crisis del modelo mexicano y la reacción de Washington</i>	65
3.2.4. <i>El narcotráfico</i>	68
3.2.5. <i>Migración</i>	70
3.2.6. <i>Cómo tratar a México</i>	71
4. LA DÉCADA DE 1980, EL ESTILO DE LA ADMINISTRACIÓN REAGAN Y LA IMPORTANCIA DE LA DEMOCRACIA EN MÉXICO PARA ESTADOS UNIDOS.....	78
4.1. Ronald Reagan: el camino al éxito y su entorno.....	78
4.2. La reacción del gobierno norteamericano al proceso electoral mexicano de 1988	90

5. EL CONSERVADURISMO Y EL LIBERALISMO NORTEAMERICANO EN LA DÉCADA DE REAGAN. LA NATURALEZA DE LOS MEDIOS Y SU RELACIÓN CON EL PRESIDENTE.....	93
5.1. Conservadurismo y liberalismo en la década de 1980	93
5.2. La naturaleza de los medios de prensa norteamericanos	97
5.3. Los medios en cuestión.....	102
5.4. El presidente y los medios	105
6. LA COYUNTURA DE LA DÉCADA DE 1980: CRISIS ECONÓMICA Y POLÍTICA EN MÉXICO. EL CAMINO AL 6 DE JULIO.....	110
6.1. La década de los ochenta y el desafío de la clase media	110
6.1.1. 1982 y sus consecuencias	112
6.1.2. Los empresarios	114
6.1.3. Descontento	116
6.1.4. Transformaciones en la elite gobernante	118
6.1.5. Técnicos vs. vieja guardia	119
6.1.6. Ruptura en la cúpula.....	121
6.2. El proceso electoral de 1988	126
6.2.1. El FDN.....	127
6.2.2. El neopanismo.....	128
6.2.3. La campaña.....	129
7. EL PROCESO PREFELECTORAL DESDE LA PRENSA NORTEAMERICANA.....	133
7.1. La prensa liberal	133
7.2. El meollo	134
7.3. La democracia en México.....	135

7.4. La visión sobre el sistema político	135
7.5. El proceso de selección del candidato oficial	136
7.6. La Corriente Democrática.....	137
7.7. La oposición.....	138
7.8. Carlos Salinas, el candidato	139
7.9. Cuauhtémoc Cárdenas	142
7.10. Manuel Clouthier.....	143
7.11. El candidato oficial y su partido.....	144
7.12. La situación económica	145
7.13. La campaña presidencial.....	146
7.14. En torno a la sospecha del fraude.....	148
7.15. La prensa conservadora	151
7.16. La democracia en México.....	151
7.17. La visión sobre el Sistema Político	152
7.18. El proceso de selección del candidato oficial	153
7.19. El Partido Revolucionario Institucional.....	155
7.20. La oposición en general	156
7.21. Carlos Salinas.....	157
7.22. Cuauhtémoc Cárdenas	158
7.23. La relación entre el candidato oficial y su partido	159
7.24. La situación económica	160
7.25. La campaña	162
7.26. El fraude electoral.....	163

7.27. El comunismo.....	164
8. EL PROCESO POSTELECTORAL MEXICANO DE 1988 EN LA PRENSA NORTEAMERICANA	166
8.1. La visión liberal.....	166
<i>8.1.1. La jornada electoral.....</i>	166
<i>8.1.2. El fraude electoral.....</i>	168
<i>8.1.3. Carlos Salinas y el Partido Revolucionario Institucional.....</i>	172
<i>8.1.4. La evaluación de la democracia y del sistema político mexicano.....</i>	174
<i>8.1.5. Los medios de comunicación mexicanos.....</i>	176
<i>8.1.6. Cuauhtémoc Cárdenas y el Frente Democrático Nacional.....</i>	178
<i>8.1.7. La lucha postelectoral.....</i>	179
<i>8.1.8. La situación económica.....</i>	180
<i>8.1.9. Conclusión.....</i>	181
8.2. La visión conservadora.....	181
<i>8.2.1. El fraude electoral.....</i>	181
<i>8.2.2. Carlos Salinas y el Partido Revolucionario Institucional.....</i>	184
<i>8.2.3. La evaluación de la democracia y el sistema político mexicanos.....</i>	185
<i>8.2.4. Cuauhtémoc Cárdenas y el Frente Democrático Nacional.....</i>	190
<i>8.2.5. Manuel Clouthier y el Partido Acción Nacional.....</i>	192
<i>8.2.6. La oposición y su lucha postelectoral.....</i>	192
<i>8.2.7. La situación económica.....</i>	194
<i>8.2.8. Conclusión.....</i>	195
9. CONCLUSIÓN.....	198

10. FUENTES	204
10.1. Fuentes bibliográficas	204
10.2. Fuentes hemerográficas	210
<i>10.2.1. Business Week</i>	<i>210</i>
<i>10.2.2. Newsweek</i>	<i>210</i>
<i>10.2.3. The New York Times (NYT)</i>	<i>211</i>
<i>10.2.4. The Wall Street Journal (WSJ)</i>	<i>212</i>

1. INTRODUCCIÓN

Las elecciones federales que se celebraron en México el 6 de julio de 1988 marcaron un antes y un después en la historia política mexicana; lo ocurrido entonces alteró la forma tradicional de hacer política en este país.

El punto de vista norteamericano resulta interesante para abordar el estudio de este hecho, ya que, desde que México se convirtió en país independiente, la influencia de Estados Unidos sobre él ha ido en aumento. En la convivencia de países tan dispares, la posición de su vecino del norte tiene efectos trascendentales sobre México.

El discurso norteamericano hacia el exterior es reflejo de la visión que esa sociedad tiene de sí misma. Dependiendo de la coyuntura, expresa desde la mera simpatía hasta la promoción activa de la democracia liberal como única forma legítima y viable de desarrollo político para todas las sociedades. Sin embargo, en no pocas ocasiones esta retórica se enfrenta con los intereses nacionales concretos. En el caso de México, desde finales del siglo xix, la red de intereses norteamericanos demanda la preservación de la estabilidad de su vecino del sur por encima de los principios, incluyendo el de la democracia. Las elecciones federales mexicanas de 1988 llevaron a uno de esos momentos de choque evidente entre el discurso y el interés nacional de Estados Unidos, pues tanto la prensa como el gobierno de este país sabían que no habían sido limpias.

Mi objetivo en esta tesis es demostrar que éste es uno de esos momentos de crisis en que se produce lo que Huntington (2002: 218) identifica como una brecha entre los ideales norteamericanos y su manera de actuar, no solo de las instituciones políticas, sino también del país en general. La estabilidad en México parece haber sido desde fines

del siglo XIX una prioridad por encima de la democracia, es en acontecimientos como unas elecciones sucias donde mejor se refleja el antagonismo entre el discurso ideológico y las necesidades pragmáticas, imponiéndose éstas.

En aras de mantener la estabilidad, aun por encima de la democracia, tanto el gobierno como la prensa de Estados Unidos apoyaron a Carlos Salinas. El candidato oficial mexicano representaba la continuidad, tanto de un modelo económico neoliberal que se había empezado a implementar el sexenio anterior, como de una estructura de poder autoritario, la cual había garantizado la estabilidad política más larga en América Latina durante el siglo XX. Puestos a escoger entre su discurso de paladín de la democracia y sus intereses objetivos con respecto a México, Estados Unidos eligió esto último.

Las muy influyentes posiciones que la superpotencia mantenga con respecto a su vecino del sur se articulan a partir de un gran número de elementos que interactúan en un sistema complejo. La posición del ejecutivo federal norteamericano está determinada por los intereses y agendas particulares, a veces contradictorias, de las numerosas agencias federales; éstas, a su vez, se relacionan con un legislativo complejo y constantemente sujeto a la presión electoral y de grupos de interés, que también tiene poder judicial. Al mismo tiempo, el poder político está influido por los medios de comunicación. Todo esto encuadra en el marco que establecen la ideología norteamericana en general y la coyuntura en particular.

El factor Estados Unidos puede ser analizado a partir de un buen número de indicadores. Para mi tesis elegí cuatro publicaciones, dos *liberales* y dos *conservadoras*: el diario The New York Times y el semanario Newsweek, por un lado, y The Wall

Street Journal y Business Week, por el otro. Según Aguayo (1996: 36), la prensa es un indicador confiable de la visión norteamericana, pues su elite económica, política, intelectual y militar está estrechamente vinculada con los medios, los cuales no son simples apéndices de aquellos, sino organismos independientes que interactúan con ella.¹

Para comprender por qué la prensa norteamericana vio a México en aquella ocasión de la manera en que lo hizo, resulta indispensable enmarcar el estudio dentro de la «mentalidad norteamericana», es decir, cómo ese país se ve a sí mismo y a los demás; así como por el renacimiento conservador por el que atravesaba entonces. Su política exterior y la relación bilateral también fueron factores centrales en la explicación. En cuanto a México, es necesario comprender el momento histórico por el que atravesaba, y entender el funcionamiento de su sistema político, cómo éste contrastaba con el ideal democrático expresado por la retórica norteamericana.

1.1. La importancia de la coyuntura

En México, a partir de la década de 1930, se consolidó una estructura política autoritaria basada en un partido casi único y una presidencia «imperial» —como la llamó Enrique Krauze— que lo controlaba. En las décadas siguientes, bajo un esquema proteccionista de sustitución de importaciones, combinado con una rectoría del Estado

¹ Además, como explicaré más adelante, el autor señala que el periodista, el congresista y el analista de la CIA, comparten los mismos valores, aunque los interpreten de maneras distintas.

en materia económica, ésta creció muy por encima de la población. Así, la sociedad mexicana se transformó con rapidez y pasó a ser predominantemente urbana, con una clase media en expansión. Pero el sistema político casi no cambió, y la tensión entre la estructura social y el sistema político creció.

Sin duda, el momento más dramático, que marcó el inicio de la decadencia del sistema político mexicano tuvo lugar el 2 de octubre de 1968. Le siguieron una serie de guerrillas urbanas y rurales a lo largo de la década siguiente, las cuales nunca lograron amenazar a la supervivencia del sistema político. Al mismo tiempo, el modelo de desarrollo económico empezó a dar muestras de agotamiento estructural. Al terminar la abundancia petrolera en 1982, la economía cayó en la más profunda crisis en más de medio siglo. Durante el sexenio siguiente la economía decreció y el empleo se desplomó; lo único en auge durante esos años fueron la inflación, el desempleo, los servicios de la deuda externa, y la economía informal.

Así, al retraso que experimentó el sistema político mexicano con respecto a la evolución de su sociedad, se sumó una crisis económica estructural que terminó por sumir a una buena parte de los mexicanos en la pobreza y la desesperanza. Ambos elementos combinados provocaron un sentimiento generalizado de frustración en relación al esquema de poder y quienes lo encabezaban, quienes fueron vistos como corruptos e ineficaces. Esta combinación resultó ser una bomba política de tiempo que, lógica pero inesperadamente, estalló en las urnas, el 6 de julio de 1988.

A partir de este proceso electoral, se inició una lucha entre el sistema autoritario, que atónito peleaba por su supervivencia, y una oposición dividida y desconcertada, pero fortalecida por un resultado que ni ellos mismos imaginaron. Aunque al final se impuso

el primero con toda la fuerza del Estado, ya no era posible regresar al *statu quo* anterior; a partir de este hecho, la política en México ya nunca sería como antes. A pesar de que la estructura política sobrevivió al embate, el unipartidismo tradicional se convirtió en cosa del pasado, y la oposición, en una realidad que ya nadie podía ignorar. El gobierno, su partido y el régimen mismo, emanados de las formas antiguas de hacer política, habían perdido su legitimidad a manos de una oposición que se dijo víctima de un fraude.

1.2. El desarrollo de la relación bilateral

1.2.1. *Una historia de diferencias crecientes y desencuentros*

Octavio Paz observó que «México y Estados Unidos son vecinos condenados a vivir uno al lado del otro» (Ross, 1979: 5). Hasta hoy, esa convivencia ha sido la de dos países *condenados* a tenerla, a soportarla, debido a la desconfianza mutua y el recelo entre dos sociedades muy diferentes desde el inicio y que con el correr del tiempo fueron acentuando sus diferencias, en particular la economía y el desarrollo político.² Para entenderla, resulta indispensable hacer un breve relato de esta relación difícil y desigual.

La diferencia entre ambas sociedades data de su origen mismo. Mientras que el proceso de colonización en México fue un choque entre dos civilizaciones del que emergió una mestiza, en Estados Unidos refugiados europeos con mentalidad liberal se

² McGee (1979: 40) señala que las concepciones tan distintas de ver al mundo, además de los conflictos históricos, hacen de los vecinos sociedades muy diferentes desde sus raíces más fundamentales.

establecieron en un vasto territorio muy poco poblado. Los españoles llegaron con la idea de imponerle a los indígenas la verdadera religión a como diera lugar y establecer un gobierno fuerte y centralizado para explotar las riquezas minerales. La Corona Británica, por el contrario, nunca mostró gran interés en sus colonias americanas, por lo que entre sus inmigrantes-empresarios echó raíces una independencia relativa de la metrópoli bastante notable; a la vez, los indígenas de esas tierras fueron desplazados o exterminados. La diferencia religiosa entre las dos colonias también resultó una variable fundamental, pues los migrantes calvinistas europeos estaban convencidos de estar fundando una sociedad nueva y superior, cosa muy distinta de la subordinación católica española a su Rey y a su Iglesia. Finalmente, las metrópolis, Inglaterra y España, resultaron feroces rivales en el siglo XVI, lo que desde el inicio imposibilitó una buena convivencia.

Durante la mayor parte de la época colonial, la enorme distancia geográfica que existía entre estas comunidades tan distintas, evitó que hubiera una interacción importante entre ellas. Pero la situación cambió a partir de la independencia de Estados Unidos y la Revolución Francesa, puesto que las ideas democráticas y independentistas, empezaron a despertar la imaginación en la América española. Tras la emancipación norteamericana, la corona española empezó a percibir la ambición del nuevo vecino, por

lo que buscó reforzar sus fronteras y terminó firmando un tratado con Estados Unidos para definir las.³

En un primer momento, el expansionismo territorial norteamericano, como un medio para lograr su ambición de gran potencia, fue el factor determinante en la relación bilateral. Ya desde 1822 Estados Unidos buscó la manera de comprar Texas a México y en 1823 proclamó la célebre Doctrina Monroe, en la cual advertía a Europa que el continente americano sería de su influencia exclusiva.⁴ La debilidad creciente de un México que aún no era nación y casi sin estado, le impedirían actuar contra la amenaza.⁵ La guerra de 1846 a 1848 entre México y Estados Unidos terminó con la derrota del primero y la pérdida de la mitad de su territorio.⁶ A partir de la compra de La Mesilla, en 1855, el conflicto territorial fue poco a poco pasando a segundo plano, pero le sustituyeron otros.

Una consecuencia del conflicto con Estados Unidos fue la consolidación de un nacionalismo mexicano, que hasta ese momento había sido débil existido. Contrario al norteamericano, el nacionalismo mexicano fue reactivo. Otra consecuencia fue que la victoria norteamericana aceleró el antagonismo entre el norte y el sur de ese país, lo que

³ Ya en esa ocasión, el representante español Luis de Onís advirtió que los norteamericanos no se iban a conformar con los límites establecidos entre él y John Adams.

⁴ Aunque en este momento Estados Unidos era demasiado débil para poner en práctica su amenaza, esta doctrina fue un indicador de lo que vendría (Smith, 1996: 14-16).

⁵ John O'Sullivan escribió en 1845: «Es en el derecho que nos confiere nuestro destino manifiesto, el extendernos y controlar a todo el continente, el cual nos fue dado por la providencia para desarrollar nuestro gran experimento de libertad.» (Smith, 2000: 21).

⁶ A Estados Unidos la guerra le costó 100 millones de dólares y 13 mil hombres; a México, 760 mil millas cuadradas, 50 mil hombres y una economía devastada (Grayson, 1984a: 15-16).

precipitó la Guerra Civil, que terminó con la imposición del proyecto industrial del norte al sur agrícola.⁷

A partir de la década de 1860 se da un cambio en el eje de la relación bilateral. Estados Unidos ya casi no insistió en obtener más territorio de México, e incluso apoyó al gobierno de Benito Juárez en su lucha contra la intervención francesa en México.⁸ En julio de 1867 la república fue restaurada y con ello se echaron los cimientos del primer periodo de estabilidad política del México independiente.⁹ Con equilibrio en México y con un expansionismo norteamericano atemperado, la relación bilateral mejoró. Para esta época Estados Unidos era un país próspero que se recuperaba rápidamente de su guerra civil y continuaba creciendo. En cambio, México estaba empobrecido y arruinado, y la disparidad entre los vecinos, que era ya muy marcada, creció.

Porfirio Díaz aprendió bien la lección histórica: Estados Unidos era un gigante peligroso. El general buscó diversificar las relaciones de México acercándose a Europa, en particular a Gran Bretaña y Francia. El proyecto de largo plazo de Díaz era modernizar al país atrayendo a la inversión foránea.¹⁰ La deficiencia central del nuevo régimen, la que lo llevó a la ruina, fue su incapacidad de transferir el poder personal del

⁷ El congresista de Illinois, Abraham Lincoln; el de Carolina del sur, John C. Calhoun; el de Virginia Robert E. Lee, y el ex presidente John Quincy Adams se manifestaron opuestos a la invasión (Tabel, 1985: 125).

⁸ La guerra civil impidió que el gobierno de Washington pudiese hacer valer con mayor energía lo estipulado por la Doctrina Monroe, pero en la medida de lo posible ayudó a las tropas liberales de Benito Juárez.

⁹ Para Ross (1979: 5) este fue el primer momento de cooperación entre ambas naciones.

¹⁰ De los alrededor de 1 200 millones de dólares en inversión directa que había hacia el final del periodo, la mitad eran de procedencia norteamericana. La dependencia del capital extranjero, y la importancia en el comercio, sobre todo con Estados Unidos, es gigantesca (Grayson, 1984a: 19-20).

presidente a instituciones que lo sobrevivieran. Así, para finales de la primera década del siglo XX el gobierno estaba controlado por una gerontocracia.

En estos años el interés fundamental de Estados Unidos con respecto a México era la estabilidad para apoyar la inversión, ya no su territorio, ni mucho menos la democracia de su vecino.¹¹ Esto lo demostraría el gigante del norte una y otra vez a partir de entonces. Cuando cae en 1911 el régimen de Díaz, la posibilidad de evitar el caos de un conflicto generalizado se abrió con la elección de Francisco Madero; pero, irónicamente, fue el embajador norteamericano Henry Lane Wilson quien jugó un papel determinante en acabar con este gobierno frágil, al promover activamente un golpe militar que acabó con la estabilidad, con lo que se hizo realidad la peor pesadilla de Estados Unidos: una guerra civil extendida en México.

Para cuando el conflicto revolucionario se hizo realidad en México, en la Casa Blanca despachaba Woodrow Wilson. Este presidente merece mención aparte, pues fue probablemente el único entre sus colegas, que tuvo un interés genuino por la promoción activa de la democracia en México. La prioridad de Wilson fue la celebración de elecciones libres como único medio para lograr el fin de la estabilidad en su vecino del sur. En busca de su objetivo tomó Veracruz el 21 de abril de 1914 con el fin de presionar a Victoriano Huerta, a pesar del desconcertante rechazo de Venustiano Carranza a la medida destinada a beneficiarlo. Finalmente, la revolución siguió su curso; Carranza

¹¹ La estabilidad como prioridad queda muy clara en una carta que el presidente norteamericano John Taft envía a su esposa en 1910. En ella le dice que esperaba que la vida oficial de su colega mexicano fuese más larga que la suya, pues, si don Porfirio moría, ni él ni los mexicanos sabrían qué hacer (Haley, 1970: 46).

eliminó a sus adversarios, y, a pesar de lo desagradable que él y su proyecto nacionalista le resultaban a Wilson, parecía que por fin había un gobierno estable en México.

Entre enero y marzo de 1916 las cosas se complican otra vez. Francisco Villa fusiló a 17 norteamericanos e ingreso al pueblo de Columbus, del otro lado de su frontera. Esta afrenta resultaba imperdonable para Washington, por lo que el presidente Wilson, esperando contar con la comprensión del gobierno mexicano, ordenó la entrada en ese país de una «expedición punitiva».¹² Carranza volvió a rechazar la intervención. La tensión fue tal que poco faltó para que estallara un nuevo conflicto entre las dos naciones.¹³

Para 1920 regresan los republicanos a la Casa Blanca. Durante los gobiernos de Warren Harding, Calvin Coolidge y Herbert Hoover, Estados Unidos entró en un renacer puritano —ejemplificado por la prohibición del alcohol— y especulativo, que desembocó en la llamada Gran Depresión. Durante estos años, los gobiernos de Estados Unidos presionaron a los de Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles con el no reconocimiento si no cumplían con sus demandas.¹⁴

En 1933 se da otro vuelco en la política exterior de Estados Unidos. Franklin Delano Roosevelt sustituye el intervencionismo unilateral de sus antecesores por la

¹² Washington tenía las mejores intenciones. Así se refleja en la orden del Secretario de Estado norteamericano, cuya instrucción era: «Que bajo ningún motivo o pretexto, y a través de ningún hecho o actitud, esta expedición puede dar la más mínima idea de ser hostil hacia la República Mexicana, bajo cuya cortésia se nos permite entrar a su país.» (Haley, 1970: 86).

¹³ La noche después del incidente en El Carrizal, Wilson le dijo a algunos amigos: «Parece que la ruptura en México ya ocurrió y mi paciencia no sirvió de nada, estoy infinitamente triste.» (Haley, 1970: 57).

¹⁴ Gracias al embajador Dwight Morrow y a los acuerdos donde Calles se compromete a no expropiar la industria energética, las relaciones mejoraron (Grayson, 1984a: 22).

«Política del Buen Vecino». La idea ahora era la de buscar una buena relación de Estados Unidos con América Latina, a través de la cooperación para enfrentar la amenaza del expansionismo nazi.

Gracias a este contexto y a la simpatía del embajador norteamericano en México, amigo personal de Roosevelt, Josephus Daniels, el presidente Lázaro Cárdenas pudo llevar acabo, en 1938, dos hechos que habrían de convertirse en parte central del mito fundacional del sistema político mexicano: la expropiación petrolera y una reforma agraria real. Todo esto sin que esas acciones trajeran consigo una reacción violenta de parte de Washington.¹⁵ A cambio, cuando llegó el momento, México cooperó en el esfuerzo antinazi con su neutralidad y el abastecimiento a Estados Unidos.

A partir de este momento, con la llegada de presidentes más conservadores en México que detuvieron e incluso revirtieron las reformas cardenistas, la relación bilateral mejoró como nunca (McGee, 1979: 41). A Estados Unidos, que a partir de 1948 se vio inmerso en la llamada Guerra Fría contra un sistema antagónico a su liberalismo capitalista, le interesaba sobremanera que en su frontera sur existiera un gobierno capaz de mantener la estabilidad política y prevenir el contagio comunista. El éxito en esta materia por parte de los gobiernos priistas le aseguró una buena relación con su vecino del norte, a pesar de que su sistema político distara mucho de ser democrático, lo que

¹⁵ La implementación de las políticas cardenistas no estuvo libre de problemas. El Secretario de Estado Cordell Hull llegó a sugerir que el ejército americano debía ocupar los pozos petroleros expropiados. Pero el apoyo del influyente embajador ayudó a Cárdenas, pues incluso contradujo las órdenes del Departamento de Estado, amparado en su amistad personal con el presidente (Grayson, 1984a: 25).

demuestra cómo Estados Unidos privilegiaba la estabilidad sobre la democracia en México.

1.2.2. Resumen

La relación intensa entre Estados Unidos y México es inevitable a partir del siglo XIX y lo es más en el siglo XX, impuesta por la realidad geográfica. Se trata de dos países con raíces culturales diferentes y con procesos de desarrollo social y económico que dieron resultados muy distintos. Estas diferencias fundamentales llevaron al enfrentamiento y a la desconfianza mutua. La primera etapa de la relación se caracterizó por dos desarrollos políticos y económicos dispares y por la confrontación directa entre el expansionista y mesiánico, y el débil y dividido que intentaba sobrevivir. Con el paso del tiempo, las fronteras se establecieron según los intereses del fuerte, la realidad se volvió más compleja y los temas bilaterales se multiplicaron. Esta situación hizo de la cooperación dentro de la disparidad algo indispensable.¹⁶

La historia de la relación entre el que es hoy el país más poderoso del sistema internacional, Estados Unidos, y su vecino sureño, es la de dos países y sociedades muy distintas que, aunque no lo quieran, se ven obligados a cooperar, sin haber superado del todo la herencia de desconfianza mutua.

¹⁶ McGee (1979: 41) caracteriza la relación bilateral como una que muestra lo mejor y lo peor de los procesos de toma de decisión de política y administración en Estados Unidos.

1.3. Qué se entiende por liberalismo y conservadurismo en Estados Unidos

1.3.1. *La herencia liberal*

De la época de la Ilustración parten dos visiones normativas de la sociedad. Según los ilustrados europeos, eran los hombres rectos los que debían aplicar, desde el gobierno, las políticas tendientes a resolver los problemas de la vida en comunidad. Desde esta perspectiva, la modernidad y el progreso son posibles, pero sólo si la sociedad rompe con las malas herencias culturales, sobre todo religiosas, y de jerarquía social del pasado. Entre estos ilustrados Kristol (1983: 11) identifica la raíz de los liberales de izquierda contemporáneos.¹⁷

Pero hay una segunda tendencia originada en la misma matriz, inspirada en Adam Smith y James Madison. Para ella, el interés individual es el acicate de la economía basada en el libre intercambio de bienes y servicios, donde el papel del gobierno y del Estado debe ser limitado. Esta segunda consideró que el desarrollo económico liberal y los valores tradicionales —la religión y la familia— se reforzarían mutuamente. Inspirados en Edmund Burke, el liberalismo conservador suponía que el progreso y el cambio van unidos, pero para que el primero ocurra, el segundo debe ser lento y apegado a las tradiciones. Ésta sería la base ideológica de la derecha, nueva y vieja, anglosajona. Los norteamericanos, sostiene Hartz (1955: 15), heredaron de la europea el temor a la democracia radical o excesiva.

¹⁷ Para el autor, estas ideas llevadas al extremo se pueden ver en el totalitarismo soviético.

El liberalismo clásico del siglo XVIII y XIX abogaba por el arreglo que hiciera posible la mayor libertad individual, como lo proponía, entre otros, John Stuart Mill. Para Ekirch (1969: II), el término *liberal* se desvirtuó después de la Segunda Guerra Mundial, cuando se empezó a utilizar para designar a aquellos que estaban a favor de un Estado grande e intervencionista, el cual limitaba precisamente lo que es central al liberalismo: el individualismo. Para el liberal heredero de la visión de izquierda, el bienestar colectivo está por encima de la libertad individual, y el Estado es el único capaz de remediar las desigualdades. Lipset (1996: 202-208) señala que según una encuesta de Gallup de 1990, el 71% de los norteamericanos favorecían la libertad por encima de la igualdad; la herencia del liberalismo de derecha se mantenía muy viva.¹⁸

1.3.2. El americanismo

En Estados Unidos el *americanismo* constituye un consenso social muy arraigado. Este mito fundacional, que desarrollaré más adelante, es una ideología muy enraizada en la sociedad americana, y que sostiene que, debido a sus fundamentos éticos y políticos, Estados Unidos es superior al resto de las naciones. Los principios básicos de esta visión son la democracia liberal como forma de gobierno, la igualdad de los ciudadanos ante la ley, la libre empresa como la mejor estructura económica posible, el individualismo

¹⁸ En esta misma encuesta se señala que los blancos protestantes son los que más se oponen a que las minorías reciban ayuda especial por parte del gobierno. Los WASP son los más radicales en esta tendencia individualista.

meritocrático como la vía para el desarrollo de la persona y el gobierno acotado como el mejor arreglo institucional. Con matices, la gran mayoría de los norteamericanos — opinión pública y líderes— concuerdan y actúan según esos principios.

El hecho de que se haya mantenido en la sociedad norteamericana un gran consenso en torno a sus valores centrales ha evitado la polarización política a pesar de la guerra civil y las migraciones masivas. Las grandes ideas que dividieron a Europa y América Latina desde el siglo XVIII —liberalismo, conservadurismo, socialismo— tuvieron un efecto muy moderado en Estados Unidos, pues para casi todos los valores americanos estaban por encima de otras ideologías. Sólo bajo esta luz se pueden entender las muy particulares y, a veces, sutiles diferencias que existen entre los *liberales* y los *conservadores* en ese país.

Es muy atinada y reveladora la observación de Lipset (1996: 41) en el sentido que aquello que para los europeos es liberalismo, para los norteamericanos es conservadurismo. El *laissez fair* económico y el antiestatismo son las banderas de conservadores norteamericanos como Ronald Reagan o Milton Feedman. Hartz (1955: IX) señala que, en principio, *liberales* son aquellos que creen que la libertad individual, la igualdad y el sistema capitalista son el mejor arreglo posible. Sin embargo, reconoce que el presidente Reagan logró cambiar la definición del concepto, pues relacionó al liberal con aquellos que favorecen impuestos altos y gasto militar reducido, para destinar los recursos a los programas de beneficencia social. De lo anterior resulta que en Estados Unidos el grueso de la opinión es liberal, pero con matices, y se distinguen entre sí llamándose liblerales y conservadores.

2. LA IDEOLOGÍA NORTEAMERICANA Y EL SISTEMA POLÍTICO MEXICANO

Mi objetivo en este capítulo es explorar eso que se puede llamar la mentalidad norteamericana y que esta basada, desde su creación, en la firme convicción de ser un pueblo elegido por Dios para redimir al resto de la humanidad. Lo anterior debería llevar a que, por sus valores, los líderes norteamericanos no hubieran apoyado, como lo hicieron, a lo que fue el sistema político mexicano. Coincido con Aguayo (1996: 38) cuando señala que la prensa es un reflejo de la sociedad en la que se genera, por lo que, para comprender cabalmente su papel en Estados Unidos, es preciso entender la sociedad en la que se desarrolla. De ahí la importancia de analizar el origen y la mentalidad norteamericana.

2.1. La mentalidad norteamericana

La visión del mundo que una sociedad tiene de sí misma y del exterior consiste en una interpretación general de la realidad. Su función es explicar el entorno y actuar con respecto a él. Las visiones del mundo mezclan los hechos con los mitos que tienen cantidades variables de verdades, mentiras, frustraciones y aspiraciones de una sociedad.

Para entender lo que fue y es Estados Unidos, así como su comportamiento hacia el exterior, resulta indispensable tomar muy en cuenta la mentalidad norteamericana surgida a partir del proceso mismo de colonización. Sin ella sería imposible entender el llamado americanismo y, por lo tanto, a Estados Unidos.

2.1.1. *El puritanismo*

«El puritanismo está firmemente enraizado en la experiencia norteamericana» y «para bien o para mal, desde entonces, hasta hoy y en el futuro» la Nueva Inglaterra irradia su peculiar visión del mundo sobre el resto de Estados Unidos (Savell, 1950: v). Esta afirmación pareciera ser bastante atinada, y es justamente el punto de partida indispensable para el examen del aspecto de la política exterior norteamericana que me propongo desarrollar en este trabajo.

Como señaló Beard (1950: 3), el término *puritano* es muy complejo, ya que tiene una gran cantidad de significados, incluso algunos de ellos contradictorios. Como sea, con ese término se asocian tanto los conceptos de bienestar, trabajo, libertad y democracia, como los de intolerancia, represión e hipocresía. Para Perry Miller, el protestantismo es, a la vez, un punto de vista, una filosofía de la vida y un código de valores que llegó de Europa y arraigó en la costa este de Estados Unidos y acompañó a la posterior expansión norteamericana hacia el oeste. Para Miller (1950: 4), esta forma de concebir la existencia «ha sido una continuidad en la forma de vida y en las ideas estadounidenses, una fuerza importantísima que moldeó al país».

La colonización inglesa en el norte de América se inició en 1607. Los inmigrantes que llegaban al Nuevo Mundo eran, en su mayoría, disidentes que escapaban de la

represión religiosa en una Europa a la que veían corrupta y sin remedio.¹ Este proceso de ocupación tardía se diferenció del más temprano, llevado a cabo por los españoles, en dos aspectos fundamentales: en primer lugar, fue promovido por empresas particulares y no por la Corona, y, en segundo, los inmigrantes no pretendían someter a los nativos o buscar tesoros legendarios, sino fundar una nueva comunidad virtuosa lo más lejos posible del Viejo Mundo en decadencia.

De todas las ideas religiosas que llegaron al actual Estados Unidos, la que más huella dejó fue el protestantismo radical.² En efecto, aquellos primeros colonos de la Nueva Inglaterra consideraban a las reformas anglicanas como insuficientes. Desde su punto de vista, era necesario ir más a fondo en la tarea de purificar a la religión de las perversiones católicas. El inspirador de esta visión, Juan Calvino, veía en ellas la raíz de una decadencia moral, pues con su «superstición, corrupción e ignorancia» pervertía a Europa. Esta convicción hizo de Calvino y sus seguidores un grupo muy intolerante con todo aquel que no fuera como ellos, un agraciado (Davis, 1955: 31).

Weber (1958: 103) consideró que una característica importante del calvinismo era, precisamente, su activismo.³ Sus discípulos siguieron muy de cerca su ejemplo y resultaron militantes activos en torno a la causa de la comunidad de los elegidos.

¹ Weber (1958: 98-99) explica que los calvinistas se convirtieron en enemigos de la Corona, pues consideraban que las reformas anglicanas eran insuficientes. Su fanatismo depurador los hizo perseguidos políticos.

² Lipset (1996: 75) señala que «el protestantismo, de por sí inclinado hacia el trabajo duro y la austeridad llegó a su máxima expresión en el nuevo país, pues allí llegaron los más radicales de los radicales».

³ Describía a su fundador como «el más activo y apasionado de los cristianos desde San Agustín» (Weber, 1958: 101).

También se sintieron obligados a confrontar al resto del mundo, a los «condenados», a fin de controlarlos.⁴ En palabras del sociólogo alemán, «el calvinismo es la religión más exigente en cuanto a la acción moral que jamás haya existido». Ese activismo calvinista —muy vigente en el Estados Unidos actual— está fundamentado en la idea de que se puede alcanzar el Reino de Dios en la tierra, pero es justamente la responsabilidad de los elegidos el crearlo. Para Davis (1955: 17-21), si hay alguna continuidad dentro de este movimiento religioso tan cambiante, es precisamente la de establecer la comunidad de los elegidos.

Según Calvino, Dios, en su poder infinito, sabe desde el inicio de los tiempos quién va a salvarse y quién no (Weber, 1958: 100-103).⁵ Si bien nadie puede hacer ya nada al respecto, es posible leer las señales y saber quién pertenece al grupo de los bienaventurados; estos llevan una vida recta y sobria que gira alrededor del estudio de las escrituras y del trabajo, de acuerdo con la vocación que el creador les ha revelado.⁶ En contraste, los condenados son gente licenciosa y sin éxito en sus actividades materiales. En la vida cotidiana, esta distinción se traducía en el ostracismo de los segundos.

Los colonos puritanos llegaron a Norteamérica decididos a fundar una sociedad realmente a la altura de los hombres elegidos para la salvación eterna. Esta nueva comunidad sería «la ciudad en la cima de la montaña», la luz que guiaría al resto de las

⁴ Weber (1958:122) explica que la misión de los elegidos es exaltar la gloria de Dios. Por lo que no pueden relegar a los condenados por completo, hay que vigilarlos y controlarlos.

⁵ Con este punto de vista, Calvino niega de plano el libre albedrío.

⁶ Con frecuencia se exagera la sobriedad calvinista. Miller (1950: 5) señala que el puritano solía beber con frecuencia, aunque no con exceso, y gustaba de un entorno doméstico elegante.

sociedades. Los integrantes de esta nueva comunidad de elegidos se consideraban iguales en su relación interna, pero necesariamente superiores al resto de los hombres; aparte de ellos nadie tenía salvación y, por lo tanto, no podía haber ninguna otra comunidad virtuosa.⁷

Dentro de la mentalidad puritana está muy arraigada la idea de vigilar al vecino, de buscar el mal en donde quiera que éste se escondiera, y acabar con él costara lo que costase (Weber, 1958: 124). La eterna guardia frente al acecho de Belcebú era parte de la cotidianidad, puesto que, si ellos eran una sociedad de elegidos, el mal, lógicamente, tendría que venir de fuera para tratar de corromperlos.⁸ De ahí la idea norteamericana de que ellos, como nación, son intrínsecamente buenos y que todo mal viene de fuera, lo que los obliga a cuidarse de él y, de ser posible, a combatirlo.

Desde la perspectiva anterior, la salvación es algo individual y, por tanto, también lo es la obra o la acción en este mundo, el trabajo. Eso es lo que le da a la sociedad norteamericana su arraigada característica individualista y meritocrática. Sin embargo, como el progreso necesita del esfuerzo conjunto y el mal es una amenaza general, entonces también existe un fuerte sentido de pertenencia y de grupo. Así, Estados Unidos es un país donde se supone que cada cual debe buscar su beneficio individual,

⁷ Según aclara Weber (1958: 122), la convicción de agraciados divinos y el principio *extra ecclesia nulla salvus* llevó a los calvinistas a ver con desprecio, e incluso odio, a sus vecinos condenados.

⁸ El fenómeno del narcotráfico es un ejemplo interesante. Para los norteamericanos éste es un mal que viene de fuera, pero la realidad es otra. El consumo de cocaína era algo generalizado en Estados Unidos desde el siglo XVI, y no sólo entre los pobres, incluso se sospecha de George Washington. Durante el siglo XIX se popularizó el consumo de opio, incluso de manera legal, pues se vendía en las farmacias durante la época de la guerra civil. Fue hasta fines de ese siglo cuando Estados Unidos empieza a tomar el fenómeno como un problema que, por supuesto, venía de fuera, por lo que era necesario atacar la oferta, no la demanda (Torres, 1988: 11).

donde la riqueza material es la muestra palpable del éxito mundano y de la salvación después de la muerte,⁹ pero siempre dentro de un fuerte sentido de pertenencia a una comunidad moralmente superior.¹⁰ El resultado de lo anterior es una cohesión social sorprendente, derivada de la seguridad de ser un conjunto de elegidos para la salvación eterna, idea que reafirmó la prosperidad económica que alcanzaron.

Otra característica calvinista que los norteamericanos siguen mostrando es la convicción de que sus normas son de validez universal, no obstante el determinismo que diferencia a los elegidos de Dios de los condenados. Según Weber (1958: 126), el calvinismo fue una doctrina extraordinariamente poderosa y fuente de inspiración para el resto de los movimientos ascéticos. Lo que le dio la fortaleza al movimiento, que derivó en una fuerte cohesión social, es la seguridad de constituir un pueblo agraciado que actúa como instrumento de Dios para hacer que se cumpla su voluntad en la tierra.

2.1.2. La evolución de la idea original

El origen de la democracia norteamericana y de su sistema político basado en los contrapesos institucionales es una combinación de la ética calvinista con el liberalismo (Miller, 1950: 6). Tanto para los estadounidenses originales como para los de hoy, el ser supremo es Dios, y todos los hombres —los elegidos, claro está— son iguales entre sí.

⁹ Davis (1955: 84) aclara que, si bien la riqueza material es muestra de predestinación bienaventurada, ésta en exceso mostraba soberbia.

¹⁰ Según el calvinismo, el hombre está en el mundo para la mayor gloria de Dios; para lograr este fin los elegidos deben permanecer y actuar juntos (Davis, 1955: 108).

Por ello, nadie tiene el derecho de imponer por sí y ante sí su voluntad sobre los demás. De esta manera, el gobierno, la autoridad, es el resultado de un contrato entre ciudadanos, donde la mayoría delega poder a una minoría, un poder temporal. Dentro de ese acuerdo, ambos tienen derechos y obligaciones, y el objetivo último del gobierno es procurar el bien común.¹¹

La amenaza interna para la unidad de las antiguas colonias dentro de los nuevos Estados Unidos, era la diversidad religiosa y el sectarismo. Sin embargo, con el paso del tiempo, la llegada de elementos ajenos a la composición étnica, cultural y religiosa originales, incluyendo a los viejos enemigos, los católicos, fue algo inevitable. No obstante, el eje de la cohesión social en Estados Unidos se mantuvo, y fue muy atractiva y poderosa convicción de formar parte de un pueblo elegido por Dios, a pesar de su creciente heterogeneidad racial y religiosa. Esa seguridad le sirvió y le sigue sirviendo para dar sentido y fuerza a sus acciones, tanto individuales como colectivas.

La serie de ideas y creencias originales que llegaron con los puritanos del Mayflower evolucionaron con el correr del tiempo y el peso de inmigraciones posteriores —masivas y de origen muy diverso—, pero el núcleo duro de la visión original mantiene su vigencia en la sociedad norteamericana.¹² Mervyn Davis considera que «casi toda la base ideológica del Estados Unidos contemporáneo se puede encontrar en el calvinismo» (Miller, 1950: 188). Y como se verá a lo largo del trabajo, en la

¹¹ Además, si Dios es un rey paciente y paternal con sus hijos, el gobierno no tiene derecho a actuar de modo distinto (Davis, 1955: 183).

¹² Se conservaron más las ideas cómodas, como la seguridad de ser elegidos de Dios (Miller, 1950: 5).

década de 1980, la afirmación de Davis se sostiene como una de las determinantes de la forma en que la sociedad norteamericana se comportó en el interior y en el exterior.

A pesar de que el calvinismo en su forma original ya desapareció, su huella cultural sigue siendo visible. Desde el norteamericano común hasta el académico más prestigioso, como es el caso de Seymour Martin Lipset, siguen comportándose como si Estados Unidos en su conjunto fuese «la ciudad en la cima de la montaña» guiada por la mano de Dios.¹³ Según Hofstadter (1965: 78), «el protestantismo ascético sigue siendo una corriente central que moldea a Estados Unidos desde su origen hasta el día de hoy».

2.1.3. *El americanismo como ideología*

La ideología es un cuerpo de creencias, más o menos bien estructuradas, capaces de explicar y justificar tanto al mundo en el cual vivimos como las acciones que una sociedad o grupo toma con respecto a éste. Con el tiempo, estas ideas se vuelven más tendenciosas, engañosas y parciales (Kriger, 1993: 410). En el caso norteamericano, su concepción del mundo, de ellos mismos y del papel que en él juegan, es muy particular, les sirve de guía y justificación para todas sus acciones u omisiones; es a la vez la luz que los guía y la excusa que los absuelve. O como diría Arthur Schlesinger (Oye, 1983:124) «la ideología saca a los problemas del caudal turbulento del cambio» para

¹³ Para Lipset (1996: 9), «no le cabe duda de que la mano de la providencia ha estado guiando el camino de la nación que encuentra a un Washington, a un Lincoln o a un Roosevelt en el momento en que los necesita».

darles sentido dentro su visión particular del mundo. En este caso, la fórmula perfecta de la autojustificación, pues en lo externo disculpan todo lo que hacen en nombre de lo que para ellos es bueno; y, en cuanto a sus problemas internos, estos son vistos como consecuencia de malos individuos aislados o provocados por influencias externas nocivas.

Uno de los primeros en identificar y analizar de manera sistemática el «particularismo norteamericano» fue Alexis de Toqueville.¹⁴ En *La democracia en América*, la obra clásica del visitante francés a los Estados Unidos de inicios del siglo XIX, la norteamericana era una sociedad original, donde campaba el individualismo y, a la vez, el espíritu de asociación; donde el poder no estaba concentrado sino sistemáticamente disperso (De Toqueville, 1988: 31-49). Con el paso del tiempo, y tendiendo como base las ideas fundacionales ya descritas, los norteamericanos desarrollaron una ideología propia: el americanismo o credo norteamericano.

Para Lipset ese credo norteamericano se basa en la firme convicción social del igualitarismo, la libertad, el individualismo, el populismo y los principios de *laissez-fair*, todo encuadrado en una profunda religiosidad.¹⁵ Según Hartz (1955: IX), el americanismo es profundamente liberal, pues se basa en la convicción de que la libertad individual, la igualdad, la democracia y el sistema capitalista son el mejor arreglo posible al que puede aspirar el hombre para desarrollarse y ser feliz.

¹⁴ Lipset (1996: 78) señala que para este autor «el puritanismo no es solo una doctrina religiosa, sino que en muchos aspectos corresponde a las teorías de democracia y representación más absoluta». La mentalidad política y religiosa se refuerzan mutuamente.

¹⁵ El igualitarismo se refiere a una igualdad de oportunidades, no a igualdad social. Populismo se relaciona con democracia, puesto que cualquiera puede ser electo (Lipset, 1996: 15).

Una particularidad importante de Estados Unidos es que, como país, nació liberal. Los colonos europeos llegaron a un territorio relativamente despoblado y de una gigantesca riqueza natural; además, venían con ideas de libertad muy propias de su credo religioso. Autores desde Toqueville a Hartz, le dan gran importancia a este aspecto: el que los estadounidenses no tuvieran que luchar por su democracia, nacieron libres. Por eso, Hartz (1955: 103) argumenta que a los norteamericanos, como conjunto, les cuesta mucho entender a las revoluciones, ya que ellos nunca tuvieron una.¹⁶ En cuanto al desarrollo histórico de la ideología del americanismo, ésta ha seguido un desarrollo bastante lineal desde su origen colonial hasta hoy (Hartz, 1955: 5-6).

Benedict Anderson, en su libro *Comunidades imaginarias*, argumenta que las sociedades humanas son sumamente heterogéneas, por lo que necesitan de ciertos mitos fundacional, de una creencia compartida que les de la voluntad de mantenerse unidas (1996: 5-7). A lo largo de su historia, Estados Unidos ha recibido flujos migratorios muy importantes de individuos de credos y razas diversas, luego la unidad nacional no descansa ya en la raza o la religión, sino en la idea del americanismo, que, a decir de Lipset, es tan ideológica como el marxismo. La idea de superioridad intrínseca y de que todo lo malo viene de fuera mantiene unido a un país heterogéneo.

La ideología es el elemento central de cohesión en la sociedad norteamericana. Como explica Huntington (2002: 210), en Estados Unidos la ideología dominante es realmente eso: dominante, casi única. En palabras de Hofstadter: «Ha sido nuestro

¹⁶ El autor cuestiona la creencia de que la guerra de independencia fuese en realidad una revolución.

destino como nación no tener una ideología, sino ser una». Para Robert Bellah, «los americanos se ven a sí mismos como la nueva Israel, y a Europa, como Egipto» (Lipset, 1996: 15, 81). Por eso, Hartz (1955: X, 9) ve al liberalismo estadounidense como el absolutismo más poderoso del siglo XX, como un dogma fijo. Esta mentalidad unificadora es tan poderosa que, según el autor, por sí misma resuelve el problema entre la mayoría y las minorías, ya que, si, finalmente, todos son iguales y todos pueden progresar, entonces a ningún grupo importante le interesa acabar con el *statu quo* (Hartz, 1955: 129).

El americanismo liberal es la única forma de organización política y económica legítima en y para Estados Unidos. Por eso, tanto liberales como conservadores fluctúan dentro de ese dogma, lo que hace que las diferencias entre ellos sean más de forma que de fondo y coyunturales, y que con esa vara midan a los demás.¹⁷

Esta predestinación triunfalista se manifiesta y sustenta en hechos concretos, materiales. Durante todo el siglo XIX los colonos norteamericanos, imbuidos de esta mentalidad de trabajo y frugalidad, se expandieron libremente, del Atlántico al Pacífico (la resistencia española, inglesa, mexicana y de los grupos seminómadas originales fue fácilmente superada), a lo largo de un territorio rico en recursos naturales y tierras fértiles. Además, en lo político gozaban de democracia y estabilidad. Todos estos factores se combinaron para producir una inmensa riqueza material que le permitió a

¹⁷ Aguayo (1988: 47-48) señala que los norteamericanos están convencidos de que ellos tienen el mejor sistema político y económico en la historia de la humanidad, lo que afecta de manera profunda a su política exterior.

este país convertirse, para el final de ese siglo, en una gran potencia mundial. Así, esas ideas de superioridad y predestinación se vieron avaladas por los hechos, lo que le dio a Estados Unidos la prueba palpable de que su complejo de grandeza era algo objetivo. El siglo XX sería una continua reafirmación de la idea original.

El discurso de despedida del presidente Ronald Reagan en 1988 es un ejemplo contundente de lo vivo que están los valores y supuestos puritanos en la sociedad norteamericana actual:

Me imagino una ciudad fuerte y orgullosa, con rocas más fuertes que los océanos en una tierra bendecida por Dios, habitada por personas de todo tipo conviviendo en paz y armonía, un lugar abierto a cualquier emprendedor (...). A lo largo de 200 años hemos brillado sin importar la tormenta, fuertes y unidos seguiremos siendo el ejemplo del mundo y el imán de todos los amantes de la libertad que llegan de la oscuridad a la luz (...). Y mientras Nancy y yo nos vamos al atardecer quiero decirles que lo logramos, y les agradezco a todos los que lucharon conmigo para recuperar a América. (Peterson, 1997: 71).

Para concluir, y confirmar las características de la ideología históricamente dominante en Estados Unidos hoy día, deseo citar la visión que, sobre México, tiene un autor norteamericano contemporáneo, representativo de la comunidad de especialistas de ese país sobre el nuestro. En ella se reflejan bien las características de la visión general sobre *el otro*:

México viene de una herencia hispano-árabe mezclada con india, en ella se enfatiza la ortodoxia católica, el personalismo, el fatalismo, el centralismo jerárquico, la manipulación de las

leyes, y la predominancia del descanso sobre el trabajo. En cambio, en Estados Unidos hay tolerancia religiosa, control civil sobre el ejército, competencia feroz, predominancia del trabajo arduo, exaltación del progreso y la tecnología, el respeto a la ley y orientación hacia el futuro. Estas diferencias hacen a México un país donde la ignorancia, el fanatismo religioso y el despotismo imperan sobre la libertad política, los derechos civiles y la tolerancia. (Grayson, 1984b: 13).

La relación y los sentimientos de México hacia Estados Unidos están llenos de desconfianza y resentimiento hacia sus vecinos. Aún tiene cicatrices de los 300 años de colonialismo español, y su vecindad con Estados Unidos solo le ha servido para reforzar su complejo de inseguridad e inferioridad. México enfatiza solo lo malo, allá son mucho más conocidas las hazañas Poinsett, Henry Lane Wilson, y James Shefiled que las de Dwight Morrow o Josephus Daniels. Se habla más de los niños héroes que del Chamizal. (Ross, 1979: 10).

2.2. Las características generales del sistema político mexicano

Aguayo (1996: 24) afirma que las características, evolución y duración del sistema político mexicano se entienden mejor si se incorpora a su análisis lo que ha hecho y dejado de hacer la elite política de Estados Unidos. El principal factor tras la fuerza del régimen mexicano ha sido el respaldo recibido por la elite norteamericana. De esta afirmación se desprende la importancia que siempre ha tenido el examen de la acción de Estados Unidos para entender al sistema político de su vecino del sur.

2.2.1. Definición

Un sistema político es democrático cuando los gobernantes llegan al poder a través de elecciones justas, libres y con sufragio universal; cuando éstas se llevan a cabo en intervalos regulares, son competidas y se desarrollan en un contexto que garantiza los derechos políticos y civiles de los ciudadanos. En principio, en la democracia política, el gobierno es responsable y todas sus ramas pueden ser llamadas a cuentas; el cambio y la alternancia son la norma, pero siempre dentro de los canales y tiempos legales preestablecidos (Dominguez, 1999: 2). Para Huntington (1991: 7), la característica central de una democracia es que el líder es electo en un proceso competido y de acuerdo a las reglas establecidas. Según Joseph Schumpeter, la democracia del siglo XX se caracteriza porque aquellos que deben tomar las decisiones políticas más importantes son designados por medio de elecciones regulares y honestas donde los candidatos compiten libremente por los votos de casi toda la población.

El contraste con la democracia, se encuentra no sólo en los sistemas totalitarios, sino también en los autoritarios. Y para el caso mexicano es este último concepto el que interesa. Linz (2000: 159-160) define autoritarismo como un sistema con pluralismo limitado, donde el gobierno no rinde cuentas y carece de una ideología definida --aun cuando tiene una mentalidad distintiva--, las movilizaciones son poco frecuentes y sólo en momentos específicos. El liderazgo autoritario está en manos de una persona o un grupo pequeño, sin límites formales definidos o acotados, pero con un comportamiento

predecible. De acuerdo con el autor, hasta casi el fin del siglo XX el régimen mexicano correspondía a la definición de autoritario.¹⁸ Huntington (1970a: 3, 5-6) considera que el régimen unipartidista es la expresión moderna del autoritarismo y producto de un pasado convulsionado.¹⁹ Germani (1978: 6-7, 114) juzga que el sistema político mexicano entraba en esta definición.

Si bien el sistema político mexicano dominante en el siglo XX (SPM) elude una tipificación precisa, se acercó más a la de autoritario que a cualquier otra. El esquema que se impuso al término de la Revolución Mexicana encaja dentro del autoritarismo unipartidista, pues, aunque formalmente existían otros partidos, en realidad no entraban en los cálculos del dominante (Germani, 1978: 5-6). El autoritarismo fue propio de México al menos desde 1929 y hasta casi el final del siglo (Huntington, 1991: 125). Para Özbudun (1970: 380-381), el PRI resulta prototípico de este esquema, que busca tutelar a la sociedad hacia la modernización, bajo una fachada de democracia liberal constitucional, y que se caracterizó por ser pragmático y poseer una ideología flexible. Cornelius (1996: 25) concluye que el sistema político mexicano estuvo siempre más comprometido con la estabilidad política y el control laboral que con las garantías individuales y la justicia social; el gobierno no dudaba en recurrir al fraude, cooptación o represión.

¹⁸ El autor pone un énfasis particular en la característica del pluralismo limitado, que en la democracia es casi ilimitado.

¹⁹ Según el autor, se es unipartidista cuando el partido dominante ignora al otro en sus cálculos.

2.2.2. La formación del Sistema

El SPM fue uno de los más estables en el mundo, y no sólo entre los llamados países en desarrollo, sino en general.²⁰ A partir de 1917, México inició un proceso lento y doloroso de institucionalización de un poder en manos de caudillos revolucionarios.²¹ Se creó un sistema presidencialista e incluyente, que desarrolló una enorme capacidad para canalizar y limitar las demandas sociales. Dentro de una estructura corporativa y con el poder central en manos de un presidente que no podía reelegirse, el país creció a partir de los años cuarenta a tasas altas con inflación baja, en un contexto de relativa estabilidad.

La tarea de institucionalización fue formidable (Linz, 1970: 34). La revolución de 1910 fue un movimiento que unió los desacuerdos en la elite por la inmovilidad de la clase gobernante con los reclamos de las bases de la sociedad.²² La lucha movilizó a las clases populares bajo el liderazgo de caudillos —la mayoría de de clase media— en una lucha que acabó con el triunfo de la facción constitucionalista.²³

Como consecuencia de diez años de guerra civil, el control político llegó a depender de liderazgos personales: caciques locales y caudillos nacionales. Después del

²⁰ En palabras de Huntington (1970a: 11), «El PRI surge como resultado del colapso del viejo orden y las luchas faccionales posteriores. Es el nuevo orden que surge tras la tempestad.»

²¹ La institucionalización es la diferencia fundamental entre el viejo régimen y el surgido de la revolución. La estructura social no cambió gran cosa.

²² La idea original de Francisco Madero era una transición democrática, nunca una revolución social (Cornelius, 1996: 15).

²³ A partir de la década de 1920 el gobierno buscó un equilibrio pragmático entre crecimiento económico y justicia social, entre estabilidad y libertad, pero siempre privilegiando los primeros por sobre los segundos (Centeno, 1994: 176).

asesinato de Álvaro Obregón como presidente reelecto en 1928, el presidente saliente, Plutarco Elías Calles, aprovechó la ocasión para crear un mecanismo que centralizara el poder y estableciera reglas de competencia.²⁴ Fue así como en 1929 surgió en Partido Nacional Revolucionario (PNR).²⁵

Por un tiempo, Calles fue el poder detrás del trono.²⁶ Entre 1928 y 1935 se mantuvo como la autoridad efectiva en calidad de «Jefe Máximo». Sin embargo, en 1935 el presidente Lázaro Cárdenas se deshizo de él, y el poder siguió centralizándose y concentrándose en torno a la institución presidencial. Así se resolvió la mayor amenaza para los regímenes autoritarios: la sucesión (Huntington, 1970a: 30).

En un principio, el PNR fue diseñado para regular la lucha pacífica por el poder entre los líderes revolucionarios, cosa que logró con éxito en unos cuantos años. En 1938 Cárdenas le cambió de nombre y amplió la función del partido. Entonces el Partido de la Revolución Mexicana constituiría una organización de masas dominada por el Ejecutivo. A partir de entonces, el SPM entra en su etapa más acabada. Para todo propósito práctico, la designación de Ávila Camacho como sucesor significó relegar al ejército y detener sus reformas sociales. Desde 1940 las políticas estatales empezaron a virar hacia la derecha. El crecimiento sostenido del 6% anual hasta 1976, combinado con

²⁴ Según Weinert (1977: x), el presidente mexicano es uno de los que más poder ejerce dentro de su país.

²⁵ Moore (1970: 49) considera que este es el mito fundacional del sistema.

²⁶ Weber (1983: 711-722) opina que la dominación carismática se da cuando la gente le atribuye algún poder particular a un individuo por sus dotes místicas o de héroe guerrero. A esta persona la llama «caudillo», quien tiene que demostrar continuamente sus características particulares —que son su fuente de legitimidad— y se rodea de gente adicta a él. Conforme avanza el tiempo la sociedad se hace más compleja y el tipo de dominación se convierte en uno burocrático, donde las instituciones, no tanto las personas, tienen la legitimidad para ejercer el poder.

una inflación de alrededor del 3%, todo en un contexto de paz social, se convirtió en el *milagro mexicano*. Pero no todo fue miel sobre hojuelas. La represión de las huelgas de ferrocarrileros, de maestros, médicos y estudiantes mostraron el lado oscuro del proceso. Como sea, en esta etapa el SPM «era un autoritarismo pragmático y moderno, más progresivo y menos represivo que los del cono sur.» (Cornelius, 1996: 26).

Craig y Cornelius (1980: 340) concluyeron que México era un país en camino hacia la democracia.²⁷ Según ellos, el público mexicano mostraba confianza en su capacidad de influir en el acontecer político; aunque sabía de sus limitaciones: el recuerdo de la revolución todavía estaba fresco. Sin embargo, ese cambio hacia la democracia previsto por los politólogos norteamericanos no se dio. Para 1976, el 50% de los mexicanos no consideraba que las elecciones sirvieran de algo. El resultado estaba decidido de antemano, las elecciones sólo servían para medir el apoyo al sistema (Craig y Cornelius, 1980: 358-365).

Formalmente, el gobierno mexicano postrevolucionario era «democrático, representativo y federal».²⁸ No obstante, en la práctica el poder presidencial subordinó a todos, gracias a sus poderes legales y metas constitucionales.²⁹ Aun así, su dominio no era ilimitado. Estaba acotado por la situación nacional e internacional, por grupos de

²⁷ Según estos autores, la cultura política es el conjunto de conocimientos, percepciones, evaluaciones, actitudes y comportamiento predispuesto, a través de los cuales los miembros o subgrupos ven e interpretan a las instituciones y procesos políticos.

²⁸ Estaba dividido en tres ramas, un ejecutivo encabezado por el presidente de la República, un legislativo bicameral, y un poder judicial, todos independientes. Existían también un poder estatal *libre y soberano*, que sigue el patrón del nacional, y uno municipal, también formalmente *libre*.

²⁹ Ai Camp (1993: 13) define al presidencialismo como «concepto que indica que la mayor parte del poder político está en manos del presidente».

poder y por el principio de no-reelección. Estas condiciones obligaron a los presidentes a buscar los consensos necesarios para gobernar.³⁰ Pero la fuerza simbólica del puesto fue impresionante, el culto al cargo fue tal que muchos mexicanos atribuyeron todos los males del gobierno a funcionarios medios y menores, pues «si el Sr. Presidente supiera, o alguno de sus secretarios, ésto malo no pasaría» (Craig y Cornelius, 1980: 347).

Como en México no ha existido un real servicio civil de carrera, los políticos necesitaron rodearse de un grupo leal y formar bases de apoyo populares por medio de prestaciones y favores. El reclutamiento de la elite, salvo excepciones, se hacía dentro de la clase media.³¹ Tras la revolución, el liderazgo político estuvo en manos de los líderes militares. Después de Ávila Camacho (1940-1946), los puestos altos de la administración pública correspondieron a civiles, sobre todo a aquellos que contaban con una formación profesional, destacando los abogados. A partir de las crisis económicas recurrentes (1976 y 1982), funcionarios con un perfil técnico, sobre todo economistas, salieron de sus trincheras tradicionales (Banco de México y Secretaría de Hacienda), para irse apoderando del control del gobierno federal mismo. Brandenburg (1964: 2-7) definió al presidente, gabinete, gobernadores y directores de paraestatales como la «Familia Revolucionaria». Tras la crisis del modelo económico en 1982, el sentimiento de familia empezó a desaparecer.

³⁰ López Portillo (1986: 858) resume una característica central del SPM que refleja su institucionalización: «Como se da al presidente todo el poder, todo el poder se le quita al ex presidente.»

³¹ En 1989 sólo el 8% de los secretarios de estado, gobernadores, diputados o senadores tenían un origen obrero o campesino inmediato (Cornelius, 1996: 45).

2.2.3. *El modus operandi*

Uno de los aspectos más interesantes del SPM fue la manera en que ejerció su control gracias a haber logrado canalizar y satisfacer parcialmente las demandas de la población. Reyna (1977: 161) argumenta que el gobierno siempre buscó organizar a los grupos para evitar que estos lo hicieran por su cuenta y formularan sus propias demandas. Esta forma de despolitización, propició que el sistema de negociaciones se mantuviese dentro de los límites establecidos por el régimen. A partir de 1938, el SPM se organizó de manera corporativa y los sectores obrero, popular y campesino constituyeron su base de apoyo, todos controlados por la estructura burocrática del partido, encabezada por el presidente en turno.³² En esta estructura, no en el medio electoral, se dio la participación política. Así se pudieron limitar demandas, supeditar la política salarial en beneficio de la acumulación de capital privado nacional y externo, y movilizar a los obreros, campesinos y burócratas en momentos cruciales. Además de las organizaciones formalmente pertenecientes al PRI, el gobierno organizó a los gremios profesionales y a los empresarios en asociaciones, colegios, cámaras y confederaciones.³³ Por ley los empresarios debían pertenecer a una cámara correspondiente a su actividad, las cuales se agruparon en las confederaciones (Luna, Tirado y Valdés Ugalde, 1987: 15-17).

³² Domínguez y McCann (1994: 394) argumentan que el PRI, a través de los sectores, manejó el apoyo político y canalizó las demandas, por lo que no buscaba controlar individuos, sino organizaciones.

³³ La Ley de Cámaras establece que estas son «Instituciones públicas autónomas, con personalidad jurídica, y reguladas por la Secretaría de Comercio. Su finalidad es defender los intereses del gremio y servir como órganos de consulta para el Estado, y la filiación es obligatoria» (Alcázar, 1970: 10).

Con el fin de inhibir movimientos externos que pudieran formular demandas inconvenientes, el gobierno atendía y otorgaba prebendas a través de las organizaciones aceptadas, premiando a los que actuaban bajo las reglas. Así, el sistema logró limitar el número de demandas y mantenerlas dentro de límites tolerables y funcionales para el desarrollo económico. Este éxito se explica a partir de tres premisas: por su cultura política el campesino no formuló muchas demandas, el crecimiento económico permitió satisfacer aceptablemente a los que sí las generaron, y el control de la lucha de poder entre la elite (Hansen, 1970: 175-183).

Para el funcionamiento y estabilidad del SPM también fue decisiva la existencia de una burocracia autónoma, pues logró aislarse de las presiones circunstanciales y perseverar en los objetivos últimos del desarrollo dirigido. Además, su fuerza institucional le permitió trascender liderazgos individuales y controlar a los organismos corporativos. Gracias a esta autonomía y disciplina presupuestal, la clase política logró llevar a cabo su proyecto de industrialización (Centeno, 1994: 75-76).

2.2.4. *La legitimidad*

La legitimidad emanó de una combinación entre referencias a símbolos pasados — sobre todo, la revolución—, la evocación a las aspiraciones nacionalistas y de justicia

social y una relativa eficacia para generar riqueza y procesar las demandas sociales.³⁴ Como es propio en los sistemas autoritarios, a falta de una ideología real, el régimen echó mano de principios laxos del simbolismo del pasado para justificar su existencia y generar apoyo a su favor.³⁵ La revolución significó todo para todos y algo distinto para cada uno; de ella salió no una ideología, sino una serie de principios e ideas sueltas sobre lo que fue el pasado y lo que debía ser el futuro.

2.2.5. *El partido*

El partido gobernante no nació para conquistar el poder, sino que surgió de él como un mecanismo para regular la competencia dentro de la elite. Con el tiempo, se convirtió en una cúpula que controlaba y coordinaba a las asociaciones de masas integrantes. Bajo la fachada de partido político al estilo occidental, hizo las veces de una dependencia del ejecutivo, encargada de administrar y asegurar la llegada al poder de aquellos funcionarios cuyo puesto debía pasar por un proceso de elección popular. La evolución de este *partido* estuvo íntimamente ligada al fortalecimiento del poder presidencial y sus necesidades coyunturales. Como el SPM careció de ideología clara y rígida, a lo largo de

³⁴ Craig y Cornelius (1980: 376, 377) hablaban de lo sorprendente que resulta el hecho de que los mexicanos desconfíen tanto de los políticos y los partidos, pero sigan creyendo en el sistema político. Para ellos éste es la encarnación entre el mito y la eficacia aceptable. En la misma obra Almond y Verba consideraban que la legitimidad del SPM emanaba de su origen revolucionario, de su papel en la economía a partir de la década de 1930 y de su función redistribuidora.

³⁵ Huntington (1970a: 28) coincide en el señalamiento. Para él, el PRI no tenía una ideología clara, sino símbolos y mitos a los cuales recurría para sustentar su legitimidad.

su existencia el PRI apoyó políticas distintas, a veces francamente contradictorias, dependiendo de las convicciones del presidente en turno.³⁶

Al carecer de una ideología rígida, por ser parte de la burocracia de Estado, el partido dominante no tuvo mayor cargo de conciencia o problema práctico para incorporar, formal o informalmente, a una gran cantidad de intereses, muchos de ellos contradictorios. En la *ideología revolucionaria*, cabían tanto empresarios como obreros y campesinos. El PRI, como parte integral del SPM, era el elemento medular de control —pero no único— que limitaba y canalizaba las demandas de los amplísimos sectores organizados. Prefería cooptar y neutralizar a disidentes potenciales y reales antes que reprimirlos; pero, si no era posible, no tenía empacho en recurrir a todo tipo de manipulaciones y, en el extremo, a fraudes electorales abiertos.³⁷

Hasta antes de los años ochenta los partidos de oposición tuvieron la función de estabilizar y mantener el sistema político. Sin posibilidades reales de ganar, constituyeron una oposición formal, pero no real, que canalizaba sin consecuencias el voto de protesta de los más insatisfechos, lo cual los convertía en una efectiva válvula de escape.³⁸ En la práctica el gobierno promovía la satanización de la «derecha panista» y

³⁶ Ejemplos de cómo el partido apoyó políticas contradictorias con el mismo *entusiasmo revolucionario*, a lo largo de los años, muestran claramente su falta de independencia real.

³⁷ Cornelius (1996: 60) considera que el fraude no consistía tanto en quitarle votos a la oposición, sino en aumentar los del PRI. Refiere casos en 1988, e incluso en 1994, donde los sufragios a favor del partido oficial superan no solo el padrón de electores, sino que a veces el número de adultos en la población.

³⁸ Robert Scott señala que en México los partidos de oposición adoptaron doctrinas y programas rígidos, lo que redujo su clientela política a un público muy reducido; en cambio, el PRI era de centro, pero con una *ideología* muy flexible (Özbudun, 1970: 383).

la pulverización del voto de izquierda.³⁹ Otra de las funciones de la «oposición leal» era darle al régimen una fachada democrática dentro y fuera del país.

Gran parte del desarrollo y la estabilidad del SPM se explica por la cultura, socialización y participación política de los mexicanos. Cornelius explica que entre 1940 y 1970 el mexicano expresaba fuerte simpatía por el partido e instituciones surgidas a partir de la revolución, gracias a los logros económicos y a la educación *nacionalista* que el gobierno promovía en escuelas y medios de comunicación. Se votaba por el PRI, a veces por costumbre, y otras, en busca de beneficios materiales a corto y mediano plazo, ya fuera ayuda material inmediata o alguna obra pública o servicio. También existía el riesgo de perder la ayuda, o incluso el trabajo, si no se apoyaba activamente al PRI. Los porcentajes de votación siempre fueron altos, por la combinación de coacción, fraude y conveniencia.

Durante los mejores años del desarrollo estabilizador el progreso material fue notorio: la clase media llegó a representar el 30% de la población, el analfabetismo pasó de 35% en 1955 a 15% en 1980, y el PIB per cápita llegó a \$2,130 dólares. El lado oscuro fue la disparidad en la distribución de la riqueza: en 1977, por ejemplo, el 70% de las familias más pobres representaban apenas el 24% de la riqueza, y el 30% más rico, el 76%. La desproporción regional fue otra realidad, en Oaxaca el PIB per cápita era 7 veces menor al del DF. El salario y el empleo fueron los grandes perdedores. La

³⁹ Promovió la formación de partidos como el Popular Socialista y permitió la existencia de otros más radicales, e incluso en momentos el del mismo Partido Comunista, pero siempre buscó dividirlo.

concentración era mayor que en 1910, que en la práctica significaba un fracaso de la «justicia social» (Comelius, 1996: 96-101).

La rotación en la elite gobernante es central para explicar la estabilidad y duración del sistema. Desde el porfiriato la clase media fue su cantera, pues la revolución tampoco abrió la puerta al proletariado, al tiempo que el principio de no-reelección aseguró una movilidad importante en la punta de la pirámide (Comelius, 1996: 45-47).⁴⁰

2.2.6. *Sumario*

El apoyo casi irrestricto del aparato estatal y sus recursos fueron esenciales para la cooptación y manipulación de los procesos electorales. Si bien existía un sufragio universal y las elecciones se realizaban a intervalos regulares, es imposible hablar de una competencia electoral equilibrada, libre y justa —elementos centrales de la democracia— cuando uno de los contendientes contaba con el respaldo de todo el aparato gubernamental, desde recursos materiales hasta medios coercitivos. La disparidad fue abismal. En el SPM tradicional, el gobierno, sobre todo el ejecutivo, gozó de un poder discrecional y no fue sujeto de escrutinio y rendición de cuentas. Bajo condiciones donde el partido de Estado —pues eso era el PRI— ganaba por las buenas o

⁴⁰ El autor sustenta su afirmación con cifras: según un estudio de 1989, solo el 8.3% de los altos funcionarios federales y gobernadores aseguraban tener algún origen obrero o campesino inmediato. La movilidad dentro de la elite fue clara, pues de los 200 funcionarios más altos, el 80% fue removido en un lapso de 12 años y el 90% en 18 años.

por las malas, la alternancia era posible sólo en teoría. Por todo lo anterior, hablar de democracia política en el caso mexicano en el siglo XX, es insostenible.⁴¹

El SPM se basó en un presidencialismo autoritario e incluyente, que prefería cooptar o corromper antes que reprimir. El gran poder presidencial fue el eje del sistema y convirtió al ejecutivo en turno en uno de los más poderosos del mundo; en términos relativos, claro está. La no-reelección y el sistema de camarillas aseguraron la rotación sistemática, elemento central en la estabilidad. Las demandas de todos los sectores fueron institucionalmente limitadas y canalizadas por un complejo sistema corporativo, basado en organizaciones de masas y gremiales. El partido dominante fue un elemento central; en él cabían todos, desde empresarios hasta obreros y campesinos. Con el paso del tiempo el proceso de institucionalización fue tal que el partido, las organizaciones, y hasta el presidente se fueron supeditando a la inercia del funcionamiento burocrático del Estado.⁴² A todo esto se añadió una fachada legal-electoral para aparentar, hacia adentro y hacia afuera, una forma de gobierno democrática, representativa y federal. Estas son, a grandes rasgos, las características centrales de un sistema político que no fue estático, sino altamente flexible y funcional: su comportamiento y equilibrios internos variaron a lo largo del tiempo.

⁴¹ En palabras de Jorge Domínguez: «El gobierno y su partido cometieron fraudes con regularidad e impunidad: rellenaron urnas, intimidaron a candidatos opositores, impedían la labor de los representantes de casilla opositores, cambiaron la ubicación de las casillas, manipularon el padrón electoral y la entrega de credenciales para votar, e incluso anularon elecciones donde, a pesar de todo, la oposición logró ganar.» Esto sin contar todo el proceso previo al día de las elecciones. Jorge Domínguez, (1999:3) «The Transformation of the Mexican Party Systems, 1988-1994».

⁴² Centeno (1994:22) destaca esta característica. Considera que el SPM fue «electoral-burocrático», siguiendo la tipología de Linz.

2.2.7. Conclusión

Las diferencias entre las ideas que postulan y aglutinan a Estados Unidos, y la realidad política que se practicaba en México eran, y son, evidentes. Si bien existe una brecha muy grande entre lo que aquel poderoso país dice ser y lo que practica tanto dentro como fuera —esto es, entre el deber ser y el ser—, es un hecho que los norteamericanos juzgan a los demás a través de sus ideas y convicciones.

En caso de actuar como dicen hacerlo, la consecuencia lógica de esta disparidad enorme entre lo legal y lo real en México hubiera sido la promoción activa por parte de Estados Unidos de un cambio en el sistema político mexicano. Pero la realidad fue distinta. Los norteamericanos interesados en México, salvo excepciones, decidieron ignorar o restarle importancia al hecho de que en México la democracia política fuera un montaje sin sustento real. El cambio político en el vecino del sur, salvo por Woodrow Wilson, no figuró entre las prioridades de Washington.

En la relación con México, el pragmatismo se impuso al idealismo que Estados Unidos dice perseguir. Al menos desde el Porfiriato quedó claro que la prioridad norteamericana en México no era otra que mantener la estabilidad. Como se analizará más adelante, la importancia en Estados Unidos del tema de la democracia en México fue más una excusa que una realidad. Sin duda que los norteamericanos hubieran preferido que México fuera un país democrático a su imagen y semejanza, pero, en general, no estuvieron dispuestos o interesados en presionar para lograrlo.

3. LA POLÍTICA EXTERIOR NORTEAMERICANA Y LA RELACIÓN BILATERAL EN LA DÉCADA DE 1980

Para entender la reacción norteamericana ante las elecciones federales de 1988 en México, resulta de gran importancia ubicar el contexto en las que éstas se produjeron. De ahí la utilidad de analizar la política exterior de Washington, en general, y con México en particular, durante esta década, para poder resaltar la forma cómo los intereses pragmáticos se impusieron al discurso democratizador.

3.1. Fundamentos y evolución de la política exterior norteamericana en general y hacia América Latina en particular

3.1.1. *Entre el aislacionismo y el activismo*

La manera en que una sociedad se ve a sí misma afecta a la forma en que se relaciona con el exterior. Tal afirmación resulta especialmente cierta en el caso norteamericano, donde su ideología marca, como a pocos países, su política exterior. Así, según Lipset (1996: 18), «el moralismo protestante ha influenciado de manera decisiva la política exterior norteamericana». Para Hartz (1955: 12), su «política exterior busca imponer a John Locke al resto del mundo».¹

¹ Según el autor, cuando Estados Unidos trata de imponer estas ideas, más claramente se notan las limitaciones de su política exterior.

Como se señaló, la sociedad estadounidense actúa en torno a una poderosísima ideología frente al resto del mundo, condensada en el “Destino Manifiesto”. Esta idea se basa en la convicción de que los norteamericanos, «son gente superior con la misión divina de propagar sus principios e instituciones a las sociedades atrasadas con las que entraran en contacto» (Kames, 1972: 55). Esta creencia toman forma en el “credo americano”, que sostiene que la igualdad, libertad, individualismo meritocrático, democracia política y *laissez-fair* económico son valores universales,² y solo bajo ellos el ser humano es capaz de desarrollarse y ser feliz. Esta creencia se ve reforzada por un éxito material que los coloca como la potencia mundial decisiva, por el que están seguros de su supuesta superioridad y de ser ejemplo para el resto de la humanidad.

Es el origen calvinista de Estados Unidos, ya examinado, el factor que provoca una visión dual del mundo. Por un lado, están ellos, «la ciudad en la cima de la montaña» y, por el otro, el resto de la humanidad, que constituye tanto una amenaza como un reto.

La relación de Estados Unidos con el exterior ha estado inevitablemente influida por la ideología anterior. Desde el origen, Estados Unidos tuvo la intención de propagar sus valores e intereses económicos (Hunt, 1987: 4). Sin embargo, en la práctica, ese impulso ha sido relativo: se enfrentan al dilema de decidir si lo más apropiado es aislarse para no ser contaminados o asumir un papel activo empujando al resto de la humanidad a ser como ellos, pues es lo que a todos conviene, aunque a veces el exterior no lo sepa o

² Según Pachtenham (1973: 126-128), en Estados Unidos tanto demócratas como republicanos están convencidos de que la aspiración de todas las personas del mundo es vivir en una sociedad capitalista democrática, ser propietarios de una casa o un negocio.

lo aprecie. Esa disyuntiva, que se ha presentado a lo largo de la historia, ha sido causa de vaivenes en la política exterior norteamericana.

Al momento de su creación, los “padres fundadores” de Estados Unidos tenían clara conciencia de la debilidad de su país en el contexto internacional, por lo que consideraron conveniente, en un mundo corrupto, aislarse relativamente.³ Esta tendencia se mantuvo durante todo el siglo XIX con respecto a Europa, pero llegó a su fin en 1917, cuando se vieron obligados a entrar en la Primera Guerra Mundial. Ese fue realmente el primer impulso real por propagar el americanismo o, como dijo Woodrow Wilson, para «hacer al mundo un lugar más seguro para las democracias» (Hartz, 1955: 295). Duró poco el proyecto, pues el Senado estadounidense rechazó el ingreso de su país a la Liga de las Naciones —una idea wilsoniana—, sumergiéndolo en otro periodo de aislacionismo. En 1941 Estados Unidos se vio nuevamente involucrado en otro gran conflicto global, primero contra los nazis y japoneses, y posteriormente en otro contra el comunismo —la Guerra Fría—. En cualquier caso, a los adversarios se les calificó como las esencias de un mal al que había que acabar para salvar al orbe.⁴

Con la Segunda Guerra Mundial y el principio de la Guerra Fría, Estados Unidos pasó del aislacionismo a un activismo global sin precedentes, y a transformarse en una súper potencia nuclear. La lucha anticomunista tuvo un efecto profundo y duradero, puesto que por primera vez los norteamericanos chocaron con una ideología que

³ En su discurso de despedida, Washington recomienda «evitar las alianzas permanentes». Según Tindall y Shi (1989: 194), él no favorecía el aislacionismo, como muchos lo interpretaron después.

⁴ Aunque Edwards (1999: 1) señala que esta es una visión típica del conservadurismo, para todos los norteamericanos el comunismo era algo malo. La diferencia radicaba en el grado.

representaba todo lo contrario a lo que ellos decían ser: limitaba el individualismo y la libertad personal; además, combatía frontalmente a la propiedad privada y al *laissez-fair* liberal. Y eso no era todo; los comunistas también se consideraban predestinados al triunfo, si no por la voluntad de Dios, sí por la de la Historia. Para 1947, es *mal* comunista infectaba a la mitad de Europa, y en las décadas siguientes avanzaría o amenazaría a países de Asia, África y América Latina.

La reacción norteamericana contra el comunismo fue feroz y total. Como explica Hartz (1955: XII), siguiendo su tradición puritana, «cuando los americanos se sienten amenazados, el consenso se vuelve unanimidad, cierran filas contra el enemigo, al cual ven como Satanás mismo y lo combaten hasta destruirlo». Según Thomas Wicker, los americanos buscan eliminar en las demás sociedades lo que más temen en la propia (Hartz, 1950: XII). Para ellos el éxito en la prevención y combate al comunismo estaba íntimamente ligado a la supervivencia de su proyecto de nación, lo que provocó una cohesión casi absoluta de la opinión pública y los gobernantes en torno a este objetivo. De inmediato, el temor norteamericano a la amenaza roja se vinculó con su tradicional idea de superioridad moral: si ellos eran la sociedad elegida por Dios, entonces los comunistas eran la antítesis, la encarnación del mal. Esta visión maniquea hizo imposible la convivencia pacífica entre los dos sistemas aun cuando no se llegó al enfrentamiento directo.

La evolución de la guerra fría desembocó en el triunfo norteamericano, pero eso no impidió que Washington incurriera en errores y excesos. En lo interno, el macartismo se

significó la persecución de funcionarios, actores e intelectuales sospechosos de simpatías comunistas.⁵ En lo externo, se tendió a ver en todo movimiento de naturaleza progresista la mano de Moscú, Pekín o La Habana, al punto que a varios orilló a aliarse efectivamente con el bando enemigo, para sobrevivir.

La Guerra Fría resultó funesta para muchos países del Tercer Mundo, ya que, con tal de evitar el contagio comunista, Estados Unidos apoyó a dictadores brutales, tales como Augusto Pinochet, en Chile, Idi Amin, en Uganda, o “Papá Doc”, en Haití; ejemplos conspicuos de una lista mayor. En suma, la política exterior norteamericana durante la Guerra Fría frecuentemente se tradujo en un obstáculo para la democracia.

3.1.2. *Hemisferio Occidental*

El impulso al aislacionismo norteamericano al que he hecho referencia fue siempre relativo, pues el resto de América fue visto por Estados Unidos, desde un principio, como su área natural de influencia. A lo largo de más de 200 años la política exterior estadounidense hacia el resto del continente ha oscilado del desinterés al intervencionismo, de la cooperación al conflicto, de largos periodos de descuido a otros cortos e intensos de intervención paternalista o imperialista. Lo que ha ocurrido en América Latina, desde las crisis políticas y económicas hasta la estabilidad y el

⁵ Según Tindall y Shi (1989: 840-842), la «cacería de brujas» de McCarthy exhibió lo peor del anticomunismo en Estados Unidos durante la década de 1950.

crecimiento, están íntimamente ligadas a Estados Unidos desde principios del s. XIX (Molineu, 1986: 2-3).

La base del intervencionismo norteamericano en el continente americano no es la llamada Doctrina Monroe, sino que la idea viene de más atrás. Thomas Jefferson consideraba que «toda la región del golfo es corriente de nuestra agua (...), es esencial para nuestra tranquilidad y comercio (...), nuestra fuerza nos permitirá darle ley al hemisferio» (Williams, 1980: 16-17). En 1823 el presidente James Monroe declaró, con más retórica que sustancia, que Estados Unidos consideraría como un acto no amistoso cualquier intento europeo por recuperar el control de las colonias latinoamericanas.⁶ Su administración había reconocido y apoyado la independencia de Argentina, Chile, Perú, Gran Colombia y México (Kryzanek, 1986: 28). Esta declaración fue la primera muestra concreta de que Estados Unidos buscaba evitar lo más posible la presencia europea en su continente y, a la vez, expandir sus intereses en la región; aunque entonces no contaba con la fuerza suficiente para enfrentar una posible expedición de reconquista apoyada por la Santa Alianza pero confiaba en que Inglaterra lo hiciera.⁷

Al tiempo en que la presencia española se iba diluyendo en el continente americano, la británica y estadounidense iban en aumento.⁸ Durante la primera parte del siglo XIX,

⁶ Incluso hoy día algunos consideran que «es necesario que Estados Unidos mantenga un poder de veto sobre las formas de organización política en la región para proteger sus intereses» (Blachman, Leogrande y Sharp, 1986: 3).

⁷ Para una crónica de la rivalidad entre Estados Unidos y Europa por el Nuevo Mundo, véase Smith (1996: 14-16).

⁸ Aunque cabe mencionar que en más de una ocasión el lenguaje beligerante de la Doctrina Monroe se quedó en poco más que palabras. Durante el siglo XIX hubo dieciséis intervenciones directas de países europeos en el continente (Molineu, 1986: 18).

Estados Unidos se concentró en ampliar sus dimensiones: oleadas de migrantes se aventuraban hacia el oeste y el gobierno hizo lo posible por adquirir o apropiarse de territorio. En 1846 forzaron a Gran Bretaña a cederles el Oregón y un año después iniciaron una guerra contra México. Terminarían apropiándose de la mitad de su territorio, ampliando el suyo hasta llegar al Pacífico y convirtiéndose en un país-continente.

Hacia finales del siglo XIX Estados Unidos había resuelto su gran problema interno —la conflagración entre el sur y el norte— y estaba terminando de ocupar efectivamente su espacio geográfico, con un poder más consolidado, buscó ampliar su influencia en el continente. Durante esta época la característica dominante en el sistema internacional fue el imperialismo. Estados Unidos como poder naciente, tomó parte activa en aquel proceso global (Smith, 1996: 13). Hacia finales del siglo XIX, una vez concluida la expansión territorial, este país entró en una nueva fase de su impulso imperialista original: la de la hegemonía económica en su área contigua.

En 1898 la armada estadounidense aniquiló a la flota española y, aprovechando la oportunidad, ayudó a consumir la *independencia* de Cuba y se apoderó de Filipinas. La victoria exacerbó el orgullo nacional.⁹ En 1904 varios países europeos amenazaron con intervenir en República Dominicana, pero Teodoro Roosevelt lo impidió.¹⁰ Otro momento cumbre de ese expansionismo fue independizar a Panamá para controlar el

⁹ La enmienda Platt transformó a Cuba, en marzo de 1901, de una república independiente a un protectorado norteamericano. Al salirse los americanos, queda Fulgencio Batista como presidente (Kryzanek, 1986: 40-43).

¹⁰ El corolario de Roosevelt a la doctrina Monroe establecía que la inestabilidad e irresponsabilidad de los latinoamericanos obligaba a la intervención de un país civilizado, y éste solo podía ser Estados Unidos.

Canal. A ese intervencionismo descarnado se le conoce en América Latina como la política del gran garrote. En esta secuencia imperialista siguió la diplomacia del dólar de las administraciones republicanas de William Taft, Warren Harding, Calvin Coolidge y Hervert Hoover. Su prioridad fue defender intereses comerciales e inversiones directas norteamericanas en el Hemisferio Occidental a como diera lugar, incluso con la fuerza.

En cuanto a saldos democráticos, los resultados del gran garrote y la diplomacia del dólar fueron, francamente, negativos. En vez de promover democracias estables en Dominicana, Cuba, Nicaragua y Haití, quedaron *hombres fuertes* que encabezarían dictaduras tan brutales como pintorescas y que contarían con el apoyo norteamericano con tal de que se cuidaran sus intereses económicos y se combatiera por cualquier medio el virus del comunismo. Leónidas Trujillo, Fulgencio Batista, los Somoza y “Papá Doc” prueban los límites de los principios democráticos y liberales norteamericanos, que en esos casos fueron simples excusas para una política exterior que giró exclusivamente en torno a intereses sin ninguna relación con los principios éticos que se pregonaban.

En lo que a una preocupación genuina por extender la democracia se refiere, mención aparte merece la presidencia de Woodrow Wilson (1912-1920), etapa caracterizada por cierto idealismo en política exterior y el convencimiento de que Estados Unidos debía hacer del mundo un lugar seguro para la democracia; no sólo como medio para perseguir intereses norteamericanos concretos, sino como la única forma de gobierno verdaderamente legítima que garantizaba la estabilidad y la convivencia pacífica. Esta idea rectora fue el eje de su política exterior (Smith, 1996: 53-54, 63-64).

Con respecto a México, Wilson apoyó el esfuerzo para que se estableciera un gobierno democrático. Pero al igual que en Europa después de 1918, Wilson y los suyos fracasaron, pues en el vecino del sur se dieron las bases de un sólido sistema autoritario. No obstante, al oponerse a la dictadura militar de Victoriano Huerta, se abrió la posibilidad de una estabilidad de largo plazo. Según Lowenthal (1991: 255-256), sólo Wilson se preocupó genuinamente por la democracia. Después, con la Guerra Fría, la prioridad fue la estabilidad.

A partir de que Franklin D. Roosevelt llegase a la Casa Blanca en 1933, muchas cosas cambiaron. Para salir de la gran crisis, el presidente promovió la intervención del Estado con el fin de impulsar el empleo, la demanda y el crecimiento económico. En lo externo, sustituyó la política intervencionista encaminada a proteger los intereses del capital por otra de acercamiento y cooperación, bautizada como la política del buen vecino. Bajo este nuevo esquema, el presidente sacó a los *marines* de Haití y Nicaragua, renegoció la enmienda Platt para darle mayor autonomía a Cuba, cambió la política de reconocimiento de gobiernos y, finalmente, aceptó el principio de no-intervención en las relaciones interamericanas.

Esta política de cooperación y solidaridad relativa, dentro de un aislacionismo continental, llegó a su fin conforme Estados Unidos se involucró en el conflicto europeo hasta entrar en la Segunda Guerra Mundial. A partir de 1941 los estadounidenses exigen la cooperación de sus vecinos para alejarlos de la influencia del Eje. Durante este período el gobierno mexicano pudo implementar una política interna más autónoma, que le permitió llevar con éxito la expropiación y nacionalización de la industria petrolera. Pero entró a la guerra, básicamente como muestra de solidaridad hacia Estados Unidos.

3.1.3. La Guerra Fría en América Latina

En 1947 se inició la Guerra Fría, que incidiría profundamente en la manera en que Estados Unidos se relacionaría con el resto del mundo. En América Latina, su zona *natural* de influencia, el anticomunismo se convirtió en un requisito norteamericano para todos los sistemas políticos de la región. Bajo esta lógica aparecen el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca de 1947 y la Organización de Estados Americanos en 1948.¹¹ Al inicio de este periodo, la relación entre Estados Unidos y América Latina estuvo marcada por la crisis de los misiles cubanos, la intervención en República Dominicana, los esfuerzos en contra de las actividades revolucionarias del Che Guevara en Bolivia, y el Canal de Panamá (Dominguez, 1982:2).

El orden internacional de la segunda posguerra mundial limitó el campo de maniobra para los países latinoamericanos, pues todas sus acciones serían juzgadas en función de la confrontación ideológica entre dos superpotencias. Después de la victoria de Fidel Castro en Cuba en 1959, no había para el resto del subcontinente más opción que cooperar con los intereses fundamentales del coloso del norte.¹² A cambio, Washington toleró que sus vecinos adoptaran políticas económicas keynesianas y proteccionistas. Como sea, Washington logró ir imponiendo su visión anticomunista a

¹¹ Según Molineu (1996: 24-25), la OEA fue utilizada por cada país para perseguir intereses particulares, por lo que el interés de la región nunca fue una prioridad.

¹² En palabras de Dominguez (1982: 2), Estados Unidos construyó un nuevo orden «con el beneplácito europeo, la oposición soviética y la resignación de América Latina».

las elites latinoamericanas que se convirtieron en aliados fieles en la lucha contra esa ideología *exótica*.

El celo anticomunista norteamericano llevó a excesos como el complot promovido por la CIA para derrocar al gobierno progresista, pero no socialista, de Jacobo Arbenz en Guatemala, a partir de su intento de reforma agraria que llevó a expropiar latifundios de la United Fruit Co. (Molineu, 1986: 53-60). Otros ejemplos fueron la organización de la invasión de contrarrevolucionarios cubanos en Bahía de Cochinos en 1961, la nueva intervención en República Dominicana en 1965 y el apoyo al golpe militar contra Salvador Allende en Chile en 1973. Fue dentro de esa lógica que se dio la Alianza para el Progreso, iniciativa que buscaba apoyar el desarrollo económico de la región, aunque resultó poco significativa. En ningún momento la promoción de la democracia fue el propósito real, sino un medio más de la política anticomunista.

El gobierno de James Carter tuvo lugar en un momento de distensión relativa de la Guerra Fría, lo que le permitió un nuevo enfoque en política exterior. Estados Unidos defendió los derechos humanos, un elemento central de su confrontación con los países comunistas, pero también *vis a vis* con el resto del mundo. La administración Carter condicionó parte de su ayuda al Tercer Mundo a sus avances democráticos; se buscaba impedir que conflictos internos contra las dictaduras o los autoritarismos, desembocaran en revoluciones de corte comunista. Cuando esta política se volvió impráctica, se empezaron a suavizar las evaluaciones sobre ciertos regímenes claramente

antidemocráticos pero útiles.¹³ De nuevo, esta era demuestra que los intereses americanos no necesariamente se veían beneficiados al extender sus propios principios fuera de sus fronteras.

Aunque a los ojos de una buena parte del mundo, la idea norteamericana de imponer a otros una democracia liberal resulta en un tipo de intromisión presuntuosa que ellos mismos jamás tolerarían de otros, Whitehead (1991: 216) observa que para Washington no hay contradicción alguna. Ahí están las historias exitosas de la ocupación norteamericana a Alemania, Italia y Japón tras la Segunda Guerra Mundial. En contraste, América Latina puede verse como una historia de fracasos, al no existir una experiencia democrática arraigada, ni instituciones fuertes en que basarlas (Whitehead, 1991: 217). Así, la experiencia norteamericana de exportar democracia a sus vecinos del sur fue menos que afortunada.

3.1.4. *El factor interno*

El nacionalismo y la susceptibilidad del gobierno norteamericano a la opinión pública hacen que la política exterior de la superpotencia sea «arrogante, rígida y agresiva». Esta realidad debe tenerse en cuenta cuando se analice el comportamiento de la potencia hacia el exterior a partir del siglo XX (Hunt, 1987: 3). Una característica esencial y poco comprendida del sistema político norteamericano, que afecta de manera

¹³ Para una descripción detallada de cómo operó este sistema de democracia por dinero, véase Molineu (1986: 133-138).

fundamental a la formulación y, sobre todo, a la aplicación de su política exterior, se refiere a la división de poderes y a una cierta falta de coordinación entre agencias gubernamentales. Esta dispersión lleva a que su relación con México sea la suma imperfecta de partes y temas, donde cada agencia y poder tienen intereses específicos (Flawn, 1979: 31-32).

La relativa dispersión complica y diversifica la relación bilateral. En la acción cotidiana, México tiene muchas veces que lidiar con las contradicciones de los diferentes componentes institucionales. Aunque bien explotadas, esas diferencias pueden llevar a resultados positivos para el país débil. En teoría, el Departamento de Estado elabora una política específica para cada país, y el Consejo de Seguridad Nacional consulta con agencias y la Casa Blanca para acabar de definirla; pero, en la práctica, esta coordinación muchas veces no pasa del papel.

En contraste, en México, siendo un país centralizado, existe la posibilidad de tener objetivos claros de política hacia el gigante del norte. Además, se debe considerar la importancia del Capitolio en la formulación y aplicación de la política exterior. Tanto representantes como senadores están sujetos al imperativo de la reelección, lo que los obliga a tratar un sin fin de temas, cada uno de acuerdo a los intereses dominantes en el distrito o estado que representan. Los legisladores forman parte de comisiones específicas que pueden afectar la relación con el exterior. Asuntos como comercio, drogas o migración se ven sometidos a su influencia y la de sus electores. Más allá del complejo y a veces contradictorio entramado institucional de la política exterior norteamericana, el panorama se complica aún más con la presencia e influencia de los grupos de interés, los cuales también chocan entre sí, movilizan recursos y cabildean.

Con frecuencia, los intereses ya sean institucionales, políticos o económicos, se contradicen, lo que puede dificultar o, si es bien explotado, beneficiar la elaboración y ejecución de una política exterior hacia México por parte de Estados Unidos.¹⁴

3.2. Características y problemática de la relación bilateral durante la década de 1980

Para efectos de esta tesis es importante resaltar cuáles fueron los orígenes de las múltiples tensiones en la relación México-Estados Unidos durante el decenio de los ochenta. Desarrollar este contexto constituye el objetivo del siguiente apartado.

3.2.1. *Washington retoma la ofensiva*

Estados Unidos entra a la era bajo examen inmerso en la sensación generalizada de que su poderío iba en retroceso a partir del escándalo de Watergate y la caída de Saigón en manos comunistas. La percepción generalizada era que se había perdido terreno, por un lado, frente a la URSS en los países de la periferia y, por el otro, económico frente a Europa y Japón, que amenazaban con desplazar a Estados Unidos de su papel de eje monetario, financiero y comercial.

¹⁴ Un ejemplo de lo anterior lo da el hecho que para los agricultores de Florida la migración mexicana resulta benéfica, puesto que les provee de mano de obra barata para la cosecha. Al mismo tiempo, los rancheros de Arizona se dicen afectados y la combaten (Erb, 1979: 15-17).

En este contexto, en las elecciones presidenciales de 1980 se enfrentaron dos concepciones opuestas sobre el papel de Estados Unidos en el sistema internacional. Por un lado, James Carter representaba la continuidad de una tendencia para la cual el país debía adaptarse a un mundo donde su poderío e influencia eran menores (Oye, 1983:3); por el otro, Ronald Reagan estaba convencido de que, con un enfoque agresivo y activo en lo interno y externo, se podría revertir esta tendencia, y por ello se propuso reducir impuestos y el papel regulador del gobierno para dinamizar la economía y aumentar el gasto en defensa. El objetivo era recuperar la confianza de la población en la capacidad de acción de su ejército, reaccionar ante avances comunistas en el mundo y obligar a la URSS a gastar más de lo que podía para llevar a su economía al colapso.

La relación México-Estados Unidos se vio afectada por las metas del nuevo gobierno en Washington. Los nexos de la administración Carter con México estuvieron marcados por un cierto deterioro. Además de la mala relación personal entre los presidentes, México, embriagado por los petrodólares, se negó a mantener el asilo al exiliado Sha de Irán, lo que desembocó en la toma de la embajada de Estados Unidos en Teherán y la llamada "Crisis de los Rehenes", que acabó costándole la reelección a Carter.

En un principio, la nueva administración Reagan buscó acercarse a su vecino petrolero del sur.¹⁵ Mientras los precios del energético se mantuvieron altos, la relación bilateral México-Washington mejoró aunque la política mexicana hacia Centroamérica,

¹⁵ No sólo el gobierno norteamericano empezó a darle mayor importancia a México a partir del auge petrolero; también lo hizo la prensa (Rodríguez Alejandre, 1986: 2).

así como el narcotráfico y la migración, se transformaron en fricciones crecientes. Dentro de la política global norteamericana para revertir los avances reales o imaginarios del comunismo, la prioridad en América Latina fueron la Nicaragua sandinista y la insurgencia en El Salvador. En un Washington pleno de espíritu que fluctuaba entre patriota y patriotero, se hizo florecer la idea de un eje de los empobrecidos Moscú y La Habana para apoderarse de Centroamérica y de ahí extenderse a México. Fue así que en Centroamérica, donde las condiciones de superioridad norteamericana eran evidentes, Reagan puso en práctica una agresiva política anti comunista. Entre 1983 y 1984 organizó y financió acciones contra aeropuertos, instalaciones petroleras y puertos de Nicaragua (Emery, 1996: 471).

3.2.2. *El activismo mexicano en Centroamérica*

Al tiempo que la gran potencia del norte se lanzaba en defensa de la *democracia* en Centroamérica, un México que veía en su petróleo un arma estratégica se decidió por una política activa a favor del gobierno sandinista en Nicaragua e, incluso, de la guerrilla salvadoreña. Las concepciones radicalmente distintas en cuanto a la naturaleza del fenómeno centroamericano, así como el inusitado activismo mexicano y norteamericano, llevaron a la tensión bilateral que se extendió hasta la primera mitad del gobierno de

Miguel de la Madrid. La animadversión de Washington hacia México se reflejó en la prensa norteamericana.¹⁶

Ojeda (1976) explica que Estados Unidos es tolerante hacia México y su política exterior en cuanto ésta no interfiere con lo que en ese momento el gobierno en turno considera como un interés fundamental. Éste fue el caso del apoyo de México para con el gobierno cubano en foros multilaterales y en la relación directa con la isla; Washington entendía esa política como una posición para el consumo interno, así como un gesto para conciliar a la izquierda y asegurar la estabilidad y la continuidad institucional. Entre 1981 y 1986 la posición mexicana en Centroamérica pareció excederse del límite permitido. Nicaragua y El Salvador eran temas prioritarios en Washington. México, con un grupo de países mediadores —Contadora—, interfirió negativamente con su política hacia la región. A partir de este último año, México trató de distanciarse poco a poco y de manera digna del conflicto, con lo que la relación bilateral mejoró. La prioridad mexicana era la economía, no Centroamérica.

3.2.3. *La crisis del modelo mexicano y la reacción de Washington*

Éstas adquirieron una nueva dimensión en agosto de 1982, con el inicio de la crisis de la deuda externa, que, en realidad, lo era de todo el modelo económico mexicano. Este fenómeno produjo para América Latina la “década perdida”, caracterizada por

¹⁶ Rodríguez Alejandre (1986.2) menciona que no solo aumentó la atención de la prensa norteamericana con respecto a México, sino que también se volvió más crítica, incluso juzgando a su sistema político

recesiones, inflación, desempleo y déficits. Durante aquella década y en la siguiente el subcontinente se sumió aún más en la pobreza y el rezago frente al mundo desarrollado. México fue víctima de dos fenómenos entrelazados: por un lado, la facilidad para contratar créditos internacionales por ser país petrolero; por el otro, la irresponsabilidad y corrupción de la clase política mexicana, encabezada por López Portillo, quien contrató gigantescos créditos creyendo que la bonanza no sería coyuntural.¹⁷ El sueño de administrar la abundancia se convirtió en pesadilla con el desplome del petróleo y en una deuda impagable de casi 100 mil millones de dólares.¹⁸ Al final, en palabras de Rosario Green, «López Portillo desaprovechó la única oportunidad histórica de México para apuntalar y consolidar el crecimiento industrial» (Astié Burgos, 1998: 23).

Washington se dio cuenta de que esta crisis amenazaba la estabilidad del sistema financiero internacional. El caso de endeudamiento inmanejable era un fenómeno común en América Latina, por lo que una posible moratoria mexicana representaba un ejemplo muy peligroso.¹⁹ Además, la prioridad de Estados Unidos en México, la estabilidad interna, estaba amenazada.²⁰ En cuestión de meses, los departamentos de Estado, Tesoro

¹⁷ Este supuesto no era del todo infundado. Según el World Development Report el precio del barril pasaría de 35 dólares en 1981 a 40.85 en 1985 y a 78.3 en 1990. La producción petrolera aumentó muchísimo: pasó de 900 mil barriles diarios en 1977 a 2.3 millones en 1981 (Méndez Villareal, 1986: 493).

¹⁸ Los créditos fueron contratados con intereses muy bajos, debido al exceso monetario; pero, cuando este se acaba, los réditos sobre la deuda se disparan, lo que, junto con el monto inmenso de créditos contratados, hicieron de la deuda algo impagable bajo esos términos.

¹⁹ La deuda externa mexicana se incrementó de 29.7 mil millones de dólares en 1977 a 50.6 mil millones en 1980 y 74.9 en 1981; de esto, 5 mil millones correspondían a la iniciativa privada en 1979 y 18 mil millones en 1982. El pago de tan sólo los intereses en 1981 fue de 5.36 mil millones de dólares (Gurria Treviño, 1988: 74).

²⁰ Según Lustig (1991: 24), a partir de la baja en el precio del petróleo, en cuestión de seis meses salieron del país 11.6 mil millones de dólares.

y la Reserva Federal, así como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, renegociación de la deuda.

Aun cuando esta ayuda permitió al nuevo gobierno de Miguel de la Madrid (1982-1988) salvar la coyuntura, México enfrentó un problema estructural. La administración redujo los gastos en inversión y aumentó impuestos.²¹ Los efectos de las medidas económicas restrictivas no se hicieron esperar: en 1983 el PIB cayó 5.8% y, a pesar del congelamiento salarial, la inflación llegó al 80%. En 1986 la inflación llegó al 105% y en 1987 alcanzó el 159.2%. El poder adquisitivo se desplomó (Reyna y Butler, 1993: 186).

Esta crisis que parecía no tener fin, llevó al nuevo equipo económico neoliberal a buscar un cambio profundo de modelo, hacia la apertura del mercado mexicano. El gobierno negoció la entrada al GATT, redujo su gasto e inició un proceso de privatizaciones en un contexto internacional dominado por las ideas de la globalización y el neoliberalismo en boga a partir de la llegada de Reagan a la Casa Blanca y de Thatcher a Downing Street. Para México representó un «vuelco histórico» (Astié Burgos, 1998: 29).

Debe resaltarse que, dentro de la relación bilateral, el tema de mayor relevancia real no fueron las deficiencias democráticas, sino la crisis económica. El problema de la deuda provocó una tensión permanente, pero también llevó a cooperación, pues, a pesar de la molestia en Washington, por la “irresponsabilidad” del gobierno mexicano, la

²¹ A la falta de confianza y el consecuente efecto negativo que tuvieron estas medidas le pone mucha importancia (Sastaingts Teillery, 1986: 511)

estabilidad del vecino y la del sistema financiero en su conjunto, fueron las prioridades indiscutibles. La crisis también fue un factor de preocupación para el gobierno norteamericano en la medida en que deterioraba la legitimidad del gobierno y el sistema político mexicanos. Este contexto hizo que Washington mantuviera una actitud relativamente positiva para con su vecino en apuros, pero México debió acelerar los cambios estructurales neoliberales.

3.2.4. *El narcotráfico*

La arraigada convicción norteamericana de que todo el mal viene de fuera fue reavivada por la administración Reagan, con el objetivo de legitimar su proyecto y movilizar apoyo. Dentro de esta cruzada para proteger el proyecto histórico y la forma de vida americana hay que ubicar el fenómeno del narcotráfico.²² Del Villar (1989: 98) señala que desde las convenciones de Shanghai y La Haya de 1908 y 1912, Estados Unidos empezó a considerar a este fenómeno como un problema serio. De entonces, y hasta ahora, buscó imponer sus necesidades —el combate dirigido hacia la oferta— como eje rector internacionalmente. México también partió de esta premisa. Después de la Segunda Guerra Mundial el ejército erradicó plantíos que antes servían para el consumo médico del ejército americano (Torres, 1988: 13).

²² Este mismo fenómeno produce consecuencias distintas. Por ejemplo, en Colombia genera violencia; en México, corrupción generalizada, y en Estados Unidos, un problema de salud pública.

El fenómeno estuvo relativamente bajo control hasta la década de 1960, cuando el consumo de drogas en Estados Unidos —cocaína, sobre todo— dejó de ser propio de minorías para hacerse popular en la clase media y alta. Este incremento en el consumo representó un quiebre en la política norteamericana frente a las drogas. Como respuesta, en 1969 el gobierno de Richard Nixon cerró la frontera con México en la llamada Operación Interceptación²³ y tres años más tarde²⁴, declaró el inicio de la guerra contra las drogas.²⁵ México no tuvo más opción que cooperar en la Operación Cóndor.²⁶

Así, sin ser algo nuevo, el tema del narcotráfico adquirió relevancia en la relación bilateral. La Casa Blanca hizo saber a México que no consideraba que su gobierno hiciera lo suficiente para combatir la producción y el comercio de drogas.²⁷ En respuesta, el gobierno de De la Madrid duplicó los recursos destinados a su combate, aunque según Toro (1992: 322), el resultado final fue un fracaso, pues sólo se logró interceptar el 5% del total de drogas que ingresan a la Unión Americana. Aun así, los señalamientos de ineficacia derivada de la corrupción siguieron en aumento. La tensión llegó al rojo vivo en 1985, a consecuencia del secuestro, tortura y asesinato del agente norteamericano de

²³ El problema comercial fue tal que aquel año se suspende bajo protestas de México y de comerciantes norteamericanos.

²⁴ Este es un año clave: el gobierno turco prohíbe el cultivo del opio, y México se convierte en pocos meses en un proveedor de relevo (Ruiz de Cabañas, 1992: 154).

²⁵ Según Toro (1992: 323), ya desde esta época, agentes encubiertos norteamericanos actuaban en México sin el permiso del Gobierno Federal.

²⁶ Los logros fueron sorprendentes: México, que producía el 75% de la marihuana que se consumía en Estados Unidos al iniciarse las operaciones de combate en 1975, seis años después representaba solo el 4% del consumo; en el caso del opio el porcentaje bajó de 67% a 25% (Ruiz de Cabañas, 1998: 154).

²⁷ La efectividad del Plan Cóndor había sido tal que México fue desplazado como productor de narcóticos por otros países como Bolivia y Perú. Pero por su cercanía con el mercado norteamericano lo convirtió en la ruta de la droga hacia ese país, sobre todo, después de que el gobierno norteamericano sella la Florida en la primera mitad de la década de 1980, y convierte a México en la única ruta (Ruiz de Cabañas, 1992: 155).

la DEA, Enrique Camarena Salazar. En los últimos años de Reagan y De la Madrid esta fuente de fricciones disminuyó.²⁸

3.2.5. *Migración*

Este tema, aunque en menor medida que el narcotráfico, también fue punto de conflicto. El fenómeno mismo data de fines del siglo XIX, pero adquirió un carácter de política de Estado permanente a partir de la Segunda Guerra mundial, cuando Estados Unidos necesitó de mano de obra migrante y negoció el llamado Programa de Braceros. Conforme esta necesidad se redujo, las condiciones para estos trabajadores empeoraron progresivamente, hasta que el programa desapareció en 1964.

No obstante, el flujo de mexicanos hacia el norte siguió en aumento, lo que llevó a reacciones contrarias, a veces xenofóbicas, por parte de ciertos sectores norteamericanos, que argumentaban que los trabajadores mexicanos, dispuestos a emplearse por bajos salarios, les quitaban sus empleos y consumían recursos destinados a gastos médicos y educativos de norteamericanos. Aunque la realidad era distinta —los migrantes producían más de lo que consumían—, la administración de Reagan fue sensible a estos

²⁸ La reducción en la tensión y los planes Baker y Bready para reducir la carga de la deuda externa sobre México responden a la llamada Paradoja del Precipicio. Ni siquiera el gobierno más conservador y belicoso de Estados Unidos está dispuesto a presionar o abandonar a México al grado de que este caiga en el caos y la inestabilidad. Pero el gobierno del gigante del norte presionará hasta el límite para lograr concesiones, como ocurrió durante este periodo.

grupos. Los conservadores alegaban que los intereses nacionales exigían impedir la entrada de extranjeros, aunque económicamente les conviniera.

3.2.6. *Cómo tratar a México*

Como ya expliqué, por la naturaleza misma del sistema político norteamericano, no existió una posición única con respecto a México, dados los numerosos y a veces contradictorios intereses en juego (Flawn, 1979: 30-34). Una minoría muy conservadora dentro del ejecutivo y el legislativo norteamericanos se mostró muy activa en relación a México. A partir de la crisis de la deuda, personajes como Constantine Mengues y el Senador Jesse Helms, creyeron que en México estaba a punto de estallar una inestabilidad social inmanejable, como consecuencia de la crisis económica, la mala distribución de la riqueza y la corrupción. Sobra decir que aquel colapso traería consecuencias terribles para Estados Unidos, desde millones de migrantes hasta una oportunidad para la expansión comunista.²⁹ Es interesante señalar la paradoja de que fueron Mengues y Helms quienes presionaron activamente por la democratización de México —la cual esperaban que tuviera un carácter de derecha—, como la única manera de evitar la anarquía (Mazza, 2000: 18).

²⁹ Coincido con Rodríguez Alejandre (1986: 1) cuando señala que esta no era la posición del gobierno norteamericano, pues este no tiene una sola política hacia México, que es fragmentada. Aun así esta opinión refleja lo mal visto que resultaba México en Estados Unidos a mediados de la década de 1980.

El embajador norteamericano en México, John Gavin, no pertenecía al grupo catastrofista de Mengues, pero tampoco tenía una visión optimista del país donde se desempeñaba.³⁰ Más que obedeciendo a instrucciones del Departamento de Estado, el embajador con relación directa con Reagan actuaba por sí mismo. Para Washington los problemas estaban en Centroamérica, en la migración, el narcotráfico y la deuda, no en la falta de democracia (Mazza, 2000: 19-25), pero Gavin también consideraba, como otros, que la solución a los problemas mexicanos estaba en lograr un contrapeso democrático de derecha, un bipartidismo entre el PRI y el PAN (Rodríguez Alejandro, 1986: 54).

En el momento de mayor tensión bilateral, a partir de febrero de 1985, aumentaron las críticas al sistema político mexicano, en el que participó agresivamente un sector del legislativo estadounidense, no así Reagan y sus cercanos. A raíz del caso Camarena, la opinión pública de Estados Unidos se impresionó «por el grado de corrupción del aparato estatal mexicano», y el gobierno impuso una revisión auto por auto en la frontera. Según el Secretario de Estado norteamericano, «México había excedido la tolerancia del gobierno norteamericano» (Mazza, 2000: 32-35).

La prensa se hizo eco de estos ataques, en especial a partir del caso Camarena. Para Rodríguez Alejandro, entre 1984 y 1985 «la prensa se dedicó a criticar el carácter antidemocrático del sistema político mexicano y la corrupción que de él derivaban, sobre todo en lo que al narcotráfico se refiere. Así, mientras que entre 1982 y 1983 la visión

³⁰ Gavin protagonizó situaciones que fueron presentadas como escandalosas por la prensa oficialista, cuando en 1983 y 1984 se reunió con representantes de la oposición democrática conservadora: el PAN.

sobre el presidencialismo era buena, para 1984 y 1985 las críticas a su carácter desmedido y autoritario eran muy frecuentes». La idea de que la crisis económica se agravaba por la corrupción y viceversa, fueron temas recurrentes. La pésima reacción oficial por los sismos de septiembre, y la reacción espontánea de la sociedad civil, aumentaron la preocupación en la prensa por un posible colapso en México (Rodríguez Alejandro, 1986: 54-56). De las observaciones hechas por el autor, se puede inferir que la preocupación en Washington no era la democracia, sino los problemas que podría traer un autoritarismo fallido. Para mediados de 1985, la relación era demasiado tensa y Washington decidió reducir el nivel del conflicto antes de que trajera efectos contraproducentes, y las críticas hacia México bajaron de tono gracias al esfuerzo del Departamento de Estado y de la Casa Blanca.

La relación bilateral siguió siendo difícil durante la primera mitad del año siguiente, sobre todo, entre George Shultz en el Departamento de Estado, el secretario del Tesoro James Baker y el canciller mexicano Bernardo Sepúlveda, quien defendía la participación de México en el Grupo de Contadora. Pero el problema más notorio fueron las audiencias que entre mayo y junio se llevaron a cabo sobre México en el Comité de Relaciones Exteriores del Senado norteamericano, encabezado por Helms. En ellas se dijo de todo contra el gobierno mexicano.³¹ El ejecutivo dijo no compartir esta visión, pero no hizo nada por desmentirla.

³¹ Incluso el senador aseguró tener pruebas de que De la Madrid había enviado millones de dólares a una cuenta privada en Suiza.

Durante la segunda mitad de 1986, las relaciones México-Estados Unidos mejoraron. El escándalo Irán-Contra acaparó la atención del público americano quitándole el faro a México. Se acordó entonces una reestructura y pago de deuda, y Gavin anunció su retiro como embajador para ser sustituido por un moderado y hombre de negocios, Charles J. Pilliod. Para noviembre los conservadores republicanos, enemigos del gobierno mexicano, perdieron influencia después de la derrota en las elecciones intermedias. Además, México hizo lo posible por distanciarse del problema en Centroamérica.

Los patrones seguidos por la prensa norteamericana —el caso de estudio de esta tesis— siguieron su propio rumbo. Una vez que se tomó el tema de la democracia en México, ya no se soltó. Además de criticar con frecuencia el carácter antidemocrático del presidencialismo mexicano, para varios medios escritos la solución estaba en el PAN, como un contrapeso a un ejecutivo todopoderoso e irresponsable. Se llegaron a publicar opiniones a favor de que Estados Unidos ayudara a México a transitar hacia ese camino, y más después de las elecciones en Sonora de 1985 y en Chihuahua de 1986 (Rodríguez Alejandre, 1986: 75-77).

Un reflejo muy ilustrativo de los catastrofistas conservadores en Estados Unidos es un libro titulado *México, Chaos on our Doorstep*, de Sol Sanders³², donde México aparece como una bomba a punto de estallar debido a la crisis y la corrupción.

³² Este personaje es un funcionario norteamericano que trabajó en Vietnam y creía que la historia se repetiría en México (Sanders, 1986).

El periodo 1985-1986, dice Sanders, marca el invierno del descontento en México: a lo largo del bulevar de Reforma, antes el paseo más hermoso del mundo, los árboles mueren poco a poco a causa de la increíble contaminación... Al final del paseo, en la mansión presidencial de Los Pinos y en el Palacio Nacional, la *revolución institucional* también se muere. A las nubes de incompetencia y banalidad del gobierno, se añade la indecisión, la corrupción y la bancarrota gubernamental (Sanders, 1986: 1).

La pregunta central de Sanders es: ¿hasta cuando podrá sobrevivir un régimen putrefacto? (un régimen a cuyo presidente califica de “figura patética y gris”). Además, según el autor, esa situación se agravaba por el hecho indiscutible de que Moscú y La Habana estaban conspirando para extender su influencia hasta el Río Bravo.³³ Para él, la dictadura en funciones estaba condenada a morir en su corrupción e ineficacia. El problema central para el interés norteamericano estaba en determinar en que medida le iba a afectar ese fin de régimen.

Para concluir esta sección, deseo referirme a la tipología que elabora Packenham (1973: 20) para comprender el modo dominante de pensar y actuar de Estados Unidos. El cambio y el progreso son cosas factibles e incluso sencillas, todo lo bueno viene junto, la revolución y el radicalismo son negativos, y distribuir el poder es más importante que acumularlo.

Por otro lado, me parece que la preocupación de algunos autores, como Arthur Schlesinger, en cuanto a que la eficacia de la política exterior norteamericana se puede

³³ La confirmación del supuesto complot comunista era para Sanders el «atentado» contra el presidente cuando se arrojó una bomba molotov al balcón presidencial el 1 de marzo de 1984 (Sanders, 1986).

ver comprometida por su contenido moral y liberal, es una inquietud falsa o, al menos, exagerada.³⁴ Estados Unidos, aunque pregone lo contrario, antepone sus intereses propios y actuará siempre en consecuencia. Como toda gran potencia, busca influir en el resto del mundo en función de sus intereses, pero, al igual que los antiguos romanos, también busca exportar sus instituciones, forma de vida y valores, al considerar que sólo «civilizando a los bárbaros» se puede estar seguro.³⁵

En el caso norteamericano, la ideología es muy maleable e idónea para lograr el fin último: mantener la unidad interna y procurar sus intereses externos, siempre envueltos en un halo de supuesta pureza. El pragmatismo y la ideología se acompañan, pero siempre el primero marcha adelante, mientras que el segundo le sigue como justificación. Cuando las acciones pragmáticas de Washington se contradicen con los principios de su ideología, se invoca el supuesto fin último: defender a la libertad global en contra de sus enemigos.³⁶ Si bien es cierto que la ideología distorsiona la manera en que la mayoría de los ciudadanos ven al mundo, esta no es tan fuerte como para superar al pragmatismo.

En la época bajo estudio lo que ocurrió fue que el discurso de promoción activa de la democracia liberal sirvió como medio para reposicionar a Estados Unidos como el

³⁴ Para Schlesinger (1983:128) la ideología todo lo explica a través de una visión preconcebida que impera por encima del pragmatismo.

³⁵ Hartz (1955: 302) señala que, para los americanos, «el que alguien no comparta sus principios y forma de vida los hace menos que humanos».

³⁶ Ejemplos de cómo el pragmatismo puede desechar los principios ideológicos de libertad y democracia sobran, aunque Huntington no se acuerde de ellos. El caso de Nicaragua es elocuente: en 1926 los marinos norteamericanos intervinieron directamente en contra de un gobierno legítimo, pero que no representaba sus intereses, abriéndole así el camino a Somoza, «nuestro hijo de perra», como lo definiría Truman. En la década de 1980 el *imperio del bien*, encabezado por Ronald Reagan, financió a la Contra nicaraguense a pesar de la brutalidad de sus acciones, igual ocurrió con el gobierno de El Salvador.

país más poderoso del sistema internacional. Pero, en la práctica, pocas veces se tradujo en la instalación de regímenes democráticos en los países autoritarios.

4. LA DÉCADA DE 1980, EL ESTILO DE LA ADMINISTRACIÓN REAGAN Y LA IMPORTANCIA DE LA DEMOCRACIA EN MÉXICO PARA ESTADOS UNIDOS

Ya que el ejecutivo es el principal responsable de conducir las relaciones internacionales de Estados Unidos, el estilo particular del presidente constituye una variable central para explicar la naturaleza de su política exterior y de la coyuntura a la que hace referencia esta tesis. Reagan marcó una época, la del resurgimiento estadounidense como potencia conservadora, moralista y a la ofensiva. Su personalidad e ideología determinaron la visión y el comportamiento, del gobierno, y del país en general, incluida la prensa, con respecto al exterior y al papel de Estados Unidos como superpotencia. Así, resulta indispensable analizar a este personaje para entender la coyuntura bajo estudio.

4.1. Ronald Reagan: el camino al éxito y su entorno

Reagan ingresó a la política como un demócrata rooseveltiano para luego convertirse en republicano. Al igual que Franklin Delano Roosevelt, era un hombre carismático, con una impresionante habilidad mediática y de actuación que explotó al máximo. Era un idealista casi tan terco como Woodrow Wilson y tan ignorante como Calvin Coolidge. Aunque en sentidos opuestos, ambos cambiaron el papel del gobierno, lo que era y lo que debía ser; en ambos casos los cambios y ajustes, aun cuando profundos, no fueron revolucionarios, pues su objetivo era corregir errores para seguir

por el mismo camino (Lipset, 1996: 41). Finalmente, los dos gozaron de un respaldo y aprobación extraordinarios.¹ Su gran virtud era la capacidad para manipular su imagen y proyectar de manera convincente algo que no era (Dallek, 1984).

Para el momento en que Reagan arribó a la presidencia, Estados Unidos parecía estar perdiendo la hegemonía dentro del llamado bloque de los países libres. Si bien seguía siendo la primera potencia económica y militar, para principios de la década de 1980 parecía que sus antiguos dependientes y ahora socios, Japón y la Comunidad Económica Europea, iban en un camino ascendente y amenazaban con desplazarlos. Además, había la percepción de que el comunismo iba ganando terreno en la periferia del sistema mundial. Esta sensación de decadencia fue determinante en el hundimiento de los liberales y el avance de la derecha (Edwards, 1999: 4).

Para Estados Unidos aquella fue una década de transformaciones. En lo interno, el país pasó de ser una potencia económica en declive a convertirse en la punta de lanza de las economías postindustriales, basada en tecnología y servicios. En lo externo, adoptó una política agresiva, no sólo para recuperar el terreno aparentemente perdido al comunismo, sino también para acabar de una vez por todas con su rival. Y en poco menos de diez años Estados Unidos logró sus objetivos.² La esencia de la visión que los reaganianos tenían de sí mismos la expresa así uno de sus más entusiastas comentaristas: «En un mundo oscurecido por la opresión política, la pobreza desesperada y espíritus

¹ En palabras de Tabbell (1985: 536), «Reagan llevó al país guiado en por su ideología y siguiendo sus corazonadas, más que por ideas bien pensadas».

² Según Bledose (1997: 11): «La década de 1980 fue una de cambio y Estados Unidos jugó un papel central en llevarlo hacia el rumbo de la democracia, la libertad, la paz y la prosperidad. Hizo lo mejor que pudo con la ayuda de Dios.»

humanos aplastados, Estados Unidos emergió en esta década como la fuerza que trajo paz, justicia y prosperidad.»³ El cambio generacional reforzó la tendencia, pues la generación del *baby boom* era cada vez más vieja, religiosa y tradicionalista (Norton *et al*, 1995: 1031-1034).

Schmertz (1997: XIII) resume así las posiciones del público norteamericano en tomo a esa administración:

Para sus seguidores, la revolución reaganiana redujo la inflación, quitó el peso del gobierno sobre las espaldas de la población, redujo los impuestos y las tasas de interés, restauró el prestigio de Estados Unidos en el mundo, revivió el patriotismo, reconstruyó al ejército para defender a los pueblos libres de la agresión, aceleró la derrota de la URSS, redujo la amenaza nuclear, protegió al medio ambiente y fortaleció a los gobiernos locales.

Para sus detractores, la deuda pública se disparó en un trillón de dólares, fortaleció a las grandes empresas y a los especuladores, redujo las prestaciones sociales, lo que provocó un deterioro en los servicios de salud, aumentó el número de gentes sin trabajo ni hogar, se multiplicaron las bancarrotas, y la clase media disminuyó. No protegió los derechos civiles en casa, y apoyó a gobiernos autoritarios en el exterior.

Este hombre tan controvertido, pues o se le quería o se le odiaba y casi no había punto medio (Mess, 1997: 14), nació en un pueblo pequeño en Illinois en 1911. Hijo de un inmigrante irlandés alcohólico y de una mujer moralista, altruista, y optimista,

³ A partir de Reagan la economía norteamericana creció 96 meses consecutivos (Anderson, 1997: 34, 38-39).

recordaba su niñez como feliz y campirana. De su padre aprendió cómo no ser para tener éxito en la vida; de su madre, el optimismo y la fe en Dios; en sus años adolescentes adquirió la convicción de que Estados Unidos era el mejor país del mundo. En su temprana juventud se inspiró en el individualismo de Calvin Coolidge, para quien «no había derecha o izquierda, sino arriba y abajo», y de Franklin Roosevelt tomó la seguridad de que era posible el cambio en beneficio de las mayorías (Dallek, 1984: 4-6).⁴

Este personaje con suerte, confiado en su buena estrella y en Dios, era prototípico del norteamericano nacido al final de la década de 1920: pueblerino, alto, deportista, mujeriego, tradicional y moralista. A los 22 años llegó a estudiar a Des Moines, y de ahí llegó a Hollywood, donde participó en 53 películas, la mayoría como personaje secundario; sus papeles preferidos eran de héroe. Convencido de la posibilidad de hacer realidad su papel, empezó a involucrarse en política, apoyando al macartismo en su purga de “actores comunistas”, el joven Reagan se unió a quien prometiera «salvar al mundo».⁵

Su carrera artística empezó a decaer en 1948, por lo que en 1956 se convirtió en vocero de General Electric. Reagan viajó por todo el país predicando contra el gobierno intervencionista y empezó a mezclar sus dos pasiones: la actuación y la política. Lo hizo

⁴ Según el autor, la madre de Reagan no culpaba a su marido de ser alcohólico; para ella esa era una enfermedad sobre la que su marido no tenía control (Dallek, 1984: 16-17).

⁵ Ronald Reagan se unió a grupos como el Comité de Veteranos y los Federalistas Unidos del Mundo. Personificando a su personaje George Gipper, de *The Knot Rock Story*, fundó una asociación de actores para que, con él a la cabeza, combatieran al mal. Se ensimismó tanto con esta cruzada que perdió a su primera esposa y conoció a la segunda, Nancy Davis.

bien, y fue adquiriendo fama como vocero del conservadurismo. En 1964 pronunció un famoso discurso a favor de Barry Goldwater, que aumentó su popularidad entre la derecha. Si de su niñez, Reagan sacó su actitud moralista y optimista, de su juventud el patriotismo, lo religioso y el individualismo, de su edad adulta sacó el pragmatismo. Ya como político siguió jugando el papel de héroe que salva al mundo. Este gran manipulador amalgamó y proyectó las características anteriores con una convicción absoluta, hecho que marcó el resto de sus acciones. Reagan representó el regreso del republicanismo más tradicional: individualismo, patriotismo, gobierno limitado y familia.⁶ Encarnó una ideología y forma de ver al mundo en la que Estados Unidos tiene el derecho y el deber de «poner en orden a los demás» (Dallek, 1984: XVI-XVIII).

Fue tal el éxito de Reagan entre los conservadores, que ya en 1968 empezó a pensar en la presidencia, lo que lograría veintidós años después, cuando su discurso dejó de verse como demasiado conservador. El que cambió no fue Reagan, sino su país, que se desplazó hacia la derecha y entre 1967 y 1975 le eligió gobernador de California.⁷

Al final, la administración Carter (1977-1981) resultó, a ojos de los votantes, ineficiente y un desastre.⁸ Este bien intencionado cristiano buscó, como diría Samuel Huntington, reducir la brecha entre los valores y la práctica política, al promover los

⁶ Tabbel (1985: 532) considera que el machismo, tradicionalismo, moralismo, nacionalismo e individualismo de Reagan se inspiraron en Warren Harding.

⁷ Según Tabbel (1985: 534-535), en 1968 el millonario petrolero Tom Read fue quien promovió la candidatura presidencial de Reagan. Además, considera que a pesar de ser tan inexperto «hizo el papel de gobernador».

⁸ Según Neustadt (1990: 230), Carter revisaba diariamente entre 300 y 450 cuartillas diarias de informes, a esto hay que incluir las reuniones con su gabinete, las visitas, las llamadas telefónicas, viajes y ceremonias. Según el autor, en cuatro años parecía que Carter había envejecido diez, pues, al contrario que Reagan, era incapaz de delegar trabajo.

derechos humanos como eje de su lucha contra el comunismo y las dictaduras;⁹ pero su idealismo no resultó funcional. Su administración se vio aquejada por problemas económicos y la crisis de los rehenes en Irán. Con respecto a América Latina, los conservadores atacaron a Carter por permitir que su «utopismo» en torno a los derechos humanos minara su capacidad de maniobra (Lowenthal, 1983: 314-315). Al final, los republicanos montaron una campaña sosteniendo que Estados Unidos estaba en una decadencia que solo ellos podrían frenar.¹⁰

La crisis de confianza iniciada con Watergate y la caída de Saigón llegó a su clímax con el fracaso en Irán. El ambiente fue perfecto para el resurgimiento conservador; para 1980 las ideas reaganianas ya no parecían de extrema derecha sino de sentido común.¹¹ Lo anterior, unido al carisma, habilidad mediática y convicción absoluta, llevaron a Reagan a la Casa Blanca. Según Kristol (1983: 123), el nuevo presidente era un conservador que, en vez de estar cerca de los empresarios, estaba con la mayoría, que en esencia era conservadora.

Como bien señala Kolko (1969: 3-26), la manera de interpretar el Destino Manifiesto, varía con cada presidente. Con Reagan terminó una etapa de aparente complacencia: Estados Unidos debía pasar de la pasividad a la acción, pues la pérdida

⁹ Huntington (2002: 218) alega que las instituciones, a veces, exceden su marco legal y vulneran los valores norteamericanos, por lo que el paso siguiente es limitar a estas agencias. Esto, junto con dejar de apoyar a dictadores ex aliados de Estados Unidos, le ocurrió a Carter: utilizar la política exterior para promover los valores americanos en el exterior.

¹⁰ Los números reflejan esta sensación. Al final de su gobierno solo el 21% de la población apoyaba a Carter, cantidad menor incluso a la de Richard Nixon antes de renunciar (Norton *et al.*, 1995: 1034).

¹¹ Para 1980 la inflación, el intervencionismo estatal y la aparente decadencia de Estados Unidos llevaron al 75% de su gente a pensar que el país no iba por buen camino (Dallek, 1984: 36).

relativa de poder no era una fatalidad.¹² Todos los gobiernos estadounidenses han coincidido con su sociedad en un aspecto esencial: ese país tiene la necesidad y la obligación moral de transmitir y, si es necesario, imponer al mundo exterior su forma de vida y valores; el problema concreto radica en el cómo (Huntington, 2002: 220).

Bajo este principio, Reagan adoptó una política exterior activa, agresiva e intolerante con respecto al enemigo comunista que parecía estar a la ofensiva; esta fue la esencia de su doctrina. Pastor (1987: 363) resume bien esta posición: para los reaganistas «el poder soviético-cubano avanzaba en el mundo, por lo que Estados Unidos debe no sólo detenerlo, sino revertirlo».

Esta nueva doctrina consideraba que los problemas en la periferia se debían no a cuestiones propias de cada caso, sino a un plan comunista. Desde esta perspectiva, Estados Unidos debía apoyar a los *luchadores de la libertad* donde se encontraran y quienes fueran; así, ayudaron tanto a los fundamentalistas islámicos en Afganistán como a los *contras* en Nicaragua.¹³ Reagan recicló las visiones más duras de la guerra fría: las Dean Acheson, John Foster Dulles e, incluso, Joseph MacArthur.

Coincidió plenamente con la tesis central de Robert Dallek: para inicios de la década de 1980, la URSS no era ya más una amenaza para Estados Unidos; sin embargo, Reagan y los suyos, basados en una visión maniquea del bien y el mal, encontraron en la URSS el tema perfecto para volver a presentar al comunismo como causa de los males

¹² En palabras de Hunt (1987: 3), «Reagan puso fin a un periodo de desconcierto con un enfoque propio de la guerra fría».

¹³ Para Logan (1994: 1-4) esta postura representó una ruptura con la doctrina de contención adoptada años antes: por esto la bautizan como la doctrina Reagan. Donde más se manifestó fue en Nicaragua, El Salvador, Camboya, Afganistán y Angola.

mundiales y a Estados Unidos como el único que podía resolverlos.¹⁴ La virulencia anticomunista era pieza central del esquema para sobreponerse a todo valor anticonservador; una política que respondía a necesidades internas, más que a una amenaza externa real.¹⁵

Para lograr sus objetivos, Reagan asumió un estilo de liderazgo sustentado, entre otras cosas, en las convicciones protestantes. La Casa Blanca adoptó un discurso cargado de elementos morales, propio de la batalla decisiva contra el *imperio del mal*.¹⁶ Este enfoque legitimó las políticas de una nueva *mayoría moral* y le dio el triunfo en las urnas en dos ocasiones. Reagan era un neófito en política exterior,¹⁷ pero contaba con un proyecto global tan claro como ambicioso y con un gran respaldo público; lo cual, con el paso del tiempo, retroalimentó al proyecto. El presidente aumentó el gasto militar y se rodeó de expertos que, desde el Consejo de Seguridad Nacional y los Departamentos de Estado y Defensa, le justificaron.¹⁸ Para formar y consolidar el consenso en torno a su proyecto, Reagan necesitaba de una gran política de comunicación. El presidente sabía

¹⁴ Esto sin menospreciar el profundo odio que le tenían a este proyecto antitético al de Estados Unidos. Para la gran mayoría de ellos, su accionar contra el comunismo se basaba en una convicción absoluta. Astié Burgos (1998: 19) sostiene que la administración Reagan se dio cuenta de que la URSS estaba en malas condiciones económicas, y de que, forzándola a invertir en defensa, podría ir a la quiebra.

¹⁵ Para Dallek (1984: VIII-IX, 163-164), las fuerzas y factores más importantes detrás de Reagan y los suyos son irracionales, y las metas, tanto materiales como psicológicas.

¹⁶ Esta agresividad fue tal que incluso Alexander Haig amenazó con atacar «a la misma fuente de la agresión comunista en América Latina», esto es, a Cuba. La invasión a Granada en 1983 fue una advertencia (Wiarda, 1992: 23).

¹⁷ Neustadt (1990: 310-311) recuerda que Reagan sólo leía el Readers Digest y veía películas viejas; desdeñaba todo lo que oliera a cultura. Tabbell (1985: 539) considera que su ignorancia casi virginal en el tema era uno de los grandes talones de Aquiles de su administración, lo que lo salvaba era tener asesores competentes en el tema.

¹⁸ Según Edwin Mess, delegar responsabilidades era una virtud de Reagan, pero, para Neustadt o Dallek, esto era producto de su ignorancia e incapacidad. Yo me inclino más por la segunda explicación.

leer un libreto y cómo dominar a las cámaras, pero además se rodeó de expertos en imagen que no descuidaron detalle.¹⁹

Reagan combinaba una ignorancia casi inocente sobre las complejidades de la realidad con una convicción de hierro que lo llevó a antagonizar no solo a sus enemigos naturales, sino incluso a sus aliados.²⁰ Hunt (1987: 3) resume bien la situación de la política exterior de la época: «se basó en supuestos falsos... Era una lanza más que un escudo que buscaba propagar sus valores y fantasías». La necesidad de buscar a un enemigo para enfocar y legitimar una política exterior agresiva encontró en un supuesto expansionismo comunista en Nicaragua y El Salvador el objeto ideal. Por ello, la posición de México de defender al gobierno sandinista y de dar legitimidad a la guerrilla salvadoreña chocó de frente con Estados Unidos.²¹

En defensa de Reagan, Edwin Mess argumenta que, si bien el presidente «veía los árboles y no las hojas», el resultado neto fue que Estados Unidos recuperó el dinamismo durante su administración y le asestó el golpe final al imperio del mal.²² Wallace (1997: 7) es de la misma opinión: «Con él recuperamos la confianza y el

¹⁹ Los encargados de la imagen presidencial remodelaron la sala de prensa con el fin de engrandecer la imagen del individuo. Confrontados con la ignorancia del personaje, cuidaron de forma siempre sutil la manera en que la prensa se aproximaba a él. Para evitar que hiciera declaraciones improvisadas, la prensa se acercaba a él solo cuando los motores de los helicópteros estuvieran encendidos (Neustadt, 1990: 275-276). Tabbell (1985: 545) también hace hincapié en estas curiosidades del equipo de prensa del presidente, pues sabían cuán peligroso era dejar que el neófito de Reagan hablara sin guión.

²⁰ Por citar un ejemplo, está el caso del proyecto europeo de construir un gaseoducto de la URSS a los países occidentales del continente. Estados Unidos lo bloqueó, a pesar del enojo europeo.

²¹ Fue tal el cariño que Reagan le tenía a sus *contras*, que incluso los llegó a comparar como el «equivalente moral de nuestros padres fundadores». En otra oportunidad declaró: «Yo soy Contra» Esto muestra la visión maniquea y equivocada que sobre la historia tenía el presidente (Emery, 1996: 465)

²² Además, este ex colaborador asegura que la fama que tenía Reagan de quedarse dormido en las reuniones de gabinete era falsa (Mess, 1997: 22).

orgullo en ser norteamericanos, nos hizo sentir que todo era posible y que el ingenio y generosidad de nuestro pueblo prevalecerían.»

La transición mexicana se enmarca dentro de la muy mencionada Tercera Ola democratizadora. El gobierno de Reagan siempre sostuvo que su esfuerzo como promotor de la democracia fue central en el éxito de este gran movimiento.²³ Para Huntington (1991: 28), México estaba en camino a ser uno más de los países democráticos; si en algún sitio Estados Unidos podía ejercer presión para llegar a un final feliz, era ahí. En principio, esta posición la compartía Washington, pero la democracia mexicana resultó secundaria frente a su estabilidad. Si bien, para la nueva administración Reagan, la promoción de la democracia no sólo debería ser un principio moral, sino también de seguridad nacional (Mazza, 2000: 2), en la práctica, en México y en el resto del mundo, resultó lo contrario.

Recién llegados los conservadores a la Casa Blanca, su prioridad con respecto a su vecino petrolero fue el acercamiento amistoso para reparar la relación bilateral, y no su democratización. En realidad, durante este periodo no hubo referencia por parte de Washington a la falta de democracia en su vecino del sur.²⁴ Durante los momentos más tensos en la relación bilateral México-Estados Unidos en la época —entre agosto de 1982 y mediados de 1985—, hubo un cierto cuestionamiento sobre la naturaleza del

²³ Según Huntington (1991: 3), el movimiento empezó justamente a las 0:25 del 25 de abril de 1974 en Lisboa, pues entonces un golpe militar derrocó a una dictadura instalada desde 1926. Esa ola tomó impulso en la década de 1980. La primera ola duró 98 años, entre 1828 y 1926, la cual se revierte hasta 1942. La segunda abarca de 1943 a 1962.

²⁴ La única referencia a la democracia mexicana está en un memorando secreto del Departamento de Estado que califica a México como un país «cuasi autoritario» (Mazza, 2000: 13,11).

sistema político mexicano en Washington, pero con la distensión el asunto se diluyó (Mazza, 2000: 16-17).

El tema de la ausencia de democracia en México apareció en la agenda de Washington a partir de la nacionalización bancaria mexicana. Lo usaron entonces personajes duros en el ala conservadora norteamericana, como Constantin Mengues y el senador Helms. Sin embargo, para la mayoría de los responsables de la relación con México en la administración Reagan, el presidente De la Madrid inspiraba confianza.

El embajador norteamericano en México, John Gavin —amigo personal del presidente Reagan— consideraba que el sistema político mexicano estaba lejos de ser democrático y llegó a decirlo en entrevistas a la televisión norteamericana en 1982, pero siempre vinculando su crítica a la posición mexicana en Centroamérica.²⁵ Al final, las críticas al sistema político mexicano en Estados Unidos fueron muy sonoras, pero aisladas. La más dura vino del jefe del comando sur de Estados Unidos, quien calificó a México «como el país más corrupto de América Latina» (Mazza, 2000: 21). A partir del asesinato en Jalisco del agente de la DEA, Enrique Camarena, el foro privilegiado para atacar al gobierno mexicano fue el Congreso de Estados Unidos, y el actor más notorio, el senador Helms; aunque Gavin llegaría a nota por «la falta de evolución del PRI, el maltrato a la oposición y la prensa pagada por la URSS».²⁶

²⁵ Para el embajador, México nunca avanzaría en su proceso de modernización mientras responsabilizara a Estados Unidos por todos sus males (Mazza, 2000: 22).

²⁶ La CTM, en respuesta, pidió al gobierno que expulsara al embajador (Mazza, 2000: 32-35).

A partir de la distensión iniciada en 1985 —resultado del temor norteamericano de estar yendo demasiado lejos en su presión a México—, las críticas a su sistema político en Washington bajaron de tono y frecuencia, y se enfocaron más a la corrupción que a la ausencia de democracia. La preocupación de quienes las hacían no era el autoritarismo, sino por los efectos de la decadencia y deshonestidad administrativa de su clase política, que, junto con los problemas económicos, podrían llevar a un colapso en el sur, causándole un problema serio a de seguridad a Estados Unidos.

En 1985 se celebraron en México elecciones intermedias y se renovaron siete gobernaturas. La prensa norteamericana siguió de cerca los procesos e informó de fraudes electorales en Sonora y Nuevo León, pero su gobierno mantuvo un conspicuo silencio. El subsecretario de Estado reconoció entonces que tenían información concreta sobre compra de votos y fraude, pero eso no se tradujo en ninguna acción al respecto (Mazza, 2000: 37).

Tras el viaje de De la Madrid a Washington en mayo de 1986, las críticas al sistema político y gobierno mexicanos se redujeron aún más. Nuevamente la prioridad fue la cooperación y la estabilidad mexicanas, no su democracia. En el caso de las elecciones para gobernador en Chihuahua de ese año, el senador demócrata por Arizona, Deconcini, fue el único que en Estados Unidos insistió en elecciones limpias. Como no lo fueron, este personaje promovió una resolución senatorial que exhortaba a De la Madrid a repetir esas elecciones con la presencia de observadores internacionales. Hubo un esfuerzo de activistas norteamericanos por difundir el fraude electoral de Chihuahua, pero el gobierno de Reagan lo ignoró, y su acción no pasó a mayores. A finales de 1986 el Departamento de Estado elaboró un memorando en el que señaló que México estaba a

punto de caer en el abismo, y que, en aras de su estabilidad, no era conveniente seguir presionando a su gobierno (Mazza, 2000: 50-51).

Aguayo (1996: 253) considera muy importante la fecha de 1986, pues, a partir de que el gobierno mexicano empezó a promover un cambio estructural en la economía, a fin de abrirla al libre mercado, «a cambio, el PRI obtuvo apoyo estadounidense, lo que le dio nuevos bríos a un autoritarismo decadente». En efecto, esta fecha inaugura una nueva etapa de cooperación en la relación bilateral, de la cual el sistema autoritario se vio beneficiado.

4.2. La reacción del gobierno norteamericano al proceso electoral mexicano de 1988

La esperanza, por no decir seguridad, del gobierno norteamericano de que, como siempre, el candidato del PRI ganaría las elecciones presidenciales de 1988, desembocó en un problema. Washington veía con muy buenos ojos al candidato oficial: Carlos Salinas de Gortari era la encarnación y cabeza de una elite educada en Estados Unidos, que a partir de 1986 había empezado a cambiar a fondo la naturaleza del modelo económico mexicano. La afinidad entre los conservadores norteamericanos y la elite mexicana se reforzaba por la coincidencia ideológica en torno al neoliberalismo.

La dificultad es que esa misma afinidad no existía entre los tecnócratas y una buena parte de la población mexicana. Los mexicanos estaban irritados por los efectos de una crisis económica muy prolongada, a la que veían como consecuencia de la ineficiencia de sus gobernantes. Esta incapacidad, junto con la corrupción generalizada —esa que la

«renovación moral de la sociedad» no curó—, tenía irritados a los votantes. No era la primera vez que los electores expresaban en las urnas su molestia – como muestra el caso de Almazán y de Henríquez en 1940 y 1952 respectivamente—, pero lo que no se previó fue la dimensión del rechazo al PRI y el consecuente fraude. Nadie podía asegurar que los opositores frustrados mantuvieran sus acciones dentro de la ley, lo cual preocupó mucho a Washington.

Como prácticamente a todos en México, los acontecimientos también tomaron por sorpresa al gobierno estadounidense. Apparentemente, Washington estaba al tanto del fraude, pero no estaba seguro de su dimensión (Mazza, 2000: 52). Pasada la primera impresión, la discusión se enfocó en cómo reaccionar, y entonces las posiciones se dividieron. Por un lado, el Departamento de Estado consideraba que Estados Unidos debía mantenerse en silencio y apoyar en privado al candidato oficial; por el otro, el Consejo de Seguridad Nacional creía que Washington debía reaccionar apoyando la democracia incipiente (Mazza, 2000: 54).

Ambas agencias tenían como prioridad mantener la estabilidad en México por encima de la democracia, pero diferían en el cómo. Al final del día, la visión del Departamento de Estado se impuso. La estabilidad inmediata y la defensa del candidato afín fueron los criterios que imperaron para que el gobierno de Washington, junto con el de la Madrid, fueran de los primeros en reconocer la supuesta victoria de Salinas.

Que la promoción de la democracia en México no era la prioridad de Estados Unidos, lo demuestran, entre otras muchas cosas, las entrevistas que Jacqueline Mazza hizo a ex funcionarios de la administración Reagan en 1988. Estas confirman que en Washington la percepción generalizada era que Cuauhtémoc Cárdenas había ganado la

elección. El comentario del subsecretario de Estado, Eliot Abrahams, acerca de que «el PRI hizo bien en no permitir observadores externos, pues sabían que iban a tener que robarse la elección», demuestra el grado de cinismo de Washington en lo que se refiere a la democracia mexicana. Estas entrevistas además revelan lo obvio: que Salinas siempre fue el candidato de Washington; así lo dice John St. John, director para México en el Departamento de Estado. Para él y Abrahams, Cárdenas sería un segundo Echeverría, un neopopulista y nacionalista.

Una vez resuelto el dilema entre democracia y estabilidad, el curso de acción debía encaminarse a «apoyar a Salinas, más aún cuando su legitimidad interna estaba en duda». Este razonamiento lo expone bien Abrahams cuando afirmó que «no había problema, el PRI se había robado elecciones antes, y lo volvería a hacer» (Mazza, 2000: 54).

A Mazza (2000: 55) le llamó la atención que ninguno de los entrevistados se refiriera a Cárdenas como un posible colaborador de un proyecto del comunismo soviético o cubano, lo que indica que éste no fue un factor central para rechazarlo. La autora también reconoce que al gobierno mexicano se le perdonó algo que a muchos otros no; en Filipinas, por menos de lo ocurrido en México, la reacción oficial norteamericana fue muy negativa. Al final de cuentas, los pragmáticos de la administración norteamericana ganaron la partida y la democracia perdió, a pesar de ser esta un principio central que decían defender en su discurso hacia el exterior.

5. EL CONSERVADURISMO Y EL LIBERALISMO NORTEAMERICANO EN LA DÉCADA DE REAGAN. LA NATURALEZA DE LOS MEDIOS Y SU RELACIÓN CON EL PRESIDENTE

Packenham (1973: 20) identifica cómo los norteamericanos perciben y juzgan al resto del mundo a partir de su propia experiencia. Lipset (1996: 354) concuerda y señala que éstos tienen una tendencia marcada a suponer que el Tercer Mundo sólo se podrá desarrollar adoptando sus valores individualistas y meritocráticos en un sistema capitalista de libre mercado, esto es, a su imagen y semejanza.

5.1. Conservadurismo y liberalismo en la década de 1980

El liberalismo norteamericano, entendido como la convicción de que sólo un estado grande era capaz de garantizar la igualdad entre los ciudadanos, llegó a su cúspide con La Gran Sociedad de Johnson.¹ A partir de entonces, los liberales pretendieron defender lo ganado; pero la convicción de superioridad, la religión y la familia siguieron siendo los elementos de unidad tradicional.

Ciertos actores conservadores se aliaron con liberales de la vieja escuela económica para dar forma a un nuevo conservadurismo —sintetizado en la mayoría moral—, en

¹ Este presidente aumentó como nunca antes el gasto público e implementó una reforma a los derechos civiles para integrar a las minorías pobres (Ekirch, 1969: 232).

buena medida, de «fundamentalistas de derecha».² Los ultras cristianos son un ejemplo acabado de cómo hasta hoy sobreviven asociaciones cuyos principios bien podrían ubicarse en el Massachusetts del siglo XVII. En la década de 1980 los grupos evangélicos de derecha, inmersos en una visión maniquea del mundo, tomaron a Ronald Reagan como a su nuevo Moisés y movilizaron a miles de votantes a su favor.³

Así las cosas, es difícil imaginar como moralistas de profundas raíces históricas pudieron apoyar de manera incondicional a un personaje tan alejado de su estilo de vida. Se trató de una alianza de conveniencia, entre un líder católico con grupos protestantes y judíos radicales (Tabel, 1985), que en la práctica funcionó. Como consecuencia de esta unión cimentada en el pragmatismo, Reagan defendió políticas como «el derecho de Dios a estar presente en los salones de clase de escuelas públicas». Este movimiento significó un regreso notable a los orígenes moralistas-calvinistas de Estados Unidos.⁴

Una diferencia central entre viejos y nuevos conservadores reside en su visión del pasado. Mientras para los primeros es una época que añoran —la previa a FDR—, para los segundos es sólo una fuente de inspiración, puesto que el eje de sus ideas gira en torno al futuro, al progreso. «Los neoconservadores buscan moldear el futuro preservando la adhesión tradicional al pasado». Es un movimiento sincrético que busca

² De entre sus miembros más destacados están Paul Weyrich, Howard Philips, Richard Viguerie y el baptista Jerry Falwell (Dierenfield, 1997: 235).

³ Dierenfield (1997: 236) aclara que Reagan no era ningún segundo Calvino; bebía alcohol con frecuencia, contaba chistes de color, no leía la Biblia, prefería asistir a iglesias de clase alta, no comulgaba, daba limosnas muy simbólicas, era divorciado y con fama de mujeriego, y como gobernador defendió los derechos de los homosexuales y el aborto.

⁴ Reagan abanderó los principios típicamente WASP, apoyó a grupos como la Institución Hoover, Moral Majority y National Review (Norton *et al.*, 1995: 1032-1034).

la síntesis entre el liberalismo original y el conservadurismo moral y social.⁵ Estos valores son claros en Reagan cuando se refiere a Estados Unidos como «la ciudad en la cima de la montaña», una ciudad que «mañana será mejor que hoy, y hoy es mejor que ayer» (Peterson, 1997: 70-71).

Los liberales no cambiaron mucho de la época de Roosevelt a la de Reagan. Para ellos el desarrollo social y el progreso habían sido injustos con las minorías y los pobres. Si bien estaban convencidos de que la economía capitalista de mercado y el gobierno democrático eran los mejores arreglos posibles, también eran perfectibles. Para paliar la injusticia inherente al mercado, el Estado debía intervenir y regular los procesos económicos. Los neoconservadores, a diferencia de liberales y algunos conservadores viejos, no creían que apoyar a los menesterosos fuese la mejor forma de ayudarles. Para ellos, la solución radicaba en hacer crecer la economía para que estos encontrasen trabajo, aunque podía ayudar la cooperación comunitaria.

Al liberal norteamericano en la década de 1980 se le relacionaba directamente con el Nuevo Trato de Roosevelt y con la Gran Sociedad de Johnson.⁶ Para los conservadores, los liberales de izquierda, con su estatismo, sólo retrasaban el progreso,

⁵ Para Kristol (1983: 12-13), este movimiento coincide en ciertos aspectos con el conservadurismo económico de Milton Friedland, el social de Hayek por la importancia de las instituciones, el cultural de Russell Kirk y el filosófico de Leo Strauss por la importancia de las tradiciones.

⁶ Edwards (1999: 3, 255-256) considera que el movimiento conservador norteamericano tiene etapas, aspectos y personajes clave. Los intelectuales precursores fueron el austriaco Friedrich Hayek, el tradicionalista Russell Kirk, y el conservador Irving Kristol. Los periodistas fueron William Buckley Jr.; los comentaristas, George Will y Rush Limbaugh. Los hombres de acción o «cuatro señores», el republicano Robert Taft, el conservador Barry Goldwater, el presidente Ronald Reagan, y el congresista Newt Gingrich. Los referentes históricos son Richard Nixon y Herbert Hoover y los personajes de ese momento Jane Kirkpatrick, Edwin Mees, Eliot Abrahams y Pat Buchanan. Las asociaciones civiles más importantes que respaldaron el movimiento fueron la Unión de Americanos Conservadores, la Asociación Nacional de Armas y el Comité para Limitar los Impuestos.

con lo que le hacían un flaco favor a quienes decían querer ayudar. La reacción a esta “*perversión*” de los liberales hizo posible la renovación conservadora. Ellos deseaban que la sociedad se organizase a partir de un sin fin de agrupaciones —locales, gremiales o religiosas—, pues el poder, cuanto más disperso, mejor.

En lo que a política exterior se refiere, hasta antes de 1939 el movimiento conservador norteamericano era aislacionista, pero el miedo a la *amenaza* del comunismo los llevó a formar un acuerdo bipartidista. Reagan representó la culminación de esta tendencia, que combinaba miedo, odio y desconfianza. Fueron los neoconservadores quienes llevaron estos valores a su expresión última en política exterior, al considerar que debería ir más allá de los simples planteamientos de seguridad nacional y girar en función de los intereses de poder global de su país.⁷ Esta posición hacía aceptable que Estados Unidos cooperara con regímenes no democráticos pero anticomunistas, pues éstos tenderían hacia el único buen gobierno posible por la simple cercanía con el faro de la democracia.⁸ Los neoconservadores no se centraban en el pasado, sino que lo trascendían con su optimismo en el futuro.

Explotar el amor a las raíces y la convicción de superioridad resultaron dos armas poderosísimas que la izquierda no supo aprovechar (Bristol, 1983: 13). Es indudable que los neoconservadores utilizaron bien una situación de decadencia aparente en Estados Unidos y la inseguridad que generó. Reagan logró formar un acuerdo amplio en torno a

⁷ Kristol (1983: 14) aclara que darle predominancia a la política sobre la economía derivó en una diferencia e, incluso, confrontación con los conservadores de la vieja escuela.

⁸ Bajo este criterio, Somoza sería irrecuperable, pero México no, por lo que no era necesario forzar un cambio abrupto, sino esperar a que los bárbaros del sur evolucionaran a su paso hasta llegar a la luz.

la idea de «recuperar América», concepto que reivindicaba la superioridad de su país y la necesidad de imponer al resto del mundo su proyecto.⁹ Este consenso se convirtió en el paradigma ideológico del fin de siglo, pues hoy día tanto demócratas como republicanos coinciden en torno a estos principios generales conservadores.¹⁰

5.2. La naturaleza de los medios de prensa norteamericanos

La prensa es un medio —antes *el medio*— a través del cual el individuo se informa de los sucesos ocurridos en el mundo exterior. Pero como no se limita a relatar hechos, sino que también emite juicios de valor, influye de manera importante en la formación de criterios y opiniones. Muchos individuos interpretan lo que ocurre a través de su información que, además, genera imágenes y estereotipos del mundo externo.

La influencia que existe entre medios de comunicación y su público es mutua. Los individuos tienden a preferir a aquellos que van de acuerdo a sus ideas y preconcepciones. La prensa es, antes que cualquier otra cosa, un negocio que depende de sus lectores y anunciantes para sobrevivir. Esto asegura que la influencia sea mutua.

Como pocas otras, en la sociedad norteamericana existe un consenso amplio en la forma de verse a sí mismos y al mundo externo, esto es, en su ideología. Como ya quedó

⁹ Esta coalición que unió a católicos y protestantes, a conservadores nuevos y viejos, produjo una ideología clara y consistente, formó una base amplia y de gran cohesión, todo impulsado y culminado por el líder carismático que contó con el apoyo de la prensa (Edwards, 1999: 3).

¹⁰ Así, en 1994 los republicanos conservadores ganaron la Cámara de Representantes, el Senado y treinta gubernaturas. El paradigma es tal que Clinton, un nuevo demócrata, no creyó que el gobierno grande fuera la solución a los problemas, los demócratas se hicieron republicanos.

explicado, su cultura cívica se aglutina en torno a un «credo americano», cuyas raíces se encuentran en sus orígenes y se sustentan en su desarrollo histórico. Tanto la prensa — reporteros y editores— como los lectores giran en torno a este credo, por lo que las diferencias en la forma en que ésta reporta los sucesos es menor que en la mayoría de los demás países. Hasta antes de la caída del comunismo, en la gran mayoría de las naciones donde había una relativa libertad de expresión, existía una opinión pública cuyos polos de izquierda y derecha eran fuertes e influyentes, pues carecían de una ideología tan excepcionalmente homogénea como la de este último.

Para conservadores como Jane Kirkpatrick, la prensa de su país es siempre liberal y, por lo tanto, una amenaza. El blanco favorito de los ataques conservadores en la época bajo estudio fue *The New York Times*; así, «los fanáticos de derecha creían que el periódico estaba controlado por Moscú».¹¹ Para los liberales es un medio efectivo de controlar al gobierno.

Aguayo (1996: 38-39) aclara que no existe un periódico en Estados Unidos que sea verdaderamente nacional, puesto que cada uno representa a una ciudad, región o grupo de interés. Los periódicos estadounidenses, a pesar de su heterogeneidad, comparten características comunes: primero que nada, son empresas privadas que buscan obtener ganancias gracias a su publicidad y ventas; segundo, se rigen bajo un código de «responsabilidad social», según el cual los medios representan un interés público, y buscan informar y educar a su público, así como vigilar a su gobierno e influir en la

¹¹ En 1972 Ken Clawson acusó al diario neoyorquino de ser «un medio de propaganda comunista dirigida al pueblo norteamericano» (Tabel, 1984: 338, 396).

agenda nacional, finalmente, reflejan la ideología, mitos y forma de ver al mundo de su país.

La prensa norteamericana es una de las más poderosas y legalmente libres del mundo; su derecho a expresión está protegido desde la constitución de 1791 y la Primera Enmienda, y la han ejercido con decisión (Tabbel, 1984: 3). Para los padres fundadores, la libertad de prensa era una garantía y un medio para concientizar y movilizar a las masas; como los liberales, la consideraron el intermediario ideal entre los gobiernos y los gobernados. En la práctica, esto ha llevado, entre otras cosas, a una serie interminable de enfrentamientos de la prensa con el poder político, en particular con el Ejecutivo (Tabbel, 1985: 5-7). Si bien la prensa norteamericana formalmente es libre de publicar lo que quiera sin difamar, se rige por el poderosísimo credo norteamericano que aglutina al país.

A pesar del carácter de gran potencia mundial, el interés de la opinión pública norteamericana está muy centrado en su propio país. Solo el 6% de las noticias de los diarios son internacionales. Coincido con Berruga Filloy y Rodríguez Alejandro en que, a pesar del poco interés que muestra en temas internacionales, la prensa de Estados Unidos es un buen barómetro de su sociedad y su visión sobre el resto del mundo.¹²

La proliferación e importancia de la prensa escrita creció rápidamente, tal y como lo reflejan las cifras: en 1820 había 13 diarios y 400 semanarios. La tecnología permitió

¹² Los deportes ocupan un 31%, y el resto trata sobre cuestiones nacionales o temas específicos. En América Latina, los diarios dedican el doble de espacio a temas internacionales (Berruga Filloy, 1982: 113).

incrementar sensiblemente la circulación de los diarios y, con ello, el número de publicaciones se disparó a 2 600 diarios y 14 000 semanarios hacia principios del siglo pasado (Tebbel 1984: 231). A principios de los años sesenta había un tiraje nacional de 62 millones de ejemplares al día. En 1980 existían 1 750 diarios; 43% de ellos, prodemócratas; 35%, simpatizantes republicanos, y 22%, independientes (Berruga Filloy, 1982: 109).

En la historia de la prensa norteamericana la guerra contra México en 1847 marcó un parteaguas; por primera vez los medios enviaron corresponsales al frente.¹³ Este conflicto dividió a la opinión pública norteamericana; según Tabbel (1985: 122), los presidentes no lograron convencer a su pueblo de la pertinencia y necesidad de la guerra. Para la mayoría de esa prensa, la guerra era innecesaria, injustificada e inmoral; la llamaban «la guerra del Sr. Polk». Pero una vez iniciado el enfrentamiento, los opositores se plegaron al esfuerzo bélico. El pacifista y corresponsal Horace Greeley escribió en aquel entonces que «el cielo debe castigar a Estados Unidos por lo que le está haciendo a México» (Emery, 1996: 117). De todas formas, el éxito inmediato fue tal que, en parte gracias a la prensa, los generales Scott y Taylor se hicieron presidenciables (Emery, 1996: 124-125).

A diferencia de la guerra de 1847, la ocupación norteamericana de Veracruz en 1914 atrajo poca atención de los medios impresos, que sólo se centraron en el ataque de Villa a Columbus en 1916. Poco después los periódicos se concentraron en los

¹³ Para una crónica de cómo se cubrió la guerra, véase Mott (1961: 248-250).

acontecimientos europeos (Mott, 1961: 617). En esta ocasión se buscó a través de la prensa movilizar el apoyo patriótico de la opinión pública norteamericana (Tabel, 1985: 378).

Los liberales de la vieja escuela tienden a ver a los medios impresos como aliados, ya que representan un instrumento valioso en la lucha por limitar el poder y discrecionalidad del gobierno. Los conservadores, en cambio, ven en la prensa un cierto riesgo. Aun cuando hasta antes de la Segunda Guerra los periódicos eran defensores o detractores vehementes del cambio social (Berruga Filloy, 1982: 109), a final de cuentas la mayoría resultó conservadora, pues tendió a ir de acuerdo a sus anunciantes (Tabel, 1984: 346). Sin embargo, por lo que hace a sus tendencias en los años sesenta y setenta del siglo XX, el 61% de los periódicos buscaron opiniones equilibradas entre comentaristas liberales y conservadores (Hynds, 1980: 105-106).

Hasta el momento de estudio, los periódicos mantenían su importancia en lo relativo al campo internacional. Las grandes publicaciones tienen a un gran número de corresponsales en todo el mundo. The New York Times (NYT) y The Wall Street Journal (WSJ) son los paradigmas de la *prensa de calidad* que difunde noticias generales y cuenta con secciones especializadas. En esta categoría no entran más de quince publicaciones y constituyen parte del llamado Cuarto Poder (Berruga Filloy, 1982: 105-106).

La relación entre la prensa y los presidentes siempre ha sido de tensión, pues los segundos nunca han escapado a las críticas.¹⁴ Botón de muestra es su relación con James Carter, que pasó de un breve romance a un desenlace amargo. A partir de la crisis de los rehenes, la prensa se ensañó con él, haciendo ver al incidente como una vergüenza nacional que afectó el honor del país. Ese fue un factor determinante para la victoria de Reagan.¹⁵

5.3. Los medios en cuestión

De las publicaciones consultadas en la presente tesis, *The New York Times* es el medio de prensa más antiguo e importante. Para Sergio Aguayo es el periódico más representativo de las ideas que con respecto a México tiene la elite norteamericana.¹⁶ Tabbel (1984: 130, 181) lo califica como «sólido y desapasionado, es el periódico que menos censura acepta, desde lo que publica hasta el léxico que utiliza». Desde su fundación se preocupó no sólo por informar, sino también por interpretar. Fue fundado en 1851 por Harry J. Raymond. Entonces cubría noticias locales. El gran cambio ocurrió cuando la familia Ochs compró el diario en 1896. A partir de este momento trascendió a Nueva York para cubrir acontecimientos nacionales y no pocos internacionales. Desde

¹⁴ Tabbel (1985: 3) señala que desde Washington siempre es la misma historia: la relación pasa de una breve luna de miel y acaba en el enfrentamiento. Esta es la constante en la relación entre los presidentes y la prensa.

¹⁵ Según Tabbel (1985: 350), al final de la administración el secretario de prensa Powell odiaba por igual al sensacionalista *National Enquirer* que al *The New York Times* o a *Newsweek*.

¹⁶ Además, es el medio con mayor cobertura y que mejor representa a la mentalidad norteamericana (Aguayo, 1988: 40).

1931, Arthur Hays Sulzberg asumió la dirección, quien, junto con su hijo, le dio la dimensión e importancia de las que actualmente goza. Su objetivo explícito es ser accesible, sin metas políticas y buscar la verdad sin responder a coyunturas o grupos de interés. El periódico es tan grande que a principios de los ochenta tenía corresponsales propios en todo el mundo. Según una encuesta entre especialistas, *The New York Times* es el mejor de su país, el más profesional y el que mejor representa la mentalidad norteamericana.¹⁷ Con la administración Reagan llevó una relación un poco difícil por sus reportajes críticos sobre Nicaragua; a partir del escándalo Iran-Contra, la relación empeoró progresivamente.

The Wall Street Journal es considerado como el mejor de los periódicos conservadores (Edwards, 1999: 255). Fue fundado en Nueva York en 1899 por Charles Dow para que fuera la voz de Dow Jones Co. Despega a partir de 1902 cuando lo adquiere Charles Barron. Para finales de la Gran Depresión ya tiraba 50 mil ejemplares y había ampliado su cobertura, pasando de temas estrictamente financieros a todos los nacionales e internacionales. Emmerly (1996: 467, 474) lo considera como «uno de los periódicos más sólidos, tanto ética como financieramente, y de los de mayor calidad junto con *The New York Times*, *Los Angeles Times* y el *Washington Post*». En cuanto a su relación con la administración Reagan, empezó, como la de casi todos, con el pie derecho. Pero a partir del caso Irán-Contra «fue el periódico conservador más duro en sus críticas al presidente» e hizo excelentes reportajes del conflicto en Centroamérica.

¹⁷ El otro gran diario es el *Washington Post*. El *Wall Street Journal* no aparece entre los primeros tres (Berruga Filloy, 1982: 112).

Su éxito e influencia se reflejan en la contundencia de sus números. Fue de los pocos diarios cuyo tiraje no disminuyó de manera importante en los difíciles tiempos de la Gran Depresión (Mott, 1961: 804). Para 1950 su circulación alcanzaba los 650 mil ejemplares diarios. La cifra se disparó y en 1976 llegó a 1.45 millones. En 1983 alcanzó los dos millones, superado sólo por el New York Daily News. En 1994 el tiraje se redujo a 1.8 millones, pero siguió siendo superior a los 1.14 millones del The New York Times. En esta última fecha contaba entre sus colaboradores a varios premios Pulitzer. De acuerdo con los Emery, en la década de 1980 «el diario se hizo más conservador, ganando más premios y reconocimientos».¹⁸ Para 1986, The Wall Street Journal alcanzó el grado de credibilidad periodística más alta en Estados Unidos con el favor del 45% de los encuestados, justo cuando la popularidad del propio Reagan llegaba al 68% (Emery, 1996: 490-491).

En cuanto al semanario Newsweek, fue fundado en 1933 bajo un esquema casi idéntico a la revista Time, pero con menos opinión en sus columnas. Su tiraje también es sobresaliente: para 1961 alcanzó los 1.5 millones de copias y veintidós años más tarde la cifra se había más que duplicado, alcanzando los 3.2 millones de copias del Time (Emery, 1996: 338).

Uno de los mejores momentos del semanario lo supuso la cobertura de la Segunda Guerra Mundial; pero, al ser menos anticomunista que Time, se rezagó en ventas, lo que refleja el ánimo de la población en esos años (Mott, 1961: 195, 713). Un ejemplo de esto

¹⁸ Entre ellos estaban Edward Conej y los editorialistas William Grimes, Vermont Roysters y Robert Bartley (Emery, 1996: 556-557).

último fue cuando en 1963 la revista competidora le acusó, junto con The New York Times, de tratar de derrocar al gobierno de Ngo Dim Diem en Vietnam, pues «al hablar mal de ese gobierno, estos medios crean confusión que amenaza con acabar al aliado». Newsweek, debido a ser parte del mismo grupo que el Washington Post, fue muy incisivo en su cobertura del caso Watergate, al igual que The New York Times. En 1986, con un 31%, fue la segunda publicación con mayor credibilidad, después de The Wall Street Journal (Emery, 1996: 386, 418, 450, 490-491). En cuanto a su tendencia política a finales de la década de 1970, fue de las publicaciones que propagaron la imagen casi desconocida de Carter como un personaje honesto, rasgo que le fue indispensable para llegar a la Casa Blanca (Tabbel, 1985: 508).

Business Week es la publicación con menor tiraje de las cuatro aquí consideradas. Este semanario fue fundado en 1929 y está enfocado a un grupo reducido pero influyente de lectores, de ahí su importancia. Es una publicación especializada de la compañía McGraw-Hill, que en 1964 tiraba ya 600 mil ejemplares. En 1984 era ya la segunda publicación conservadora más influyente, con un tiraje de 886 mil copias, frente a los 2.2 millones del U.S. News and World Report, que ocupaba el primer lugar (Emery, 1996: 338).

5.4. El presidente y los medios

Reagan fue el producto tanto de la coyuntura como del pasado. De acuerdo con Tabbel (1985: 531), para cuando el ex actor presentó su candidatura, el público americano parecía muy dispuesto a olvidar a Johnson, Nixon, Ford y Carter; parecía que

deseaba regresar a la época de Kennedy. Tres años después del intento fracasado por conseguir la candidatura republicana en 1976, el país se había movido a la derecha, y Reagan se proyectaba como un candidato maduro, vigoroso y conservador, que además estaba convencido de no ser un político profesional, sino un ciudadano que quería rescatar a sus conciudadanos del aplastante peso de Washington.

Tabbel (1985: 536) considera que el éxito electoral de Reagan se debió a su carisma y capacidad como actor, que contrastó positivamente frente a Carter. El republicano coronó sus ventajas con referencias constantes a un pasado místico en el que Estados Unidos siempre era intrínsecamente superior. Reagan fue «el presidente comunicólogo en la era del boom tecnológico (...). Logró que Estados Unidos se ilusionara y que estas fantasías se hicieran realidad, cautivó a la nación como en una sala de cine durante 8 años». Manipuló a todos, pueblo y medios por igual, apoyándose en expertos que cuidaban hasta el último detalle.

La luna de miel entre la prensa y un nuevo presidente es algo normal, pero la de Reagan fue inusitadamente larga. El intento de magnicidio de John Hinckley Jr. en 1981 fue transformado en un éxito propagandístico al hacer ver al presidente como un héroe que, herido, se mantuvo más preocupado por los intereses generales que por él mismo. Ya recuperado, el 28 de abril de aquel año, agradeció ante el Congreso «la preocupación de los millones de americanos por su salud, lo que prueba que esa sociedad no era una enferma sino todo lo contrario» (Peterson, 1997: 75-76). El suceso fortaleció la solidaridad entre la prensa y el presidente; ninguno quería regresar al enfrentamiento permanente que existió durante los quince años anteriores (Emery, 1996: 463).

A pesar de la buena relación entre los dos polos de la comunicación política en Estados Unidos —el presidente y los medios—, ésta no estuvo enteramente libre de problemas. La administración resultó ser la más inaccesible al escrutinio de los medios en los tiempos modernos.¹⁹ Una cierta falta de control interno y las consecuentes filtraciones complicaron el problema, que se incrementó cuando la Casa Blanca trató de evitar las fugas mediante prohibiciones a funcionarios y ex funcionarios a hablar con la prensa. Lo cual llevó a que la Sociedad de Periodistas lo reprobara y The New York Times lo llamara «manipulador» y lo acusara de ocultar información.²⁰

A pesar de las tensiones continuas con la prensa, sus deslices sistemáticos e, incluso, encubrimiento, la popularidad de Reagan se mantuvo muy alta durante los primeros seis años. Su capacidad mediática y carisma lo salvaron de circunstancias bajo las cuales otros hubieran sido aplastados. Muy atinadamente, la senadora Patricia Schroeder lo llamó «el presidente teflón» porque ningún error se le pegaba. El éxito fue tal que arrasó en las elecciones de 1984.

La buena relación con la prensa y su popularidad se vieron finalmente afectadas a partir del escándalo Irán-Contra. El 5 de octubre de 1986 un avión C-123 de Estados Unidos fue derribado sobre Nicaragua por sandinistas; dos americanos murieron, pero otro, Eugene Hasenfos, fue capturado. Durante el juicio en Managua reveló la forma en que su gobierno apoyaba a los contras a pesar de que el Congreso lo había prohibido. La

¹⁹ El promedio anual fue de sólo tres conferencias de prensa, lo que contrasta con las catorce de Carter y las doce de Ford (Emery, 1996: 463).

²⁰ Tabbel (1985: 545) relata que «los medios de manipulación eran incontables».

cuestión no era el auxilio mismo a los contras, sino en que para enviar esa ayuda había que tratar con el gobierno del Ayatolá Jomeini de Irán. Incluso se especuló sobre un pacto secreto negociado en París por George Bush para que Irán no liberara a los rehenes hasta que Carter saliera de la Casa Blanca.²¹ Ya en 1987 empezó a salir a la luz cómo, desde la Casa Blanca, se orquestó un encubrimiento de los hechos con la ayuda del procurador Edwin Mees y del director de la CIA, William Cassey.

Como consecuencia de este encubrimiento a acciones ilegales, Reagan fue vapuleado por la prensa. A decir de Emery (1996, 467), «todos, incluyendo a los conservadores de *The Wall Street Journal*, cuestionaron sin piedad al presidente y lo acusaron de mentiroso, incluso llegaron a calificarlo como un ídolo de *matinée*». Su credibilidad se vio afectada a largo plazo; cuando todo pasó, el 53% del público norteamericano consideró que había mentido con relación a su conocimiento sobre los detalles del caso.

En suma, ese fue el fin un tanto amargo de una historia que había empezado muy bien. A pesar de aceptar, en lo general, su política interna y externa, los medios se vieron obligados a tomar distancia de Reagan, al cumplir con su obligación central: informar cuando descubrieron que la ley había sido quebrantada por el Ejecutivo.

Durante la década de 1980 la prensa, el gobierno y la sociedad norteamericanos estuvieron inusualmente unidos por una ola conservadora. Es en el contexto de discurso exaltado y políticas muy pragmáticas —que, a pesar de sus contradicciones evidentes,

²¹ Poco después resultó que Israel también enviaba armas a Irán, todo en un esfuerzo por evitar que Irak se convirtiera en el hegemón regional.

convivían felizmente— que se debe entender el análisis de la prensa norteamericana en tomo a las elecciones federales de 1988 en México.

6. LA COYUNTURA DE LOS AÑOS OCHENTA EN MEXICO: CRISIS ECONÓMICA Y POLÍTICA. EL CAMINO AL 6 DE JULIO

Lo ocurrido el 6 de julio de 1988 en México no fue algo impredecible, sino el resultado de un proceso de decadencia del sistema político que se había iniciado de tiempo atrás, junto con una crisis económica estructural muy profunda. Para entender el porqué de la “rebelión electoral” en cuestión es indispensable trazar el camino hacia ella.

6.1. La década de los ochenta y el desafío de la clase media

En la década de 1980 quedó claro que la sociedad había rebasado al sistema político imperante desde el fin de la Revolución Mexicana. Este esquema de organización política se volvía cada vez más ineficaz para responder, tanto a las demandas de sus gobernados, como a una crisis económica que desde 1976 se sospechaba estructural. A pesar de lo anacrónico, el viejo orden se negaba a desaparecer sin dar batalla. Los acontecimientos y procesos ocurridos entonces en México, habrían de ser determinantes en el camino hacia la democracia, que aún sería largo.

Reyna (1976) consideró que el éxito y duración del sistema político mexicano se basaba en su capacidad de control de las demandas sociales, disminuyéndolas y canalizándolas dentro del aparato corporativo-burocrático. Esa característica central fue precisamente la que se desgastó en la década de 1980. La sociedad evolucionó más rápido que las dotes de dominio del sistema, al que empezó a rebasar. A la vez, la crisis económica y las consecuentes medidas de austeridad limitaron aún más la posibilidad de

respuesta a requerimientos sociales cada vez más complejos, pues se vio obligado a reducir sustancialmente el gasto social. Esto facilitó la formación de grupos sociales independientes al régimen, lo que redujo todavía más su capacidad de control (Aguayo, 1996: 274).

Los primeros signos de que la estructura del poder en México estaba llegando a sus límites aparecieron tiempo atrás. Se puede considerar que conflictos como los de los ferrocarrileros, maestros y médicos, que tuvieron lugar durante las décadas de 1950 y 1960, estuvieron dentro de un rango de *normalidad* de cualquier sistema político, pero no así la matanza estudiantil de 1968. En esta ocasión, el régimen no fue ya capaz de controlar y canalizar políticamente las reivindicaciones de una clase media urbana y decidió responder con violencia y represión abiertas. A lo largo de los años siguientes, continuó la violencia y surgieron grupos guerrilleros de izquierda en el campo y la ciudad.¹ Si bien estos acontecimientos reflejaban problemas de fondo, en ningún momento representaron una real amenaza a la supervivencia misma de la estructura del poder.

¹ En las ciudades el movimiento guerrillero más importante fue la Liga Comunista 23 de Septiembre; en el campo, el Partido de los Pobres, de Guerrero; también existieron una gran cantidad de pequeñas guerrillas. Estos movimientos fueron reprimidos duramente por los cuerpos de seguridad mexicanos, en lo que dio lugar a la llamada «guerra sucia».

6.1.1. 1982 y sus consecuencias

La crisis económica de 1982 tuvo consecuencias profundas no solo en la relación de México con el exterior, sino que afectó de manera importante tanto al sistema político como a la sociedad, y a la relación entre ambas. A lo largo de aquel decenio, el primero mostró una dificultad creciente para controlar y relacionarse con la segunda, cada vez más inconforme y capaz de organizarse por sí misma. Por ello, la competencia electoral se volvió una realidad, lo que desembocó en el primer gran desafío en las urnas a la hegemonía del PRI desde 1952: las elecciones federales de 1988.²

Gran parte del aceleramiento en el cambio político se debió al crecimiento y cambio de la clase media. El sistema tradicional no estaba diseñado para lidiar con este segmento social —frecuentemente el más activo, inconforme y demandante—, de la misma manera como lo hacía con los campesinos y obreros. En la década de 1920, la clase media —en especial los profesionistas de las ciudades— constituía una minoría que, pese a ser conflictiva, no requería tanta atención como los sectores obrero, campesino, patronal y burocrático, en los que centró la atención para institucionalizar e incorporar ordenadamente sus demandas. Con el tiempo, gracias al desarrollo económico, esta clase creció en número, complejidad e importancia.

La crisis económica fue la consecuencia de una combinación de problemas estructurales, errores, frivolidades y malos manejos gubernamentales. El antecedente

² Domínguez (1999: 395) señala que el PRI era un partido de Estado, que no estaba diseñado o acostumbrado a competir en elecciones. Cuando estas se volvieron una realidad, recurrió cada vez con más frecuencia a los fraudes.

más dramático fue la llamada «docena trágica», los sexenios de Luis Echeverría y José López Portillo. Como mencioné, el primero aumentó el gasto sin hacer lo propio en los ingresos fiscales, y el segundo actuó bajo la suposición errónea de que los precios del petróleo se mantendrían altos a largo plazo. Las consecuencias de estos *errores*, a los que los países con sistemas políticos sin contrapesos y rendición de cuentas son tan vulnerables, tuvieron un efecto que trascendió lo económico.³ Durante estos dos sexenios fue cuando más se desgastó la legitimidad del gobierno; pero, a pesar de esta realidad, las bases del sistema se mantuvieron lo suficientemente fuertes como para que la revolución tecnocrática se apoyara en ellas para cambiar el modelo de desarrollo (Centeno, 1994: 7-8, 47).

Basta ver las cifras para poder imaginar la magnitud de los problemas económicos provocados por el desplome de los precios del petróleo y el aumento en las tasas de interés de la deuda. En 1973 el ingreso petrolero representaba el 1.7% de las exportaciones y el 13.7% de los ingresos públicos totales; en 1981 las proporciones se habían disparado: éste llegó a ser el 75% de las exportaciones, el 30.5% de los ingresos del gobierno y el origen de la mitad de los dólares que llegaban a México. La suposición errónea del gobierno de que la caída de los petroprecios era temporal, fue parcialmente responsable de que, entre 1980 y 1981, el incremento anual de la deuda externa saltara de 1 500 millones de dólares a 11 000 millones (Székely, 1985: 241).

³ Como ya mencioné, los regimenes autoritarios carecen de un sistema claro de rendición de cuentas; ello permite un manejo discrecional y caprichoso de los líderes coyunturales que puede derivar en errores con consecuencias trágicas.

El 1 de septiembre de 1982 el presidente López Portillo, al grito de «ahora o nunca, México no se acaba, no nos volverán a saquear», nacionalizó la banca para quitársela a los «especuladores que llevaron al país a la ruina». Se produjo una ruptura parcial de la alianza entre la elite política y el sector empresarial. Naturalmente, la primera reacción política a las medidas estatistas vino de la derecha.⁴ Varios hombres de negocios optan por la acción e inician la *colonización* del PAN. Éste fue un momento crucial en la historia de Acción Nacional, pues a partir de entonces cambió definitivamente de un mero partido de protesta a uno de opción política real. Este momento resultó «como el canto del cisne, donde el Estado postrevolucionario hizo un último y gigantesco esfuerzo que lo dejó exhausto y del cual no habría de recuperarse» (Loeza, 1999: 53).

6.1.2. *Los empresarios*

Resulta importante aclarar que el empresariado mexicano nunca fue un bloque político homogéneo; según su tamaño, giro y región, aumentó o disminuyó su dependencia frente al gobierno. Durante los años del modelo de sustitución de importaciones, el empresariado industrial del norte, más diversificado, dependía menos del gobierno por estar más ligado al mercado norteamericano.⁵ Éste, por tanto, estaba en

⁴ Hay que aclarar que, durante los mejores momentos del *boom* petrolero, todos elogiaron al gobierno, incluido José Luis Condreau, de la Coparmex. Hablaban de México como un país «con un futuro promisorio, como pocos países pueden presumir» (Arreola y Galindo: 119).

⁵ Para Tirado (1987: 479) es en momentos de crisis cuando las divisiones en el sector privado mexicano más se acentúan.

condiciones de relativa independencia y fueron algunos de sus miembros los que emprendieron el camino para confrontar al gobierno.⁶

Para los empresarios *disidentes*, aglutinados, sobre todo, en la Coparmex, el sistema político simplemente dejó de ser fiable a partir de la expropiación bancaria. La única solución, y su obligación moral, era forzar el cambio del sistema para hacerlo democrático y responsable.⁷ Muchos empresarios del norte vieron en el PAN la alternativa electoral para ejercer la presión sobre la estructura de poder o, incluso, acceder a él.⁸ Fue así como surgió el neopanismo, que para 1988 había desplazado un tanto a los viejos doctrinarios del partido (Store, 1986: 89). Ante los indiscutibles avances electorales de la derecha, la reacción del gobierno fue echar mano del fraude electoral.⁹ Estas tendencias marcaron el camino rumbo al 6 de julio

A lo largo de esta década la crisis económica no cedió. En un principio el gobierno tuvo la esperanza de que ésta empezara a mejorar tras aplicar un programa de reajuste severo. Las primeras medidas encabezadas por De la Madrid fueron las de indemnizar a

⁶ Hasta antes de 1982 los moderados del centro, con la ayuda del gobierno, se impusieron a los radicales del norte. Después la historia fue otra (Arreola y Galindo: 119).

⁷ Las reacciones de uno y otro lado fueron durísimas. Los senadores Guillermo Cosío Vidaurri y Maximiliano Silerio Esparza llaman a la Coparmex «asociación conspirativa, responsable de sabotaje institucional y promotora de la fuga de capitales». La ctm acusa al sector privado de «querer destruir al Estado Mexicano para poder volver a someter a los obreros». La reacción de la ip no fue menos virulenta. Manuel Clouthier viaja por todo el país para denunciar las políticas «socializantes» del gobierno (Bravo Mena, 1982: 1-2).

⁸ De los empresarios activos afiliados al PAN en 1986, la mayoría pertenece a organizaciones locales del norte. En cuanto a los organismos nacionales la Coparmex aportó seis miembros —tres ex presidentes—, la Concanaco, tres —dos ex presidentes—, al igual que el CCE. De la Concamín no hay ninguno (Luna, Tirado y Valdés Ugalde, 1987: 35).

⁹ Loaeza (1999: 341-346) señala que a partir de que los neopanistas tomaron el control del partido gracias a las políticas de puertas abiertas que siguió Miguel Ángel Conchello, el tono de confrontación entre el PAN y el gobierno fue en un aumento constante.

los banqueros, recortar sensiblemente el gasto público y aumentar los impuestos a fin de reducir el déficit fiscal. A pesar de algunos signos iniciales de recuperación, ésta se vino abajo cuando en 1985 el precio del petróleo volvió a bajar y un sismo en el mes de septiembre afectó seriamente a la capital.

6.1.3. *Descontento*

Para 1986 era claro que el país no saldría fácilmente de la crisis, por lo que la nueva elite tecnocrática decidió ahondar el cambio de modelo económico. La meta era transformar una economía volcada hacia el mercado interno y protegida de la competencia exterior en una economía abierta, competitiva y eficiente. El primer paso fue la entrada al GATT. Los números hablan por sí solos: en 1983, por primera vez desde 1977, cayó el gasto público; entre ese año y 1988 se redujo un 63%; en 1988 el servicio de la deuda consumía el 60% del presupuesto. El precio del ajuste y de los errores recayó, sobre todo, en el empleo y el salario; la economía no creció y se produjo una reducción de 400 mil empleos en el sexenio, mientras que las nuevas plazas en la economía formal aumentaron en ocho millones en el periodo.¹⁰ Durante el gobierno de Miguel de la Madrid, el PIB cayó en 12.4% (Dominguez, 1999: 4)

Las consecuencias de la crisis económica, y las de los errores políticos y abusos cometidos desde 1968 fueron variadas y profundas. La idea de que no era el gobierno

¹⁰ Tan sólo en 1983 el poder adquisitivo de la moneda se redujo en un 25%. En 1987 el salario mínimo real era un 62% menor al de diecisiete años atrás (Centeno, 1994: 192-198).

sino el sistema político el obsoleto y perjudicial, se extendió y minó la legitimidad de la autoridad.¹¹ Domínguez y McCann (1996: 53) señalan que la opinión pública mexicana se polarizó como nunca antes y trascendió los criterios de clase social o región. La caída del modelo económico originó una situación a la que ni el sistema o los partidos de oposición pudieron responder con precisión.

El efecto de la crisis en el control político estatal fue doble. Por un lado, el gobierno tuvo que reducir de manera importante sus gastos para controlar el déficit y pagar la deuda. Como consecuencia, disminuyó la presencia del Estado en la economía y en la vida cotidiana, lo que se tradujo en una menor capacidad de intervención, control y canalización de demandas sociales. Además, la mala situación económica provocó un malestar generalizado, sobre todo, en una clase media que había crecido a lo largo de los últimos cuarenta años. La pérdida real de la capacidad del Estado para controlar y responder a las demandas sociales, aunada a una economía estancada y a una mayor actividad independiente de la sociedad civil, convirtió a las elecciones federales de 1988 en una lucha por redefinir el rumbo del país.

Chand (2001: 1-2), en su análisis global de la situación mexicana al inicio del siglo XXI, considera que el «despertar político» de México en la década de 1980 —la competencia electoral real, el surgimiento de la sociedad civil independiente y un

¹¹ Esto último puede probarse en el espectro de opiniones estudiadas por Miguel Basañez. En 1983, a pesar de todo lo ocurrido, el 43% de la población consideraba que el gobierno estaba haciendo un buen papel, y sólo el 12% lo veía como malo. Cuatro años más tarde, esta percepción cambió a 30% malo, 40% regular y 30% muy malo (Centeno, 1994: 11).

proceso de descentralización—, se dio como consecuencia de un cambio rápido en la estructura social y otro, más lento, en el sistema político.

6.1.4. Transformaciones en la elite gobernante

Un factor esencial para explicar el cambio político que se dio en México en los ochenta del siglo XX y la reacción norteamericana frente al mismo, fueron las transformaciones sustanciales que se dieron en la composición de la elite gobernante. La cesión del poder de los generales revolucionarios y caciques locales a los funcionarios civiles educados en las universidades públicas, predominantemente en la carrera de leyes, a partir de la década de 1940, fue una evolución notable. El patrón de reclutamiento cambió a favor de políticos y administradores formados bajo un esquema nacionalista. Para llegar a los puestos altos del gobierno federal, era adecuado seguir una carrera dentro de la administración pública más que en el partido.

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, cobró vida una *casta* dentro de la administración pública que, con el paso del tiempo, fue adquiriendo más importancia. En el Banco de México y la Secretaría de Hacienda operaban los llamados «tecnócratas»: economistas de profesión, muchos de ellos con alguna preparación en universidades extranjeras, encargados de los aspectos operativos cotidianos de la economía nacional. Al igual que los políticos, se formaron dentro de la administración pública, pero tenían poco contacto fuera de sus nichos específicos. Por su formación, privilegiaban los criterios técnicos a los políticos, lo cual provocaba tensiones que generalmente no trascendían de sus secretarías o bancos.

En los años setenta empezó un cambio lento tanto en la formación como en la importancia del grupo técnico. Sus miembros más jóvenes ya no estudiaron economía en la UNAM, sino en universidades privadas, como el ITAM, o públicas pero selectivas, como El Colegio de México, y de ahí solían obtener un doctorado en la llamada «liga de marfil» de las universidades norteamericanas.¹² Esto los distanció todavía más de los políticos tradicionales, quienes aún creían o decían creer en los postulados nacionalistas. La legitimidad de ambos grupos provenía de conceptos y valores diferentes y hasta contrapuestos. Mientras los de la vieja escuela basaban su legitimidad en esos conceptos, los segundos sostenían la bandera de la eficacia y el mercado libre.¹³

6.1.5. *Técnicos vs. vieja guardia*

Estos cambios en la formación de la elite coincidieron con el estallido de crisis estructurales y recurrentes. De pronto, académicos y funcionarios provistos de doctorados en el extranjero, como Jaime Serra Puche, Francisco Gil Diaz, Guillermo Ortiz, Ernesto Zedillo, Pedro Aspe y Carlos Salinas, ascendieron hasta los más altos peldaños gubernamentales. Se trataba de un momento clave, pues se les llegó a considerar la opción única para resolver la crisis provocada por los «políticos populistas

¹² Centeno (1994: 107, 122-128) resalta cómo la nueva elite viene de estas universidades y el abismo que existía entre ellos y los antiguos de la CTM o el PRI.

¹³ En este punto chocaron dos modelos dentro de la misma familia feliz. Por un lado, los políticos keynesianos, que creían en un mercado relativamente cerrado y en el papel regulador y redistribuidor del Estado. Por el otro, los neoliberales, que veían en estos preceptos la causa de la crisis económica. Era un choque entre dos formas opuestas de ver la realidad y las salidas a los problemas.

irresponsables» de los sexenios anteriores. Entonces se supuso que lo importante no sólo era a quién se conocía dentro de las redes del poder formal e informal, sino qué se sabía: los aspectos más técnicos de la economía.¹⁴

Esta camarilla encabezada por Salinas de Gortari se unió a la más amplia del secretario de Programación y Presupuesto de López Portillo, Miguel de la Madrid. Aunque éste no era el candidato favorito, supo hacerse con la confianza de su jefe, entre otras formas, al asegurarle que su hijo José Ramón era el único capaz de ocupar una subsecretaría al grito de «no hay otro, Señor Presidente», por lo que el primero «tuvo que acceder» a la designación de quien llamaría «el orgullo de su nepotismo». Este tipo de relaciones personales, aunadas a la magnitud de la crisis económica, llevaron a López Portillo a designar como sucesor a su secretario de Programación y Presupuesto.¹⁵

Con la llegada de De la Madrid a la presidencia, se acentuó el cambio en la elite.¹⁶ Se inició «el principio del asalto al poder de la nueva elite técnica» (Centeno, 1994: 156). Este fue el primer presidente, de una serie de tres, que estudió en el extranjero —en su caso, una maestría en administración en Harvard—. Uno de sus apoyos centrales para constituir un gabinete predominantemente técnico fue la camarilla de Carlos Salinas, su hijo favorito. A lo largo del sexenio, quien ocupó la cartera de Programación logró

¹⁴ Centeno (1994: 145, 151-152) señala que los técnicos empezaron a afianzar su poder desde la llegada de Hugo Margain a la Secretaría de Hacienda. El autor hace hincapié en la capacidad asombrosa de este grupo para escalar y consolidar sus posiciones en toda la estructura gubernamental.

¹⁵ López Portillo (1986: 1109) acepta que al final solo quedaban dos candidatos: De la Madrid y García Paniaga. Se decide por el primero, puesto que el problema era básicamente financiero; aunque su afecto estaba con Díaz Serrano y con el segundo.

¹⁶ Para un recuento amplio del cambio en el patrón de reclutamiento de la elite en 1980, véase Ai Camp (1993: 102-123).

desplazar a los otros dos grupos encabezados por economistas, primero al de Carlos Tello y después al de Jesús Silva Herzog (Centeno, 1994: 160-163).

Los políticos tradicionales, formados a la sombra de los símbolos legitimadores de la revolución, se vieron relegados durante el sexenio de De la Madrid, y sabían que, si Salinas lograba la candidatura presidencial del PRI, significaría su ostracismo político permanente. La vieja guardia no estaba dispuesta a desaparecer en silencio, y acusaron a los técnicos de aplicar un plan económico excesivamente duro para con la población y entreguista al gran capital. Además, los consideraban insensibles e ignorantes en política. De lograr los técnicos su objetivo, los viejos no sólo quedarían relegados, incluso se corría el riesgo de que desapareciera el sistema político tal y como lo conocían y del cual dependían.

6.1.6. Ruptura en la cúpula

La reacción tradicionalista contra los técnicos en la cúspide de la pirámide política se dio en dos frentes, uno considerado *desleal* y otro institucional. El primero lo conformaron un grupo de priistas desafectos, encabezados por Porfirio Muñoz Ledo, Cuauhtémoc Cárdenas e Ifigenia Martínez, quienes formaron una corriente dentro del PRI, que pronto chocó con el presidente y desembocó en su expulsión. El segundo

intentó detener a la tecnocracia encabezando opciones sucesorias, pero tras su derrota se disciplinó y apoyó al candidato del presidente, Carlos Salinas.¹⁷

Los dos rivales internos más fuertes de Salinas eran políticos *puros*. La línea dura la llevaba Manuel Bartlett, secretario de Gobernación, conocedor de secretos incómodos en la cúpula. El otro era Alfredo del Mazo, ex gobernador del Estado de México y secretario de Energía. Pero Ninguno de estos garantizaba la continuidad de las reformas económicas que encarnaban la parte medular del proyecto presidencial.¹⁸

El grupo y proyecto político de Salinas fueron integrado y planeado con tiempo y cuidado. Hijo del ex secretario de comercio con López Mateos, y sobrino de Antonio Ortiz Mena —el secretario de Hacienda célebre por su política de «desarrollo estabilizador»—, Salinas creció viendo pasar por la sala de su casa a los ex presidentes Lázaro Cárdenas, a los dos Adolfo, Ruiz Cortinez y López Mateos, y a Luis Echeverría. Sus contactos y antecedentes familiares le garantizaban acceso a las más altas esferas, por lo que tenía recursos de sobra. Fue educado «para ser presidente». Después de obtener en Harvard un doctorado, a los 34 años se convirtió en subsecretario, siempre al amparo de De la Madrid. Sobrado de ambición, cuidó su preparación formal mientras

¹⁷ Aguayo (1988: 273) observó que esta ruptura preocupó a muchos en la elite de Estados Unidos, lo que trajo consigo «un mayor respaldo para el régimen» y no para quienes pedían democracia dentro del PRI.

¹⁸ Según Centeno (1994: 163-164), De la Madrid estaba «obsesionado» con evitar que el rumbo económico del país cambiara a su salida de Los Pinos.

extendió sus redes de relaciones y apoyos. Finalmente, logró encabezar un grupo compacto con presencia en toda la administración pública.¹⁹

La exclusión de la que fueron objeto los políticos tradicionales, junto con las políticas públicas que implementó la tecnocracia federal, llevaron a la ruptura con una parte del ala izquierda del partido dominante. El proceso de escisión se inició a partir de 1985, cuando el gobierno decidió entrar al GATT, paso clave para el cambio profundo en el modelo de desarrollo.²⁰ A partir de octubre, empezaron a reunirse Rodolfo González Guevara, Porfirio Muñoz Ledo y Cuauhtémoc Cárdenas.²¹ En estos encuentros surgió la idea de formar la Corriente Democrática (CD), a semejanza de la Corriente Crítica dentro del PSOE. Las reuniones se hicieron más frecuentes y aumentó el número de participantes.²² Su fin real era restarle al presidente capacidad de maniobra en la designación de su sucesor y evitar que su marginación resultara permanente. Jugaron todas sus cartas.

El gobierno de De la Madrid no supo bien qué hacer con los desafectos, así que optó primero por aislarlos y cooptar a la mayor cantidad de disidentes reales y potenciales. Además, el planteamiento central de democracia interna era contrario a la

¹⁹ Entre otros, este grupo compacto incluía a Patricio Chirinos, Otto Granados Roldán, José Francisco Ruiz Masieu, Emilio Lozoya y a economistas como José Córdoba, Jaime Serra, Francisco Gil Díaz, Guillermo Ortiz Martínez, Ernesto Zedillo, Rogelio Montemayor y Luis Donaldo Colosio, entre otros.

²⁰ Ya no habría marcha atrás en las políticas de control salarial, reducción de los gastos de inversión del gobierno, las privatizaciones, el pago de la deuda, la apertura comercial y la desregulación de la inversión externa. Fue aquí donde la relación tensa se rompió (Bruhn, 1997: 75).

²¹ El primero era embajador en España, el segundo regresaba de Nueva York, y el tercero estaba a unos días de dejar el gobierno de Michoacán. Este último ya desde agosto habló de la necesidad de «recuperar el camino de la revolución».

²² A estas reuniones empezaron a ir personajes no identificados con la facción dominante. Entre ellos estaban Ifigenia Martínez, Carlos Tello, Gonzalo Martínez Corbalá, Silvia Hernández, etc.

esencia autoritaria del PRI y de sus estructuras corporativas, que veían en este proyecto un riesgo real. A lo largo de 1986 varios se retiraron de la CD, pero los que siguieron se radicalizaron ante los embates de la presidencia. El punto culminante de ese año vino el 14 de agosto, cuando Muñoz Ledo filtró la existencia del grupo a la prensa. A partir de ese momento la actitud del presidente del partido, Lugo Verduzco, y de otros cuadros importantes, se tornó en hostilidad abierta.²³

Para marzo de 1987 la confrontación entre el gobierno y la CD llegó a tal punto que se exigió a los disidentes callar o irse del partido. En la XIII Asamblea los miembros de la CD fueron ignorados y el nuevo presidente del PRI, Jorge de la Vega, los calificó de «pequeña minoría».²⁴ Además de hostilizarlos, el gobierno inventó una «pasarela» de seis «precandidatos distinguidos» para aparentar un proceso de selección interna «democrático». En respuesta, a partir de julio de 1987, Cárdenas empezó una campaña por todo el país. La intimidación oficial aumentó. A nadie sorprendió que, finalmente, Salinas fuese “aclamado por las bases del partido” y nombrado candidato

El choque entre la CD y el PRI resultó ser uno entre dos fuerzas muy desiguales, pero finalmente el contexto nacional le fue favorable a los disidentes. Como se ha señalado, la crisis económica, junto con los programas de cambio estructural, habían tenido un impacto negativo en la población. Además, el Estado tuvo que disminuir su

²³ El 5 de septiembre el PRI nacional remueve a Cristóbal Arias, hombre cercano al gobernador, como presidente del partido en Michoacán, a diez días de que Cárdenas dejara el gobierno. En octubre se publican los documentos de trabajo, y González Guevara, Martínez Corbalá y Silvia Hernández toman distancia del movimiento. Carlos Tello se separa de ellos definitivamente (Bruhn, 1997: 87-91).

²⁴ Centeno (1994: 59-60) aclara que aún en este punto los disidentes no cuestionaban la legitimidad del gobierno, sino el proceso de selección del candidato.

presencia en todos los aspectos de la vida nacional, perdiendo parte significativa de su capacidad para regular el conflicto. La concurrencia de estos factores terminó por provocar una ruptura dentro de la clase gobernante.²⁵ Fue así que un puñado de integrantes de la CD terminaría por poner en duda la supervivencia de las estructuras autoritarias.

El cambio que se estaba gestando era de gran profundidad. Germani (1978: 8) señala que cuando un autoritarismo prevalece por muchos años, los individuos tienden a «internalizar» el sistema de gobierno. No sólo lo ven como bueno, sino como el único posible. Este fue el caso en México, pero la inercia se fue quebrando; para 1988 muchos mexicanos consideraban necesaria otra opción. Como ha explicado Huntington (1970b: 42), la legitimidad del partido único dependía de dos factores clave: que no se rompiera la identidad entre sus intereses y la sociedad —lo que ocurrió en estos años con la política de la “revolución tecnocrática”—, y que no se fracturase el consenso sobre las reglas de la sucesión —lo que ocurrió en 1987.

²⁵ Hansen (1970: 223-233) auguraba que el sistema político mexicano no iba a ser derrotado por fuera sino por dentro. Cuando este perdiera la capacidad de regular el conflicto en la elite dentro de él, entonces estaría en problemas. Solo la ruptura interna podría amenazar su supervivencia.

Esta tesis la contradice Moore (1970: 49). Para él la ruptura no se daría dentro del PRI, sino debido a un crecimiento del PRI. A final de cuentas el primero tuvo razón.

6.2. El proceso electoral de 1988

A finales de 1987 nadie parecía imaginar lo que estaría ocurriendo un año después. El gobierno norteamericano esperaba que el PRI obtuviera la victoria de rutina en las elecciones que se celebrarían en 1988; pero lo esperado no sucedió (Mazza, 2000: 52).

Ya sea que la explicación de lo ocurrido se encuentre en el desarrollo nacional, en causas circunstanciales o en una combinación, la elección presidencial de 1988 constituyó la primera vez desde 1940 que el gobierno priista enfrentó una amenaza electoral real a su permanencia en el poder. Este hecho la hace relevante, ya que a partir de entonces el México de antes ya no fue más. Domínguez (1999: 3) la calificaría de «terremoto político, pues el PRI cayó, y el PAN, a pesar de ser el partido opositor más viejo, no fue la segunda opción electoral».

Una vez ungido Carlos Salinas como el candidato del PRI a la presidencia, la ruptura interna del partido con su Corriente Democrática era inevitable. Habiendo perdido la batalla interna, el 12 de octubre Cárdenas acepta la nominación de un partido menor, el PARM, como candidato a la presidencia. Si bien es cierto que, como dijo Fidel Velásquez, los disidentes importantes «eran solo tres», el gobierno calculó mal lo fértil del terreno para ellos. Gracias a un discurso que denunciaba a los neoliberales como los causantes de una crisis económica prolongada y profunda, el neocardenismo logró conformar una coalición que creció a lo largo de la campaña.

6.2.1. *El FDN*

La coalición que impulsó la candidatura de Cuauhtemoc Cárdenas fue, aunque heterogénea y coyuntural, muy eficaz en captar el voto de protesta. Los pequeños partidos «paraestatales» vieron en Cárdenas no una oportunidad real de acceder al poder, sino a un salvavidas.²⁶ El segundo pilar de la campaña fueron los grupos de izquierda independientes. Como lo relata Bruhn, a partir de la década de 1960, éstos se moderaron; con la formación del PSUM de Arnoldo Martínez Verdugo, se prepararon para competir en los comicios favorecidos por la reforma electoral de 1977. El tercer pilar fueron las agrupaciones civiles que empezaron a proliferar a partir del terremoto de 1985. Ante las perspectivas de incrementar su fuerza, al igual que la izquierda, superaron su desconfianza de los orígenes del candidato.²⁷

Ante la necesidad de enfrentar a los ex priístas y la coalición que los arropaba, el gobierno no tuvo mejor idea que la de aumentar el hostigamiento y ataques públicos contra Cárdenas. Como señala Centeno (1994: 61), la estrategia resultó contraproducente, pues en un ambiente de descontento generalizado, en vez de desprestigiarlos, el gobierno les dio publicidad gratuita y los acreditó como auténtica alternativa. Pero no solo la izquierda independiente veía con desconfianza la candidatura de Cárdenas, sino también la derecha. Lujambio (200: 77) estima que, todavía a

²⁶ Estos fueron el PARM, PPS, PST, PFCRN. Cada uno por su lado tomó la decisión de unirse a una candidatura presidencial común como la ley les permitía.

²⁷ De entre estas agrupaciones exitosas destaca la Coalición de Obreros, Campesinos y Estudiantes del Istmo (COCEI), por su logro en conformar una candidatura común con el PSUM para gobernar Juchitán, Oaxaca (Bruhn, 1997: 112-114).

principios de 1988, alrededor del 85% de los panistas creían que la ruptura de Cárdenas con el PRI era falsa, una simple maniobra para dividir el voto de protesta. Además, Cuauhtémoc era el hijo y heredero ideológico del general Cárdenas, el enemigo fundacional del PAN.

6.2.2. *El neopanismo*

El PAN llegó a las elecciones con optimismo, puesto que en los años inmediatamente anteriores había conquistado un número significativo de presidencias municipales, y en el norte quizá había ganado más de una gobernatura, aunque, finalmente, el régimen le había negado el reconocimiento de su triunfo. En busca de la candidatura presidencial compitieron Jesús González Schmall, panista tradicional, y el empresario neopanista Manuel J. Clouthier. Esta lid era el reflejo de la vieja lucha entre los llamados «doctrinarios» frente a los «modemos»; entre Efraín González Luna y Miguel Ángel Conchello. Para los primeros, los hombres de negocios recién entrados a la política eran simples oportunistas que antes se beneficiaron del régimen inmoral al que ahora buscaban combatir; para los neopanistas, los tradicionalistas no tenían voluntad de alcanzar el poder. Al final, Clouthier se llevó el 70% de los votos dentro del PAN.

En un principio la campaña panista tuvo éxito en su intento de movilizar a desafectos con el régimen. Pero poco después el Pacto de Solidaridad Económica logró reducir la inflación, y con ello se empezó a desinflar la campaña de este candidato «honesto, dicharachero, irreverente y entrón». La mejoría relativa de la economía no

desanimó a Clouthier, quien, con un discurso de confrontación creciente, se distanció cada vez más de su partido. Mientras en el primero se hablaba de la «mística panista», el segundo prefirió las movilizaciones y enfrentamiento con el régimen. Clouthier estaba convencido de que se avecinaba un fraude de gran escala, y por ello recurrió a organizaciones católicas de derecha, como Desarrollo Humano Integral (DHIAC), para preparar la resistencia civil. Además, al ver que una parte importante de su apoyo, entre votantes desafectos y sin partido, bien podrían votar por Cárdenas, el panista radicalizó su discurso para atraerlos.²⁸

6.2.3. *La campaña*

La de Cárdenas empezó floja, con actos desangelados; pero en relativamente poco tiempo logró atraer cada vez más a los desafectos con el sistema, al cual pensaban castigar con su voto. Bruhn atribuye este fenómeno a dos factores. Por un lado, el apellido Cárdenas estaba históricamente ligado a los mejores logros de la revolución; contaba con todo el prestigio y legitimidad de aquel presidente que nacionalizó el petróleo e hizo realidad la reforma agraria. Por el otro, siendo un candidato nuevo, apoyado por una coalición coyuntural, no arrastraba tras de sí errores pasados. Estas

²⁸ Tan estaba convencido Clouthier de que el gobierno se preparaba para robarle la elección, que contrató a líderes opositores filipinos para que los asesoraran en cómo resistir con éxito al gobierno autoritario. Desde enero este discurso lo fue alejando cada vez más de su partido (Loeza, 1999: 445-447).

condiciones lo convirtieron en el candidato más atractivo para atraer el voto opositor (Bruhn, 1997: 124-125).

El desánimo general y la insatisfacción para con el gobierno quedan claros en las encuestas del momento. En 1988 Miguel Basáñez encontró que el 89% de los encuestados consideraba que las condiciones económicas eran malas o muy malas; el 54% pensaba que la economía nunca se recuperaría, y el 53% responsabilizaba directamente por ello al gobierno, el 75% decía favorecer la alternancia, al menos parcial, y el apoyo al PRI era menor al 50% (Bruhn, 1997: 119).

La campaña del Frente Democrático Nacional (FDN) —la coalición coyuntural en torno a la candidatura de Cárdenas— empezó a mostrar fuerza creciente a partir de enero de 1988. Una serie de concentraciones multitudinarias llamaron la atención del público, al que, junto a los ataques constantes del sistema, le confirmaron que Cárdenas era una opción electoral seria. La primera tuvo lugar en febrero en la zona algodonera de La Laguna, Coahuila, que había sido beneficiaria directa de la expropiación de tierras realizada por Lázaro Cárdenas. Mientras Salinas fue recibido con insultos, Cárdenas lo fue como un héroe. El 18 de marzo —aniversario de la nacionalización petrolera— el FDN reunió a aproximadamente 70 mil personas en el Zócalo. De nuevo las multitudes aparecieron el 21 de mayo en Apatzingán y el 26 de mayo en Ciudad Universitaria, donde Heberto Castillo por primera vez mencionó en público la posibilidad de cederle a

Cárdenas su candidatura dentro del PMS. El 25 de junio, en el cierre de campaña, Cuauhtémoc Cárdenas llenó el Zócalo capitalino.²⁹

Estas movilizaciones, junto con algunas encuestas que le daban el triunfo al candidato del FDN, lograron despertar la imaginación de muchos indecisos e indiferentes.³⁰ Por primera vez en muchos años dejó de ser una certeza que el PRI ganaría las elecciones. Según Domínguez y McCann (1994: 41), esta incertidumbre fue central para los resultados del 6 de julio, pues el hecho de que pareciera que el PRI iba perdiendo fuerza debido a su mal papel, le dio confianza a muchos y los llevó a depositar votos opositores por encima de consideraciones demográficas, socioeconómicas o regionales.

Frente al crecimiento de la oposición, el gobierno respondió con manipulación y represión. El desbalance en la cobertura de los medios masivos de difusión es la mejor prueba de dicha manipulación. Durante un espacio de tiempo determinado, el noticiero 24 Horas dedicó 113 minutos al PRI, 4 al FDN, y 3 al PAN; en Imevisión, 258 minutos al PRI, 40 segundos al PAN y 0 al FDN (Bruhn, 1997: 139). La represión llegó a un punto culminante el 2 de julio, cuando dos colaboradores cercanos de Cárdenas, Francisco Javier Ovando —encargado de vigilar la mecánica del conteo durante el proceso electoral—, y su segundo, Román Gil, fueron asesinados en la capital del país. En vísperas de la elección, estaba claro para cualquier observador que la vieja estructura

²⁹ Los medios de comunicación escrita empezaron a cubrir los eventos, siendo este último el que más llamó la atención y más difusión logró.

³⁰ En abril una encuesta en el DF le daba a Cárdenas el 25% de las preferencias. Después de la concentración en la UNAM, este subió a un rango de 32 a 38% (Bruhn, 1997: 133).

de poder estaba dispuesta a recurrir a todo su arsenal, legítimo e ilegítimo, legal e ilegal, para mantenerse en el poder.

7. EL PROCESO PREELECTORAL DESDE LA PRENSA NORTEAMERICANA

La poderosísima convicción en torno a los valores norteamericanos de libre mercado y la fobia coyuntural exacerbada contra la izquierda llevaron incluso a la prensa más abierta y libre de los Estados Unidos a favorecer abiertamente al candidato de un partido autoritario, a pesar de su tan pregonado amor a la democracia. En las siguientes páginas el lector podrá ver cómo los liberales, hasta más que los conservadores —con algunas excepciones aisladas—, estaban muy entusiasmados ante la próxima victoria de un grupo de economistas entrenados en su país que supuestamente llevarían a México hacia la modernidad dentro de un contexto de estabilidad. Que se diera desde un sistema político claramente no democrático parecía no importar, a fin de cuentas, con Salinas en Los Pinos, la democracia llegaría naturalmente, pues el candidato era un «demócrata convencido».

7.1. La prensa liberal

La llamada «prensa liberal» norteamericana resultó, sin duda, la más entusiasmada con Salinas, y la menos crítica del sistema del que fue producto. La publicación más parcial, de las cuatro investigadas durante este período, a favor del candidato oficial fue la revista Newsweek. Esta cubrió el proceso mexicano evitando cualquier crítica al sistema imperante, a pesar de que, en el caso de gobiernos similares en otros países, en especial de izquierda, no dudaba en atacarlos ferozmente. Ese semanario presentó a

Salinas como al Gorbachov mexicano, como el líder que iba a cambiar al sistema desde adentro. Su desdén por la oposición fue sistemático, aunque no siempre manifiesto. En el caso de *The New York Times*, se entusiasmó con el candidato de la supuesta modernidad de manera casi igual de intensa, pero difirió con su contraparte semanal, en el que sus críticas al sistema antidemocrático mexicano existieron, aunque con moderación.

7.2. El meollo

La esencia del proceso electoral en 1988 fue su falta de equidad y limpieza. La prensa norteamericana sostenía que, en caso de darse el fraude tan anunciado por la oposición, éste habría sido a pesar del deseo del candidato oficial, Carlos Salinas de Gortari. Para esa prensa, el candidato modernizador del PRI, como le calificaban, tenía que enfrentar a los duros y corruptos de su partido, acostumbrados al *carro completo* en unas elecciones donde la oposición ya había dejado de ser simbólica. Desde esta perspectiva, un fraude afectaría en primer lugar al delfín de Miguel de la Madrid, con lo que Salinas aparecía como el actor más interesado de todos en evitarlo, ya que su legitimidad podría quedar en entredicho y, con ello, su capacidad para liderar la transformación del país.

7.3. La democracia en México

Resulta muy común que en las notas de la prensa liberal se elaborara un pequeño contexto histórico, pero sin referencia clara al carácter inherentemente antidemocrático que caracterizaba a la estructura de poder en México. Ese marco general se limitaba a señalar que «desde 1929 el PRI ha ganado todas las elecciones para presidente, gobernador o senadores».¹ No se intentaba mayor análisis ni juicios de valor sobre este hecho; simplemente se le mencionaba. Las veces que se hizo referencia al fraude como medio para mantener tan extraordinario monopolio de poder, no se exploraba el hecho, sino que se tomaba como algo dado.

7.4. La visión sobre el sistema político

Por su carácter crítico y pronóstico pesimista, una nota sin firmar en NYT, de octubre del 1987, resultó una anomalía dentro del conjunto. Describió lo grave y prolongado de la crisis económica mexicana y el gran desencanto producido por la ineffectividad de las medidas correctivas implementadas por el gobierno. Señaló que sólo un sistema antidemocrático como el mexicano podía imponer un candidato tan impopular como Salinas en un momento tan complicado. Para el reportero, el sistema político se había rezagado con respecto a los cambios sociales, lo que lo hacía obsoleto;

¹ Desde la primera nota aclaran esto, y continúa en numerosas ocasiones. William Stock, "Who's The Heir Apparent? Its Not Yet Apparent", NYT, 2 de febrero, 1987, p. 7.

sólo amparado en el poder de ese aparato de Estado, Salinas podría aspirar a ganar.² Sin embargo, esta nota atípica fue opacada por la mayoría, como las de Newsweek, que, si bien aceptaban que la estructura de poder mexicana dejaba mucho que desear, por corrupta e ineficaz, finalmente Salinas la podría modernizar sin necesidad de reemplazarla.³

7.5. El proceso de selección del candidato oficial

La primera nota de NYT sobre el proceso electoral mexicano, fechada el 12 de septiembre de 1987, se centró en la intriga política propia del proceso sucesorio: en la *grilla*. Desde su perspectiva, siempre había sido ahí, y no en las urnas, donde se desarrollaba la verdadera política en México.⁴ Otro corresponsal, Larry Rohter, en una nota particularmente sarcástica, se refirió al proceso sucesorio recurriendo a Manuel Moreno Sánchez, para quien el grupo de aspirantes priistas o «tapados», se comportaban como «ganado nervioso en un corral esperando a que llegue el vaquero y los amarre». También citó a una fuente diplomática que veía todo el proceso como algo tan oscuro y misterioso que el único paralelo posible eran los corredores del Kremlin.⁵ En la primavera de 1988, el autor se refirió al proceso de selección del candidato de entre

² "A Man for One of Mexico's Crisis", NYT, 6 de octubre, 1987, p. 34.

³ La nota que mejor describe esta posición generalizada es la de Stryker McGuire, "The New Politics Of Mexico", Newsweek, 27 de junio, 1988, p. 13, y la entrevista a Salinas en la p. 12.

⁴ El autor creyó que *el bueno* sería Alfredo del Mazo, aunque aceptó que sería mejor que la candidatura oficial recayera en el Secretario de Programación y Presupuesto. William Stockton, "Who's The Heir Apparent? Its Not Yet Apparent", NYT, 12 de febrero, 1987, p. 9.

⁵ Larry Rohter, "Mexico Succession: A Diviners Sport", NYT, 13 de julio, 1987, p. 6.

media docena de notables, como una «farsa y simulación donde los candidatos parecen concursantes de belleza».⁶

En la víspera del «destape», Rohter calificó a todo el proceso de selección como «el más confuso de los últimos tiempos», pues el presidente se tardó demasiado en decidir quién debía sucederle, lo cual provocó nerviosismo no solo en círculos políticos, sino también en los económicos.⁷ Además, aseguró, las cosas no salieron bien, pues incluso el viejo líder obrero del PRI, Fidel Velásquez, mostraba mal humor, lo que indicaba que Del Mazo, su preferido, quizá no fuese el ganador.⁸ Newsweek prefirió no publicar nada antes de que se confirmara a Salinas como el favorecido.

7.6. La Corriente Democrática

El 5 de marzo apareció la primera nota sobre a la Corriente Democrática del PRI (CD). El corresponsal de NYT quedó impresionado por la actitud contestataria de Porfirio Muñoz Ledo —al resto ni los mencionó—, pero juzgó que su crítica al *statu quo* restó fuerza a su posición dentro del partido y con respecto a sus bases.⁹

Para el 13 de julio, este periódico informó que era inminente la ruptura de los disidentes de la CD con su partido. Y, aunque desde su mirador, «quienes hasta hace

⁶ Larry Rohter, "Candidate Breakfasts Give Mexico Taste Of Politics", NYT, 29 de agosto, 1987, p. 1.

⁷ Larry Rother, "Mexico Asks The Candidates Name", NYT, 4 de octubre, 1987, p. 9.

⁸ Larry Rohter "Mexican Opposition Parties See a Rare Opportunity", NYT, 5 de septiembre, 1987 p. 5

⁹ Larry Rohter, "Mexico's Governing Party Backs Status Quo", NYT, 5 de marzo, 1987, p. 7

poco se sirvieron del sistema, no representan una amenaza para el PRI», Cárdenas — quien le debía «su popularidad a su apellido»— podría resultar peligroso, pues podría encabezar una coalición de fuerzas de izquierda contra el candidato oficial.¹⁰ Diez días después la opinión del corresponsal con respecto a la CD mejoraba, puesto que le reconocía que su presión obligaba una apertura dentro del partido oficial, muy a pesar de él.¹¹ Estas simpatías por la izquierda fueron en aumento. En septiembre señaló, con cierto entusiasmo, que en los últimos diez años se había dado un proceso de «desdogmatización» y pragmatismo en la izquierda, que le abría oportunidades para presentar una candidatura fuerte. En la única referencia directa al panismo, lo caracterizó como una fuerza de «jóvenes, articulados y combativos».¹²

7.7. La oposición

La primera referencia a la oposición en su conjunto que hizo NYT fue muy positiva. En la nota «Los partidos de oposición mexicanos ven una oportunidad rara», reconocía la enorme dificultad que enfrentaban para vencer al PRI, un partido que contaba con toda la maquinaria del gobierno. Es aquí donde se percibe un cambio significativo en el tono del corresponsal, pues pasó de la desconfianza a la simpatía por ambos candidatos

¹⁰ Larry Rohter, "Dissidents In Mexico's Ruling Party Challenge Half-Century Of Tradition", NYT, 16 de agosto, 1987 p. IV 2.

¹¹ En las personas a quienes cita se puede ver claramente cuáles son las simpatías del corresponsal, en este caso recurre al Proceso, a La Jornada y a Manú Dorbier. Larry Rohter, "Candidate Breakfasts Give Mexico Taste Of Politics", NYT, 29 de agosto, 1987, p. 3.

¹² Larry Rohter, "Mexican Opposition Parties See a Rare Opportunity", NYT, 5 de septiembre, 1987. p. 5

opositores y sus partidos.¹³ Sin embargo, en mayo afirmó que su lucha serviría para mejorar su posicionamiento electoral, pero en ningún momento tendría posibilidades reales de ganarle al partido de estado.¹⁴

Tras el destape del candidato del PRI, el analista Jorge Castañeda fue citado para señalar que la oposición «ya acepta su derrota de antemano», ya que, como el público mexicano prefería la estabilidad, seguramente terminaría por imperar el principio de «más vale malo conocido que bueno por conocer», y concluía que «el resultado no está en duda a pesar de las crisis y las rupturas».¹⁵ En su última nota antes de las elecciones, Newsweek también señaló el valor de la lucha de la oposición aun cuando no tuviese oportunidad de vencer al partido de Estado.¹⁶

7.8. Carlos Salinas, el candidato

El curriculum de Salinas apareció por primera vez en NYT el día después de su designación. Fue retratado como un joven tecnócrata que se inclinaba hacia una apertura política. En una muestra de simpatía, el corresponsal citó a un profesor de Harvard, quien le describió como «muy brillante y simpático»;¹⁷ aunque aclaró que el sector

¹³ Ibidem.

¹⁴ Larry Rohter, "Extra! Extra! A Race You Won't Hear All About", NYT, 13 de mayo, 1988, p. 4.

¹⁵ Jorge G. Castañeda, "Two Roads Await Mexico's Next Chief", NYT, 8 de octubre, 1987, p. 39.

¹⁶ Stryker McGuire, "Mexico's New Politics. Salinas, The All-But-Certain Winner, Is Trying To Cut the Knots of Tradition", Newsweek, 27 de junio, 1988.

¹⁷ Larry Rohter, "A Mexican On The Fast Track", NYT, 5 de octubre, 1987, pp 1.8.

obrero estaba a disgusto con la decisión,¹⁸ puesto que representaba la continuidad del proyecto y grupo cerrado —los tecnócratas— de De la Madrid.¹⁹ Castañeda, desde las páginas del mismo periódico, lo vio como «una persona bien preparada para gobernar México».²⁰ En enero se consignó que sería un presidente más capacitado que sus antecesores para manejar la relación con Estados Unidos²¹ y modernizar al país.²² En esa misma dirección apuntó la primera nota de Newsweek, que describió al candidato oficial como un miembro de la elite desde la cuna y muy bien preparado para gobernar.²³ Según Joseph Contreras, «Salinas era la apuesta segura del PRI para ganar de calle».²⁴

El 11 de octubre NYT incluyó a Salinas entre los líderes políticos jóvenes de América Latina. Según Guillermo O'Donnell, él, Alan García y Oscar Arias iban a modernizar la economía y política latinoamericanas con un discurso de «justicia social, libertades básicas, derechos humanos, nacionalismo y crecimiento a toda costa».²⁵ Al día siguiente la opinión del corresponsal era aún mejor, pues reportó la euforia que había causado en la Bolsa de Valores y en el sector privado la designación de este economista

¹⁸ Larry Rohter, "Hurdless Await Mexico's Next Leader", NYT, 7 de octubre, 1987, p. 3.

¹⁹ Rohter aclara que este no sería el caso si hubiese ganado Bartlet. Larry Rohter, "With Salinas More of the Same", NYT, 6 de octubre, 1987, p. 3.

²⁰ Jorge G. Castañeda, "Two Roads Await Mexico's Next Chief", NYT, 8 de octubre, 1987, p. 34.

²¹ Jorge G. Castañeda, "Mexico, After Reagan and De la Madrid", NYT, 13 de febrero, 1988, p. 27.

²² James Reston, "Salinas: Let's Be More Open", NYT, 13 de febrero, 1988, p. 27.

²³ En ella cita a Adrián Lajous, quien describía a Salinas como «ecuaníme y flexible», el candidato ideal. William Burger, "Mexico's Heir Apparent", Newsweek, 12 de octubre, 1988, p. 28.

²⁴ Joseph Contreras, "Mexico, A House Divided", Newsweek, 23 de noviembre, 1987, p. 13. En otra nota, que describe la contaminación del ambiente en la capital, pinta a la Ciudad de México como otra Calcuta: pero, afortunadamente, Manuel Camacho, amigo y próximo colaborador de Salinas, ya había dejado listo un plan para salvarla. Stryker McGuire, "Mexico City Hazy Future", Newsweek, 13 de Junio, 1988, p. 26.

²⁵ Larry Rohter, "For Latin America, A Greening at the Top", NYT, 13 de octubre, 1987, p. 3.

brillante y político pragmático.²⁶ Una columna de James Reston —analista global, no especializado en México— desbordó de entusiasmo por Salinas, hombre «delgado, rápido y joven», y lo mejor de todo: había estudiado en Harvard.²⁷ Para Newsweek se trataba de un candidato muy distinto a sus antecesores porque no solo era preparado y hábil, sino un reformista.²⁸

A tres días de las elecciones, Richard Feinberg, con gran entusiasmo, dio por sentada la victoria de Salinas, quien «acelerará la revolución que sacó a México de su introversión histórica para llevarlo hacia la globalización y abrirlo hacia sus inmensas oportunidades». Lo único preocupante era que esos técnicos entrenados en Estados Unidos «tendrán que enfrentar la oposición formidable de políticos tradicionales, burócratas y pequeños empresarios» que dependen de las formas del pasado para sobrevivir.²⁹ La idea común estaba en que Salinas encarnaba a la «perestroika mexicana». Todos consideraban que, siendo moderno y proamericano, ganaría las elecciones limpiamente, y que su verdadero reto vendría después: la modernización económica y política del país.³⁰ En un trabajo de fondo de Newsweek, se describió al candidato del PRI como un personaje pragmático, bien preparado y familiarizado con el poder político mexicano.³¹

²⁶ Larry Rohter, "Business Groups Welcome Mexico's Candidate", NYT, 12 de octubre de 1987, p. D4.

²⁷ James Reston, "Salinas: Let's Be More Open", NYT, 13 de febrero, 1988, p. 4.

²⁸ William Burger, "Mexico's Heir Apparent", Newsweek, 12 de octubre, 1988, p. 28.

²⁹ Richard Feinberg, "What Mexico's Next President Must Do", NYT, 3 de julio, 1988, p. 3.

³⁰ "Mexico's Radical Insider", NYT, 3 de julio, 1988, p. 18.

³¹ Stryker McGuire, "The New Politics of Mexico", Newsweek, 27 de junio, 1988, pp. 8, 13.

7.9. Cuauhtémoc Cárdenas

El 15 de marzo Rohter criticó sutilmente a Cárdenas. Sin decirlo abiertamente, lo pintó como un oportunista que se había beneficiado del sistema político que su padre ayudó a crear, pero que atacaba ahora, cuando ya no le favorecía. Lo llamó «populista-nacionalista que busca recuperar lo que queda de las políticas de su padre», y refirió supuestos casos de corrupción durante su gestión como gobernador de Michoacán.³² Destacó su propuesta «escandalosa» de no pagar la deuda externa y, finalmente, se reconfortó en saber que no tenía posibilidades reales de ganar.³³ Esta serie de ideas e imágenes negativas las refrendó al reportar la aceptación de Cárdenas de su candidatura por el PARM, donde la lucha sería por darle presencia a una izquierda irremediabilmente desunida y derrotada.³⁴

Del padre del candidato, a quien atribuyó su popularidad, dijo que su figura era tan reverenciada en México «como la de al Virgen de Guadalupe».³⁵ Poco después, cuando el corresponsal acompañó en una gira a Cárdenas, mejoró un poco su percepción del candidato; pero, sobre todo, se sorprendió de su gran arrastre popular derivado de su nombre, apellido y color moreno.³⁶ Mencionó que algunas encuestas ya le daban 30% de las preferencias, algo inusitado para un candidato de oposición.³⁷

³² Larry Rohter, "Mexico's Ruling Party Battles Founders Son", NYT, 15 de marzo, 1987 p. 6.

³³ Larry Rohter, "Mexico Succession: A Diviners Sport", NYT, 13 de julio, 1987, p. 6.

³⁴ Larry Rohter, "Go-It Alone Race Irks Mexico's Left", NYT, 25 de octubre, 1987, p. 17.

³⁵ Larry Rohter, "For Mexico's Rulers, Victory Is Not Enough: Respect Must Also Be Won", NYT, 14 de marzo, 1988, pp. 1, 10.

³⁶ Larry Rohter, "In the Footsteps of Cárdenas Campaigns", 27 de abril, 1988, p. 16.

³⁷ Larry Rohter, "Mexico's Ruling Party Woos Mistrustful State", NYT, 27 de abril, 1988, p. 4.

La visión del semanario Newsweek fue todavía más dura y crítica. Sin reparos afirmó que Cárdenas era el único culpable de que fracasara una hipotética unión entre partidos de izquierda —coalición que si se dio—, por aceptar la postulación del PARM en lugar de la del PMS. Ello lo contrastó con la negociación que Salinas hizo con los sindicatos priistas que se opusieron a su nominación. La idea central era que Cárdenas había naufragado al zarpar, mientras que el modernizador iba viento en popa rumbo a Los Pinos.³⁸

7.10. Manuel Clouthier

El 13 de mayo apareció la única nota en NYT dedicada al «Bárbaro del Norte». Al corresponsal le gustó el discurso liberal de «acción individual, mayor federalismo y menos gobierno» para romper con las políticas «socializantes y estatistas» que supuestamente limitaban el desarrollo del país. Destacó que el candidato del PAN estudió la preparatoria en California y lo describió como confiable aunque un tanto folclórico.³⁹ Clouthier parecía no despertar mayor preocupación o entusiasmo entre los observadores norteamericanos.⁴⁰

³⁸ Joseph Contreras, "Mexico House Divided", Newsweek, 23 de noviembre, 1987, p. 13

³⁹ Larry Rohter, "To Lay Waste a Dynasty: A Northern Barbarian", NYT, 3 de mayo, 1988, p. 4.

⁴⁰ Larry Rohter, "Mexican Rightist Party Chooses Candidate", NYT, 7 de noviembre, 1987, p. 7

7.11. El candidato oficial y su partido

Rohter identificó desde un principio la relación tensa entre el candidato y su partido, ya que éste representaba la continuidad de los tecnócratas que desde 1982 constituían un círculo cerrado que aislaba a los políticos tradicionales, situación que no hubiera ocurrido con Manuel Bartlett. Bajo esa visible división interna, el candidato se iba a ver obligado a negociar con los sectores más duros de su partido, a los cuales necesitaba para ganar.⁴¹ Para Jorge Castañeda, en su columna de NYT, Salinas era un prisionero del sistema político, pues, si no lo cambiaba, no tendría apoyo externo, pero si lo hacía perdería el interno. Iba a tener que negociar y navegar entre ambas aguas.⁴²

La idea de que Salinas tendría que dar la batalla contra el viejo PRI para evitar el fraude que los tradicionalistas planean, la repitió la prensa norteamericana una y otra vez, incluso en vísperas de las elecciones. Desde luego, se daba por descontada la victoria del PRI. La pregunta era qué tanto éxito tendría en detener a las fuerzas más retrógradas de su propio partido para ganar limpiamente y así conservar su legitimidad.⁴³ Newsweek compartió plenamente esta visión. Para el semanario, Salinas era un modernizador que aun antes de las elecciones buscaba transformar a su partido corrupto en uno moderno y

⁴¹ Lo que más le preocupaba al autor era que esta necesidad de pactar detuviera el cambio económico emprendido desde hace seis años. "A Man for one of Mexico's Crisis", NYT, 6 de octubre, 1987, p. 34.

⁴² Jorge G. Castañeda, "Two Roads Await Mexico's Next Chief", NYT, 8 de octubre, 1987, p. 39.

⁴³ Para Larry Rohter, «Salinas ha tratado de hacer valer su promesa de renovación política aun antes de ser presidente, promoviendo a gente joven y mujeres a puestos de elección popular, pero como dentro del partido está obligado a negociar, el Sr. Salinas ha tenido que hacer concesiones con quienes se opusieron a su nominación», y estos eran los sectores más retrógrados del sistema. Salinas es, por tanto, una víctima o un destructor potencial de los viejos y corruptos. Larry Rohter, "Rulers in Mexico Face Voting Test", The New York Times, 3 de julio, 1988, p. 3.

funcional. Bajo tales premisas concluyó: «El candidato está verdaderamente comprometido con la idea de abrir al sistema político de su país para darle cabida a la oposición, y así encabezar la verdadera transición democrática de México.» No tenía duda alguna de las credenciales democráticas de Salinas, quien no mostraba su verdadero rostro modernizador en campaña por razones estratégicas: para no irritar al ala dura de su partido, intrínsecamente corrupto e ineficiente.⁴⁴

A tres días de las elecciones, Rohter señaló que Salinas enfrentaba a tres fuerzas enemigas, dos de la oposición formal y otra dentro del PRI. Este último reducto «corrupto y fraudulento que busca el *carro completo*» representaba la mayor amenaza para la credibilidad del candidato. El reto, una vez en Los Pinos, sería encontrar la manera de que el PRI siguiera en Palacio Nacional, pero se convirtiese en otro, moderno y competitivo.⁴⁵

7.12. La situación económica

Ambos, diario y revista, describieron las circunstancias económicas como graves, por la inflación, desempleo y estancamiento económico prolongado. El país y su sistema político atravesaban un mal momento. La gente estaba enojada y el gobierno poco podía hacer porque estaba atado de manos por la inmensa deuda externa. En noviembre de 1987 Newsweek contrastó dos ciudades y sus modelos de desarrollo. La comparación

⁴⁴ Stryker McGuire, "The New Politics of Mexico", Newsweek, 27 de junio, 1988, p. 8.

⁴⁵ Larry Rohter, "Mexicans Want Salinas and Some Opposition", NYT, 3 de julio, 1988, p. 3.

servió para exaltar las bondades del libre mercado y dejar en claro que México estaba en una encrucijada: optar por el pasado y convertirse en Coahuila, o por la propuesta modernizadora de Salinas y ser como Hermosillo. Afortunadamente, con Salinas esta última imperaría.⁴⁶ Pero no todo era miel sobre hojuelas. A fines de aquel mes, el semanario reportó con pesimismo la devaluación del 52% del peso durante la semana anterior, lo que acabó con la confianza en la recuperación del país; el efecto más negativo no era el económico sino el psicológico. Pero el problema no era sólo para el encuentro de Salinas con las urnas, sino también para Estados Unidos, por un posible incremento en el flujo de trabajadores indocumentados.⁴⁷

7.13. La campaña presidencial

En marzo de 1988 NYT reportó que, «aunque el resultado no esta(ba) en duda», Salinas hacía una campaña frenética, pues el margen de la victoria y «la legitimidad del sistema político» sí estaban en juego. En la que ya parecía ser la elección más competitiva hasta ese día, los candidatos opositores estaban igual de activos, pero con una desventaja notoria respecto al oficial en cuanto a su acceso ilimitado a recursos de todo tipo.⁴⁸

⁴⁶ Por un lado, Coahuila, una ciudad que nació gracias a PEMEX, pero mal planificada, que con la crisis petrolera se encuentra moribunda; por el otro, Hermosillo, ciudad norteña bien planeada y urbanizada cuya economía se basa en las exportaciones de la empresa privada a sus vecinos del norte y que ha pasado bien la prueba de la crisis. William Burger, "Mexico's Heir Apparent", Newsweek, 9 de noviembre, 1987, p. 8

⁴⁷ Joseph Contreras, "Mexico, A House Divided", Newsweek, 30 de noviembre, 1987, p. 38

⁴⁸ Larry Rohter, "For Mexico's Rulers, Victory Is Not Enough: Respect Must Also Be Won", NYT, 14 de marzo, 1988, p. 1.

La parcialidad del semanario a favor del candidato oficial al inicio de la campaña lo llevó a reportar una pifia memorable. Joseph Contreras aseguró que «Salinas arrancó en un ambiente de fuerte unidad interna, por lo que casi seguro arrasará en las elecciones federales de julio». En contraste, «la izquierda, siempre dividida, ve extinguirse. Existe la posibilidad de una alianza en torno a Cárdenas, pero, aunque se hubieran logrado unir, no representarían una amenaza para el candidato oficial».⁴⁹

En torno a los medios de comunicación, NYT y Newsweek se mostraron más críticos. En mayo Rohter señaló la inmensa disparidad en la cobertura de la campaña. Particularmente sorprendido por la situación televisiva, citó a Emilio Azcárraga, quien se declaró «soldado del Presidente». Respaldó su argumento con cifras: el 60% de la cobertura en los medios impresos era para el candidato oficial, y en radio y televisión, el 90%. Destacó la censura oficial y cómo algunos candidatos en la frontera se veían obligados a ir a Estados Unidos para hacer su propaganda.⁵⁰ Newsweek también marcó esta disparidad, pero se abstuvo de hacer juicio alguno.⁵¹ El semanario reconocía que el candidato del PRI se había beneficiado del inmenso apoyo del Estado, lo que le garantizaba que, a pesar de la innegable fuerza de la oposición y de lo impopular que pudiera resultar para las mayorías, Salinas ganaría sin fraude el miércoles 6 de julio.

⁴⁹ Joseph Contreras, "Mexico, A House Divided", Newsweek, 23 de noviembre, 1987, p. 13.

⁵⁰ Larry Rohter, "Exta! Extra! A Race You Won't Hear All About", NYT, 13 de mayo, 1988, p. 4.

⁵¹ Peter Katel, "A Surprise on Mexican Television", Newsweek, 20 de junio, 1988, p. 27.

Para el semanario, la lucha de la oposición era «admirable» pero incapaz de enfrentar un gasto en campaña del PRI, calculado en 20 millones de dólares.⁵²

Especialmente ilustrativa de su prosalinismo fue la última nota preelectoral de NYT. Rohter informó sobre el asesinato de los dos colaboradores de Cárdenas en el área crítica de control de resultados electorales, Javier Ovando y Román Gil. Aun cuando citó las acusaciones de Cárdenas de que se trató de un crimen de Estado, acabó por apuntalar la tesis de siempre: por un lado, el homicidio no necesariamente fue político, pero de serlo, el principal damnificado sería Salinas, pues minaba la credibilidad de «su lucha por el pluralismo y respeto a la oposición».⁵³

7.14. En torno a la sospecha del fraude

Una de las ideas que manejó sistemáticamente NYT a lo largo del proceso preelectoral fue que, si bien hacía mucho que el partido oficial utilizaba el fraude, en caso de darse el próximo 6 de julio, sería marginal e irrelevante en la cifra final. Para el diario, si ocurrieran irregularidades, serían residuo del pasado, algo perpetrado no a favor, sino en contra de Salinas, el modernizador. Sin embargo, no dejó de registrar — sin condenar— que Salinas contó con el apoyo abrumador del aparato y los recursos estatales.

⁵² Stryker McGuire, “The New Politics of Mexico”, Newsweek, 27 de junio, 1988, p. 8.

⁵³ Larry Rohter, “A Killing Inflames Mexican Campaign”, NYT, 5 de julio, 1988, p. 3.

Hasta enero de 1988 el periódico no hizo la primera referencia al fenómeno del posible fraude. El «casi seguro próximo presidente de México» le había asegurado que este recurso era cosa del pasado, que su partido debía modernizarse y que él «se comprometía a luchar por resultados absolutamente creíbles el próximo 6 de julio, sean los que sean».⁵⁴ Esta idea la refrendó en una nota de mayo, en la cual tomó las elecciones extraordinarias en Monclova para reafirmar el contraste entre el viejo PRI y su candidato renovador.⁵⁵

El notorio fraude en Chihuahua fue reportado por Rohter para dejar en claro que, aunque condenable y en retroceso, hasta el momento era una práctica efectiva del sistema. Pero la nota deja muy en claro que el egresado de Harvard estaba verdaderamente comprometido con la legalidad democrática. El PRI era ya el seguro ganador y esperaba lograr los votos suficientes para tener una mayoría cómoda, pero no demasiados, para no despertar sospechas sobre su legitimidad. Pero, como el viejo PRI era aún muy fuerte, el PAN estaba preparándose para encabezar, posiblemente, un movimiento de resistencia civil.⁵⁶ Para junio, el diario señalaba que éste resulta factible pues, ante la fuerza creciente de la oposición, el PRI tendía a recurrir cada vez más al fraude electoral.⁵⁷

⁵⁴ Larry Rohter, "Mexican Candidate Ties Repayment of Foreign Debt To Economic Growth", NYT, 19 de enero, 1988, p. 7.

⁵⁵ Larry Rohter, "Dispute Is Watched for Omens for Mexican Presidential Vote.", NYT, 20 de mayo, 1988, p. 6.

⁵⁶ Larry Rohter, "For Mexico's Rulers, Victory Is Not Enough: Respect Must Also Be Won", NYT, 14 de marzo, 1988, p. 1.

⁵⁷ Larry Rother, "A Political Effervescence in Mexico", NYT, 21 de junio, 1988, p. 3.

El diario neoyorquino especificó los preparativos de un claro desaseo electoral. Tres semanas antes reportó pruebas irrefutables de que algunos sectores del partido y el gobierno estaban planeando un fraude a gran escala. En Sonora se descubrió una imprenta que falsificaba boletas a favor del PRI, y había aún más formas de alterar los resultados. Todo indicaba que la oposición esperaba y se preparaba para el fraude masivo y una lucha postelectoral, la cual detalló.⁵⁸ Pero una vez más la víctima sería Salinas. En otra noticia publicada el mismo día, expresó sus temores sobre una falta de limpieza en los comicios que afectaría innecesariamente al candidato puesto que minaría su legitimidad, a pesar de que, en cualquier caso, la oposición no tenía ninguna posibilidad de triunfo.⁵⁹

Menos previsor resultó Newsweek, que se mostró confiado en que el fraude del pasado quedaría esta vez en el olvido. Mencionó que en una gira el candidato oficial había aceptado que antes «han existido dudas sobre los procesos electorales». Para el corresponsal, esta confesión exiaba las culpas y daba seguridad, porque «con éste mensaje Salinas es claro, el PRI debe convertirse en un partido moderno y competitivo acorde a la nueva realidad mexicana».⁶⁰ Diez días antes de las elecciones, el semanario volvió a desestimar los alegatos de la oposición sobre un posible fraude y pronosticó que Salinas triunfaría por un margen estrecho, pero limpiamente.⁶¹

⁵⁸ Larry Rohter, "Vote Fraud Charges Fill Mexican's Air", NYT, 28 de junio, 1988, p. 8. Larry Rohter, "Mexican Party Practices Protests over Vote Fraud", NYT, 29 de junio de 1988, p. 3.

⁵⁹ Larry Rohter, "Mexican Party Practices Protests over Vote Fraud", NYT, 29 de junio, 1988, p. 3.

⁶⁰ William Burger "Blighted and Burgeoning", Newsweek, 9 de noviembre, 1987, p. 30.

⁶¹ Stryker McGuire, "The New Politics Of Mexico", Newsweek, 27 de junio, 1988, pp. 8,13.

7.15. La prensa conservadora

En comparación con la liberal, el diario conservador *The Wall Street Journal* (WSJ) resultó ser el más crítico de las publicaciones aquí examinadas con respecto al sistema político, al partido de Estado, el candidato oficial y el proceso electoral en su totalidad. *Business Week* estuvo poco interesado en México y no publicó nada con respecto al proceso sino hasta después del *destape* de Salinas. Cabe aclarar que en WSJ destacaron más las diferencias entre sus corresponsales, pero, aun así, esta gama de perspectivas conservadoras resultó más crítica que la liberal.

7.16. La democracia en México

Un desprecio fuera de lo común por la democracia en México queda patente en la primera nota de 1987 de WSJ sobre nuestra situación política. David Asman expresó su gran satisfacción por que el PRI mantuviese un control fuerte sobre el país, en particular del sureste, pues es por ahí por donde «elementos desestabilizadores de Centroamérica» se podrían colar hacia el norte. De manera profética señaló que la estabilidad de esta región se podría perder si se seguían explotando como hasta entonces los recursos naturales y olvidándose de atender a los pobres. Así, su demanda de protección a la ecología y a los desfavorecidos tiene una razón utilitaria más que moral: la estabilidad.⁶²

⁶² David Asman, "The PRI's Cure in Southern Mexico", WSJ, 3 de marzo, 1987, p. 32.

Con la posición anterior contrasta Marie Williams Walsh —la corresponsal más crítica de todos con respecto al sistema político mexicano—. Censura duramente al PRI y al gobierno por su intolerancia hacia cualquier expresión de desacuerdo. Llama a ambos «apóstoles falsos de la democracia».⁶³ Para ella, México estaba en la encrucijada entre seguir bajo el monopolio de un solo partido o entrar a una fase de democracia política real.⁶⁴

7.17. La visión sobre el Sistema Político

En su primera referencia al sistema político mexicano, WSJ eligió como emblema a la figura de Fidel Velásquez. En un artículo titulado «The Twilight of Don Fidel», George Grayson, un académico conservador, describió a la organización política obrera como «altamente autoritaria», pero reconoció que ese personaje siniestro resultaba indispensable por ser un baluarte de estabilidad en medio de la crisis, ya que, gracias a su control férreo sobre el movimiento obrero, el gobierno había podido implementar reformas económicas tan impopulares, pero necesarias para lograr una recuperación económica sostenida. Ahora bien, lo que realmente preocupaba no era la naturaleza

⁶³ Marie Williams Walsh, "Dissidents in the Mexican Ruling Party Demand it Behave More Democratically", WSJ, 8 de abril, 1988, p. 26.

⁶⁴ Marie Williams Walsh, "Mexico's Ruling Party Woos Mistrustful State", WSJ, 27 de abril, 1988, p. 26.

moral del personaje, sino la *mortal*: a sus 87 años le quedaba poco tiempo, y con su muerte podía estallar una verdadera inestabilidad para un gobierno reformador.⁶⁵

En una crítica inusualmente dura, WSJ tomó el caso de la revista Proceso para exhibir el dominio del gobierno sobre la prensa. Consideró que «este semanario personifica(ba) la desilusión de la gente para con el Sistema Político Mexicano». Exhibía sus miserias elaborando notas muy críticas de personajes corruptos de la talla de José López Portillo, Carlos Hank o Durazo. Esa crítica le había valido a la revista tener múltiples lectores, pero a la vez ataques gubernamentales e intentos de censura.⁶⁶

7.18. El proceso de selección del candidato oficial

Sin ningún rubor ni asomo de crítica, Terrance Williams elaboró para WSJ una nota, en la primavera de 1987, sobre la falta de democracia en el proceso sucesorio mexicano. Señaló que la gente común y corriente no tenía influencia alguna para decidir quién sería su presidente, pues «lo que resulta es producto de conspiraciones entre los suspirantes del juego». El peligro para todos radicaba en que el quinto año de gobierno solía ser notorio por su inestabilidad y populismo.⁶⁷

⁶⁵ George Grayson, "The Twilight of Don Fidel", WSJ, 5 de junio, 1987, p. 25.

⁶⁶ Matt Moffett, "A Leftist Mexican Weekly Tweaks Politicians Policies", WSJ, 29 de marzo, 1988, p. 26.

⁶⁷ Terrance Roth, "Mexico's Leader Enters Lame Duke Stage that Was Undoing of Two Presidents.", WSJ, 17 de marzo, 1987, p. 3.

Un reportaje de Walsh excepcionalmente crítico hacia el partido oficial y sus métodos, mencionó que el PRI estaba perdiendo poder desde hacía seis años y que por su intolerancia interna habían logrado aislar a los miembros de la Corriente Democrática hasta provocar una ruptura innecesaria. Según el especialista en México, Roderic Ai Camp, el PRI había desperdiciado una oportunidad de oro para cambiar, y ahora mostraba una fractura interna mayúscula. Desacreditaba el sistema de primarias ideado por el presidente De la Madrid, las cuales recordaban «a las de China, donde dan esperanzas y luego las aplastan». Acabó por calificar al proceso como una «dedocracia».⁶⁸

Para el verano de 1987 sorprendió a WSJ el regreso triunfal de Jesús Silva Herzog a la gracia presidencial. No se sabe por qué, pero especula que De la Madrid lo quería tener cerca para evitar que esa figura carismática se acercase a la amenazante Corriente Democrática. Este hecho es tomado como un indicador de la existencia de divisiones graves dentro del partido oficial.⁶⁹ Aun así, el diario financiero se congratuló por la estabilidad y el rumbo que mantenía el gobierno en su difícil quinto año.⁷⁰

Con respecto al juego interno del *tapado*, Mat Moffett se burla del método de selección tan secreto e incierto, donde se necesita un experto en tarot para saber quién va

⁶⁸ Una nueva nota del 18 de abril de 1987 vuelve a reforzar la misma tesis. Marie Williams Walsh, "Dissidents in the Mexican Ruling Party Demand it Behave More Democratically", WSJ, 8 de abril, 1987, p. 26.

⁶⁹ Marie Williams Walsh, "Mexico's Ex Finance Minister Reenters Political Spotlight after Fall from Grace", WSJ, 9 de julio, 1987, p. 12.

⁷⁰ David Asman, "Is the Mexican Recovery For Real", WSJ, 10 de septiembre, 1987, p. 32.

a ser el *bueno*.⁷¹ Nuevamente Marie Williams, con una nota clara y objetiva, cierra esta etapa del proceso, reportando la designación de Salinas como candidato priista y asegurando que esta vez «el candidato oficial no (tenía) asegurada la victoria», ya que el país estaba políticamente dividido. Refiere que los más molestos con la designación fueron los sindicatos, elementos centrales del propio partido en el poder.⁷²

7.19. El Partido Revolucionario Institucional

Las referencias directas hacia el partido oficial en la prensa conservadora son pocas pero negativas. Como siempre, la crítica más severa es de Williams, quien lo retrata como un partido extremadamente intolerante.⁷³ Las referencias al apoyo directo del gobierno a la campaña del PRI son constantes, aunque básicamente descriptivas y acriticas.⁷⁴ A cinco días de las elecciones definió al PRI como un refugio de caciques locales muy agresivos.⁷⁵ La opinión va de mal a peor, pues en la última nota preelectoral el diario hace notar que éste ganará gracias a «jefes políticos» antidemocráticos y corruptos como «El Rey de la Basura», título cargado de simbolismo. Se trataba de Rafael Gutiérrez, un pepenador que se hizo multimillonario controlando a su gremio y

⁷¹ Matt Moffett, "Mexico Eagerly Awaits Presidential Pick", WSJ, 24 de septiembre, 1987, p. 22.

⁷² Marie Williams Walsh, "Ruling Mexican Party Choice is Sign of More Mexican Austerity", WSJ, 5 de octubre, 1987, p. 19.

⁷³ El mejor ejemplo lo constituye Marie Williams Walsh, "Dissidents in the Mexican Ruling Party Demand it Behave More Democratically", WSJ, 8 de abril, 1988, p. 26.

⁷⁴ Matt Moffett, "The Son of Revered Mexican Politician Can't Win, But Populist Ideas Might", 19 de abril, 1988, p. 20.

⁷⁵ Matt Moffett, "Mexican's Convert as a Matter of Politics", WSJ, 1 de julio, 1988, p. 34.

que le brindaba al PRI miles de votos en una relación clientelar a cambio de servicios públicos y favores al líder.⁷⁶

Rompiendo con esta tendencia crítica, el 24 de junio apareció una nota que resultó una equivocación memorable. Dick Reavis explicó ampliamente por qué la clase media votaría por el PRI. Aclaró que, aunque estaba enojada por la crisis y que la norteamericana en condiciones similares ya hubiera estallado contra el gobierno, la mexicana no sólo no se rebelaría sino que lo refrendaría por tres razones. En primer lugar, como era «poco viajada», casi no sabía de alternativas. Además, era conservadora; aun cuando admiraba la prosperidad material de sus vecinos del norte, los consideraba promiscuos y drogadictos, y creía que sólo el PRI los podía salvar del contagio. Para terminar, los mexicanos eran conformistas, pues preferían «malo por conocido que bueno por conocer». Tres semanas después, esta nota un tanto racista quedaría en ridículo frente a los resultados.⁷⁷

7.20. La oposición en general

Con respecto a la Corriente Democrática, llama la atención que las primeras notas del diario fueron inusualmente positivas. Walsh los llamó «defensores de los pequeños»,

⁷⁶ Matt Moffett, "Mexican Ruling Party Wins Because of Men Like the Garbage King", WSJ, 30 de junio, 1988, p. 1.

⁷⁷ Dick J. Reavis, "Why The Mexican Middle Class Will Vote For PRI" WSJ, 24 de junio, 1988, p. 19.

es decir, de la militancia de base del PRI.⁷⁸ Después publicó otra nota donde señaló que su expulsión se debió a su naturaleza reformista.⁷⁹ No sorprende en cambio que la simpatía del rotativo conservador para con el PAN fuese creciente. Empezó por describir en varias notas su lucha contra el fraude perpetrado en la elección para gobernador en Chihuahua dos años antes, y terminó refiriéndose a su prestancia para encabezar la lucha contra un posible nuevo fraude. Desde esta perspectiva, en unas elecciones parejas y limpias, el PAN tendría posibilidades reales de ganar.⁸⁰

Para el conjunto opositor, *Business Week* sólo tuvo desdén. Señaló que ambos candidatos, el del PAN y el del FDN, sabían que no tenían posibilidad alguna de ganar, por lo que se podían dar el lujo de prometer todo a todos muy irresponsablemente. «Afortunadamente, Salinas sí tiene lo que México necesita en Los Pinos», concluyó.⁸¹

7.21. Carlos Salinas

En cambio, las notas sobre el candidato oficial aparecieron desde su designación. Williams lo describió como «el menos carismático de los seis precandidatos», pues era «bajo de estatura, calvo y ratón de biblioteca». Aseguró que era el candidato de los círculos financieros por lo que a los obreros les resultaba tan atractivo como «el

⁷⁸ Marie Williams Walsh, "Dissidents In Mexican Ruling Party Demand It Behave More Democratically.", *WSJ*, 8 de abril, 1987, p. 26.

⁷⁹ Marie Williams Walsh, "Mexico Ruling Party Woos Mistrustful State", *WSJ*, 27 de abril, 1988, p. 26.

⁸⁰ *Ibidem*.

⁸¹ Stephen Barker, "The Management of Growth in Mexico's North", *Business Week*, 6 de junio, 1988, p. 66.

rechinido de un gis en el pizarrón». Sin embargo, no dejó de reconocer que se trataba de un negociador hábil e inteligente.⁸² Esto lo confirmó, entre otros indicadores, por la euforia de la Bolsa de Valores tras su designación, pues en ella se lograron ganancias récord.⁸³

Business Week se mostró desde el inicio mucho más entusiasmado que WSJ con Salinas. Consideraba que su designación equivalía casi a una reelección de Miguel de la Madrid, puesto que seguiría su política económica. «Para banqueros e intelectuales Salinas es justamente lo que México necesita»; seguramente, ganaría la elección y continuaría impulsando proyectos que dieran confianza a los inversionistas mexicanos y externos.⁸⁴ Además del entusiasmo predecible, lo particular de esta nota es que según Setpen Barrer, Washington hubiese preferido a Manuel Bartlett por ser un político experimentado.

7.2.2. Cuauhtémoc Cárdenas

La atención al candidato opositor fue mucho más tardía. La primera mención directa de Cárdenas y su campaña no llegaron sino hasta abril de 1988. Matt Moffett señaló que, aunque con muy pocos recursos, la campaña era vigorosa y el público se

⁸² Marie Williams Walsh, "Ruling Mexican Party Choice is Sign of More Mexican Austerity", WSJ, 5 de octubre, 1987, p. 19.

⁸³ Shepard Barbash, "Mexican Share Prices is Seen Counting As Mexican Presidential Choice Pleases Investors.", WSJ, 12 de octubre, 1987, p. 27.

⁸⁴ Stephen Barker, "For De la Madrid Its Almost like Being Reelected", Business Week, 19 de octubre, 1987, p 23.

entusiasma mucho al ver al hijo del mítico general. Aclaró que no sólo no ganaría, sino que ni siquiera sería la segunda fuerza. Únicamente podía aspirar a una presencia importante en el Congreso.⁸⁵

7.23. La relación entre el candidato oficial y su partido

A partir del *destape* el 4 de octubre, WSJ dejó muy en claro que la relación entre el candidato designado y una buena parte de su partido era por demás tensa. Refirió con toda claridad el descontento abierto de Fidel Velásquez, sentimiento compartido por los sindicatos más importantes como el petrolero y el de los maestros.⁸⁶ No fue tan reiterativo como NYT en cuanto a que el PRI está dividido entre los viejos corruptos y modernizadores jóvenes y honestos encabezados por Salinas. Su opinión sobre el candidato tampoco fue tan buena como la de los liberales. Business Week coincidió en que Salinas significaba una división profunda dentro del PRI,⁸⁷ y sostuvo que para que éste lograra vencer las resistencias al cambio que existían tanto en la izquierda como en el ala dura del PRI, iba a necesitar de un importante refrendo en las urnas.⁸⁸

⁸⁵ Matt Moffett, "The Son of Revered Mexican Politician Can't Win, but Populist Ideas Might", 19 de abril, 1988, p. 20.

⁸⁶ Matt Moffett, "Labor Discontent Rock Mexican Politics.", WSJ, 5 de noviembre, 1987. Marie Williams Walsh, "Ruling Mexican Party Choice is Sign of More Mexican Austerity", WSJ, 5 de octubre, 1987, p. 19.

⁸⁷ Stephen Barker, "For De la Madrid Its Almost Like Being Reelected", Business Week, 19 de octubre, 1987.

⁸⁸ Stephen Barker, "The Management of Growth in Mexico's North", Business Week, 6 de junio, 1988, p. 66.

7.24. La situación económica

En contraste con la prensa liberal, en la conservadora la crisis económica mexicana apareció sólo como referencia en algunas notas, con la finalidad de subrayar algunas de sus obvias implicaciones sobre el proceso político para el gobierno y la oposición.⁸⁹ Pero el desconcierto del diario neoyorquino es claro después de la devaluación sorpresiva a mediados de noviembre de 1987. Con ella, aseguró, se había minado la confianza en la posibilidad de la recuperación económica y en el presidente. La crisis había sido mal manejada y una bomba para la credibilidad del gobierno en un momento crítico.⁹⁰ Consideró devastador su impacto económico y político, pues tres semanas después WSJ destacó el malestar de los trabajadores ante el costosísimo error en la conducción de la política monetaria, incluso Fidel Velásquez hablaba de una posible huelga general.⁹¹

En una columna inusual en este diario conservador, Sergio Aguayo señaló que la salida a la crisis mexicana no estaba en las privatizaciones y la apertura drástica de las fronteras a las importaciones. Como desde hacía décadas el gobierno protegía a la iniciativa privada, ésta se había desarrollado llena de ineficiencias que le impedían competir en el mercado global, además de estar irremediamente coludida con el

⁸⁹ La crisis se traduce en desempleo e inflación para las mayorías, las cuales sobreviven con grandes esfuerzos. Matt Moffett, "More Mexicans Face Black Christmas As Austerity Impact Begins To Sink In", WSJ, 21 de diciembre, 1987, p. 17.

⁹⁰ El título de la nota de Matt Moffett es contundente: "Mexico's Decision to Let the Peso Slide Destroys Confidence in Nations Leader", WSJ, 25 de noviembre, 1987, p. 11. Business Week coincide con este análisis: Stephan Baker, "The Debtors Revolt Is Spreading in Latin America", Business Week, 28 de octubre, 1987, pp. 88-90.

⁹¹ Matt Moffett, "Mexican's Unions Plan Showdown on Price Surge", WSJ, 11 de diciembre, 1987, p. 21.

PRI.⁹² *Business Week* se manifestó en desacuerdo y el 9 de mayo de 1988 festejó que el gobierno hubiese podido poner a la venta a Aeroméxico, lo cual significaba una victoria del grupo salinista sobre sus enemigos tradicionalistas dentro del sistema.⁹³

La devaluación del peso en noviembre de 1987 complicó más el panorama para el partido oficial. La gente estaba cada vez más irritada, lo que repercutía en la candidatura oficial. En Mazatlán, por ejemplo, el público había increpado a Salinas por la «inseguridad, inflación y pobreza» que azotaba al país. A pesar de todo, el PRI iba a ganar, pero sólo gracias al respaldo de la maquinaria del Estado y no al candidato.⁹⁴ Para el 22 de febrero, *WSJ* reportó el éxito inmediato del Pacto de Solidaridad Económica para detener la inflación, y aclaró que en el fondo del acuerdo estaba la necesidad urgente por parte del gobierno de ayudar a su candidato en medio de un ambiente de enojo generalizado.⁹⁵

Con respecto al futuro económico, *Business Week* se mostró optimista. Un mes antes de las elecciones remarcó el dinamismo económico del norte del país: «La euforia que aquí se vive hace recordar a California durante la fiebre del oro de 1849.» Para ayudar a que todo México fuese igual, el gobierno estaba invirtiendo fuertemente en

⁹² Sergio Aguayo, "Behind the Public Profile of the Mexican Privat Sector", *WSJ*, 18 de diciembre, 1987, p. 23.

⁹³ Stephen Barker, "Aeroméxico Bankruptcy", *Business Week*, 9 de mayo, 1988, pp. 48-49.

⁹⁴ Matt Moffett, "Mexican Aids Estimate Result of Debt Plan", *WSJ*, 6 de enero, 1988, p. 25.

⁹⁵ Matt Moffett, "Mexico's Plan to Tie Wages to Inflation Arouses Ire in both Business and Labor", *WSJ*, 22 de febrero, 1988, p. 18.

infraestructura. La conclusión era obvia: con Salinas, seguro ganador de las elecciones, todo México iba a ser como el norte.⁹⁶

7.25. La campaña

WSJ reportó que la campaña electoral tuvo un despegue difícil para el candidato oficial. La crisis económica aguda y estructural tenía a la población muy descontenta con el gobierno; además, sectores importantes del PRI recibieron mal la designación de Salinas. Como consecuencia, la izquierda se había fortalecido y el escenario se complicaba como pocas veces.⁹⁷ En la primavera el diario aseguró que el PRI volvería a ganar, ya que el gobierno estaba invirtiendo recursos importantes y aplicando políticas, como el Pacto de Solidaridad Económica, para favorecer a su candidato. Lo que estaba realmente en duda era el margen de la victoria salinista.⁹⁸

Business Week consideró que, a pesar de la importancia sin precedentes que tenían ya las oposiciones de derecha y de izquierda, Salinas no podía perder, simplemente gracias a que atrás de él estaban todos los recursos oficiales. Esta simbiosis PRI-gobierno no les parecía mal o anormal, sino un simple hecho dado.

⁹⁶ Stephen Barker, "The Management of Growth in Mexico's North", Business Week, 6 de junio, 1988, p. 66.

⁹⁷ Matt Moffett, "Labor Discontent Rock Mexican Politics", WSJ, 5 de noviembre, 1987.

⁹⁸ Matt Moffett, "Anti Inflation Plan in Mexico is Seen Aiding Ruling Party", 6 de abril, 1988, p. 20.

7.26. El fraude electoral

La falta de limpieza electoral fue señalada parcialmente por WSJ Marie Williams Walsh habló del «fraude patriótico» de Chihuahua en 1986 con el fin de ilustrar la verdadera naturaleza del proceso político mexicano y de lo que se era capaz para conservarlo. Sorprende que tras ese análisis, mantuviera la caracterización como demócrata, de alguien que podría ganar gracias a un fraude.⁹⁹

A pesar de reconocer que en México la crisis económica era estructural y recurrente, e impopular el candidato oficial, el diario se expresó confiado en que las próximas elecciones serían limpias. Decía creer en las intenciones democráticas de Salinas, pero desconfiaba de su capacidad para controlar al aparato de un partido tan propenso al fraude.¹⁰⁰ Business Week, en cambio, aparecía convencido de que la promesa salinista de respetar los resultados electorales era seria, y no preveía mayor problema.¹⁰¹

En contraste con la posición anterior, Moffett había reflexionado, desde abril de 1988, que el PRI finalmente iba a triunfar, pero sólo gracias al apoyo del gobierno PRI «y a su capacidad para rellenar urnas». El misterio no radica en si habría fraude —lo daba por hecho—, sino en su magnitud y en el margen de la victoria. En esa nota, para poner un ejemplo reciente, apareció un recuento amplio y detallado de las tácticas de

⁹⁹ Marie Williams Walsh, "Mexico's Ruling Party Woos Mistrustful State", WSJ, 27 de abril, 1988, p. 26.

¹⁰⁰ Matt Moffett, "Mexican Aids Estimate Result of Debt Plan", The Wall Street Journal, 6 de enero, 1988, p. 25.

¹⁰¹ Stephen Baker, "For Mexico's New President an Old Problem: The Creaky Economy", Business Week, 4 de julio, 1988, pp. 46-47.

acarreo y fraude que había usado el PRI en Chihuahua.¹⁰² Esta idea de que era inevitable la refrendó en mayo en un reportaje sobre las tácticas con que los panistas buscaban contrarrestar la ilegalidad inevitable. En su simpatía por el panismo, Moffett sostenía que, si las elecciones y el proceso fuesen equitativos y limpios, «el PAN tendría posibilidades reales de ganar».¹⁰³

7.27. El comunismo

Una nota que rompió con el tono de todas las anteriores apareció el 3 de julio de 1987. Cargado de ira y supuestos infundados, el periodista, al más puro estilo del anticomunismo extremo, denunció la manipulación que sobre México ejercían Moscú y Managua para conseguir petróleo barato para Nicaragua. La paranoia de una infiltración comunista en México aún sobrevivía a mediados de 1987, aunque, finalmente, no sería el factor que coloreara el análisis.¹⁰⁴

En conclusión, en este capítulo se puede observar cómo la prensa liberal y la conservadora, ésta en menor medida, estaban entusiasmadas con el candidato oficial. Con la notable excepción de la reportera Marie Williams Walsh, de *The Wall Street Journal*, los demás corresponsales trataban de ignorar los antecedentes autoritarios del

¹⁰² Matt Moffett, "Mexican Ruling Party Can't Lose, But Campaigns Hard", *WSJ*, 19 de abril, 1988, p. 20.

¹⁰³ Matt Moffett, "Mexican Opposition's Filipino Advisers Help It Battle Entrenched Ruling Party", *WSJ*, 10 de mayo de 1988, p. 43.

¹⁰⁴ Douglas Pine, "With Soviet Nod, Mexico Gushes Over Nicaragua", *WSJ*, 3 de julio, 1987, p. 13.

rtido que abanderaba a Salinas, y la forma antidemocrática en el que éste fue designado. Aquí queda claro que, salvo excepciones, la democracia que tanto exaltaban el gobierno y los medios norteamericanos a finales de la década de 1980, no aplicaba a México, y menos cuando la estabilidad política y la continuidad de las reformas liberales estaban en riesgo.

8. EL PROCESO POSTELECTORAL MEXICANO DE 1988 EN LA PRENSA NORTEAMERICANA

8.1. La visión liberal

Para Aguayo (1996: 276-281) las elecciones federales de 1988 se caracterizaron por la inequidad y el fraude; no cumplieron con los criterios mínimos de confiabilidad. Pese a ello, Estados Unidos hizo todo lo posible para legitimar a Carlos Salinas, pues, según ellos, y pese a todo, con él México avanzaba hacia la democracia. El autor critica, con cierta indignación que comparto, que la prensa norteamericana, e incluso corresponsales tan serios como Alan Riding, apoyaran a Salinas bajo el argumento de que él era el principal afectado por las irregularidades cometidas por la vieja guardia priísta. Como se verá en las siguientes páginas, esta evaluación resulta parcial. Aunque existieron corresponsales muy críticos a Salinas que no compartían esta visión, como Marie Williams Walsh, de *The Wall Street Journal*, o ciertos reportajes de *Newsweek*, en su gran mayoría la prensa sí resultó muy parcial a favor de Salinas y, por lo tanto, a favor del fraude.

8.1.1. *La jornada electoral*

El 6 de julio de 1988 en NYT Alan Riding —entonces corresponsal en Brasil, pero con muchos años de experiencia en México, a donde había sido enviado por su periódico a reforzar el equipo que cubría las elecciones presidenciales— escribió una columna

muy crítica a raíz de los asesinatos de los dos colaboradores de Cárdenas, Ovando y Gil. Desde su punto de vista, los hechos apuntaban hacia un crimen de Estado más que a un simple homicidio. Para Riding (1985) —quien años atrás había escrito una obra muy crítica de la estructura de poder en el México postrevolucionario—, lo más probable era que el viejo PRI estuviera detrás de los asesinatos, y subrayaba que no era mera coincidencia la poca cobertura que medios como Excelsior y Televisa habían dado a un asunto tan significativo. Finalmente, para el corresponsal existían evidencias de un posible fraude en Michoacán, donde se habían encontrado boletas ya cruzadas en favor del PRI.¹ Riding, que observó la elección en un pequeño pueblo de ese estado, reportó que la afluencia a las urnas había sido «sorprendente» y que la población se había mantenido alerta para evitar un fraude contra el popular Cuauhtémoc Cárdenas.²

El día anterior, el corresponsal residente de NYT, Larry Rohter, informó que los comicios serían marcarían una línea divisoria en México, por ser las más competidas en la historia política moderna. Rohter repetía la idea de que Salinas estaba comprometido con la limpieza electoral, aunque no así su partido; de ahí que el reto del candidato oficial era ganar con un margen lo suficientemente estrecho como para evitar un cuestionamiento a su legitimidad, pero no tan holgado como para despertar sospechas.³

Tras la elección, Riding describió lo ocurrido el 6 de julio —una elección que finalmente quedaba bajo sospecha— como la culminación lógica de un largo proceso de

¹ Alan Riding, "A Funeral Marks The Eve of The Election" NYT, 6 de julio, 1988, p. 3.

² Alan Riding, "In A Mexican Village, Wary Voters", NYT, 7 de julio, 1988, p. 8.

³ Larry Rohter, "Mexicans Will Vote Today, Calling the Elections a Watershed", NYT, 6 de julio, 1988, p. 3.

decadencia del sistema político mexicano, derivada de la corrupción, la crisis económica y las divisiones dentro del partido gobernante. La política en México ya nunca sería igual.⁴

8.1.2. *El fraude electoral*

El vuelco que dio Newsweek con respecto a su posición en la etapa preelectoral resultó dramático, puesto que, de los cuatro medios aquí analizados, pasó de ser el medio más salinista al crítico sistemático más incisivo con respecto al sistema político en general y a su candidato en particular. Para el corresponsal Starsky McGuire, el PRI se había declarado victorioso a la vieja usanza: sin el respaldo de los votos. Como los resultados oficiales habían tardado días, pasara lo que pasase, ya nadie creería en las cifras que el gobierno diera. Para él, había tenido lugar un fraude, pero matizaba su opinión citando a Jorge Castañeda, para quien «esta elección fue la más limpia bajo estándares mexicanos». Sin embargo, para el corresponsal «el sistema no se cayó, lo tiraron»; citando a un priísta cuyo nombre no reveló, «el problema no tuvo nada que ver con las computadoras». Concluyó con una supuesta paradoja que la prensa norteamericana habría de subrayar una y otra vez: que Salinas, el candidato de la

⁴ Alan Riding, "When The Bubble Bursts for The Mexican Rulers" NYT, 9 de julio, 1988, p. 5.

modernidad, había triunfado gracias a sus supuestos enemigos, los elementos más corruptos y tradicionalistas del PRI.⁵

Para cuando salió la siguiente edición de la revista, el corresponsal ya había viajado al estado de Guerrero, uno de los lugares donde el fraude fue más obvio; desde ahí reportó la quema de boletas electorales y de resultados que iban contra todo patrón lógico. Terminó concluyendo que las elecciones ya habían experimentado «el típico proceso de alquimia mexicana». Una semana después, Castañeda rectificó su opinión inicial y afirmó que el fraude «ocurrió después del 6 de julio y fue masivo». El corresponsal aclaró que no se sabía si el partido oficial había ignorado los llamados de su candidato en pro de unas elecciones limpias, o si éste había cedido ante los duros y terminado por avalar lo ocurrido. Ahora, el nuevo presidente, al ganar con fraude, había perdido su legitimidad.⁶

Esa postura de clara denuncia de Newsweek sobre lo ocurrido en México habría de continuar por las siguientes tres semanas. En una nota titulada «El levantamiento en Guerrero», el corresponsal relató que, al menos ahí, el fraude electoral había sido masivo y que una buena parte de la población estaba «en pie de guerra». Atinadamente señaló que la protesta que ocurriera se podía calificar como «autodefensa» y no de revolución, porque «México no es El Salvador». Después de detallar pruebas sobre alteraciones de actas, afirmó que «la pregunta central no es si hubo o no fraude, sino qué tan profundo

⁵ Este es, sin duda, una de las notas más claras sobre el fraude electoral. El corresponsal no pone en duda el hecho; lo que no sabe decir es la profundidad que tuvo. Starsky McGuire, "Mexico's Election Shock", Newsweek, 18 de julio, 1988, pp. 8-10.

⁶ Starsky McGuire, "We Are Not Peaces of Paper", Newsweek, 25 de julio, 1988, p. 8.

fue».⁷ El corresponsal llegó a la conclusión de que al final, gracias a todas sus mañas y recursos, el partido de Estado se iba a imponer, pero que el estigma de fraudulento ya no se lo iba a poder quitar. Incluso dio a entender que Salinas quizá no era víctima, sino victimario e instigador de esa ilegitimidad.⁸ Hasta la última nota antes de la toma de posesión del nuevo presidente, el semanario señaló que era del conocimiento público que Salinas había ganado gracias al fraude masivo, pero que tanto Estados Unidos como Europa y América Latina estaban dispuestos a apoyarlo por así convenir a sus intereses. En cualquier caso, el nuevo presidente iniciaba su gestión en un contexto de inestabilidad y necesitaba de logros rápidos y muy visibles para sobrevivir.⁹

NYT empezó documentando la existencia del fraude. Al día siguiente de la elección, Rohter interpretó la caída del sistema como una maniobra gubernamental para alterar los resultados electorales e, incluso, afirmó que, en unos comicios con equidad, probablemente Salinas no hubiera ganado.¹⁰ Dos días después, de las páginas del diario se desprendía con claridad la existencia de un fraude, pero, al contrario de lo que ocurría con el semanario, éste, en voz de Alan Riding, repitió la idea de que Salinas era la víctima, ya que aunque lo intentó, no había logrado detener al viejo PRI que buscaba el carro completo.¹¹ Esta tesis de que los malos eran los segundones, los corruptos del pasado, y que Salinas mismo era el apóstol del cambio y del progreso, víctima de la

⁷ Starsky McGuire, "The Uprising in Guerrero", Newsweek, 1 de agosto, 1988, p. 16.

⁸ Starsky McGuire, "They Are Getting Tough", Newsweek, 12 de septiembre, 1988, p. 17.

⁹ Starsky McGuire, "Thunder at Dawn", Newsweek, 5 de diciembre, 1988, p. 17.

¹⁰ Larry Rohter, "Stiff Setback Seen For Ruling Party In Mexico", NYT, 8 de julio, 1988, pp. 1,2. Larry Rohter, "How 3 Can Win In Mexico", NYT, 14 de julio, 1988, p. 28.

¹¹ "Mexico Shatter a Monolith", NYT, 9 de julio, 1988, p. 26. Alan Riding, "Mexican Vote, Turning Point in a Changing Nation", The New York Times, 8 de julio, 1988, p. 9.

maldad de su propio partido, se repetiría muchas veces más, incluso citando a panistas de vieja cepa.¹²

Para el 9 de julio, la postura de Rohter ya era un tanto distinta. Reportaba en NYT, sin añadir juicio propio, que para la oposición la caída del sistema de cómputo revelaba la existencia de un fraude; para las autoridades, en cambio, se trataba de un simple problema técnico. Al día siguiente sostendría la misma versión.¹³ Esta posición cambió un tanto el 12 de julio, cuando Salinas fue declarado el ganador oficial, pues entonces decidió hacer un recuento de distritos sospechosos, es decir, aquellos cuyos resultados eran simplemente imposibles por absurdos.¹⁴ El 11 de julio, Riding alegó que el fraude había sido real pero que no había aún resultados oficiales porque dentro del gobierno no se ponían de acuerdo entre carro completo o victoria estrecha; «incluso algunos afirman que Cárdenas ganó», asegura. En cualquier caso, sólo ponía en duda la magnitud del fraude. Se reportó el silencio del presidente como falta de liderazgo en momentos críticos y se aseguró que el ejército mantendría su neutralidad.¹⁵ Tres días después, el analista elaboró una columna muy bien documentada con las evidencias del fraude.¹⁶ A pesar de todas las demostraciones de ilegitimidad electoral, el periódico fue realista al

¹² Luis Felipe Bravo Mena sostenía la teoría de que «Salinas había sido la víctima de una gigantesca traición por parte del ala dura de su partido». Matt Moffett, "Mexicans Protest Delay In The Results Of The Election", NYT, 11 de julio, 1988, pp. 1, 16.

¹³ Larry Rohter, "Electoral Panel Prolongs Delay In Mexico's Tally", NYT, 9 de julio, 1988, pp. A1,9; y "Opposition Leader Claims Victory in Mexico's Voting", NYT, 10 de julio, 1988, pp. 1,15.

¹⁴ Larry Rohter, "Mexican Ruling Party Candidate Leading in First Official Returns", NYT, 12 de julio, 1988, pp. 1, 13.

¹⁵ Alan Riding, "Infighting Erupts in Mexican Ruling Party", NYT, 11 de julio, 1988, p. 1,6.

¹⁶ En ella describe cómo el PRI le ponía un uno delante de la cifra de votos obtenida en las actas electorales. Así, 55 votos se convertían en 155. Alan Riding, "Alchemy Taints Votes In Mexican Country Side", NYT, 14 de julio, 1988, pp. 1,7.

afirmar que el gobierno norteamericano seguía comprometido en apoyar al ganador oficial. Así lo demostraba el préstamo que Washington había extendido a su vecino del sur por 3.5 billones de dólares.¹⁷

8.1.3. *Carlos Salinas y el Partido Revolucionario Institucional*

No obstante la importancia de las irregularidades en el proceso electoral, Salinas siguió siendo caracterizado por NYT como un modernizador. El diario neoyorquino sostuvo la idea que ya había elaborado desde antes del 6 de julio: Salinas era víctima y no victimario; que el candidato oficial, no la oposición, resultaba el principal damnificado de las innegables maniobras ilegales de su partido. Ahora bien, tras un proceso electoral con tantas irregularidades, el modernizador había perdido legitimidad, lo cual iba a complicar su proyecto de cambio. Sin embargo, había un lado positivo: Salinas y su equipo tenían ahora la posibilidad —y justificación— para llevar al partido oficial hacia la modernidad.¹⁸ Esta idea no sólo la expresaban los corresponsales de NYT, sino también alguien muy cercano al periódico, el columnista Jorge Castañeda.¹⁹

¹⁷ Larry Rohter, "Mexican Chiefs Long Visit of Woes", NYT, 30 de noviembre, 1988, p. D1.

¹⁸ Larry Rohter, "Mexican Victor Urges Party to Adapt to New Challenge", NYT, 15 de julio, 1988, p. 3.

¹⁹ Alan Riding, "Mexican Vote, Turning Point in a Changing Nation", NYT, 8 de julio, 1988, pp. 9. Alan Riding, "When The Bubble Bursts for The Mexican Rulers", NYT, 9 de julio, 1988, p. 5. Jorge Castañeda, "A Silver Lining in Mexican Election", NYT, 13 de Julio, 1988, p. 25.

Newsweek, en cambio, ya no estaba tan seguro de que Salinas no tuviera nada que ver con el fraude.²⁰ En contraste, para respaldar la idea de que en los días posteriores a la elección, el enfrentamiento entre los modernizadores (los salinistas) y los duros del PRI (el resto del aparato) se había recrudecido, Riding citó a un priista anónimo que atribuyó la tardanza en hacer públicos los resultados a un desacuerdo entre ambas facciones. Los viejos querían el tradicional carro completo, en tanto que los modernos, una victoria estrecha. Era, se aseguró, una lucha de poder entre el pasado y el futuro; de ahí la conclusión de que Salinas era el Gorbachov mexicano.²¹ Ya declarado ganador, NYT consideró indispensable que Salinas mostrara logros importantes y notorios en un plazo relativamente corto. Estos objetivos eran a la vez indispensables y difíciles de lograr por su falta de legitimidad, debilidad y la supuesta pugna interna en el aparato de poder.²²

Bajo una lógica un tanto rebuscada, a diez días de la nueva administración, el corresponsal del diario insistió en su vieja tesis: que el nuevo presidente lo era gracias a un fraude perpetrado ¡por sus enemigos! Pero una vez en Los Pinos, como modernizador convencido que era, el egresado de Harvard iba a desterrar a los *dinosaurios* que tanto daño causaban.²³ Esta interpretación quedó en entredicho con la conformación del gabinete, pues incluía a dinosaurios notorios: Fernando Gutiérrez Barrios, famoso

²⁰ Starsky McGuire, "We Are Not Peaces Of Paper", Newsweek, 25 de julio, 1988, p. 8. Starsky McGuire, "The Uprising in Guerrero", Newsweek, 1 de agosto, 1988, p. 16.

²¹ Alan Riding, "Infighting Erupts in Mexican Ruling Party", NYT, 11 de julio, 1988, p. 1.6.

²² Larry Rohter, "Mexico Divided: Salinas Steps Up with Resolve and Insecurity", NYT, 15 de septiembre, 1988, p. 19.

²³ Larry Rohter, "Can He Save Mexico", NYT, 20 de noviembre, 1988, p. 37.

represor, y Manuel Bartlett, supuesto autor del fraude que tanto afectaba a los modernizadores.²⁴

8.1.4. *La evaluación de la democracia y del sistema político mexicano*

Es especialmente significativo el análisis global que realizaron estos medios de comunicación de la estructura de poder imperante. Dos días después de las elecciones, Riding celebró que por fin el sistema político mexicano, como se le conocía, se había acabado. Aunque el fraude había tenido lugar, el nuevo presidente estaba preparado y dispuesto a adaptarse a la nueva realidad plural y desterrar del círculo de poder a sus enemigos: los elementos corruptos del partido. El corresponsal destacó la supuesta paradoja de que el voto de castigo lo hubiera sufrido el candidato más comprometido con la modernización.²⁵ Al día siguiente volvió a subrayar esta esperanza.²⁶

Rohter percibió las cosas de forma parecida, pero temía que Salinas buscara un acuerdo con la izquierda y aflojara el paso de las reformas.²⁷ Con cierto asombro, pero sin burla, informó de la aparición de un personaje extraño en la escena política mexicana: «Súper Barrio». Se trataba de un enmascarado, vestido de luchador y dispuesto a defender a los inquilinos desprotegidos. Lo relevante era que reflejaba la profunda crisis

²⁴ Larry Rohter, "Mexican Leader Takes over Today", NYT, 1 de diciembre, 1988, p. 3. "The Pressures On President Salinas", NYT, 1 de diciembre, 1988, p. 34.

²⁵ Alan Riding, "Mexican Vote, Turning Point in a Changing Nation", NYT, 8 de julio, 1988, pp. 9.

²⁶ "Mexico Shatters a Monolith", NYT, 9 de julio, 1988, p. 26.

²⁷ Larry Rohter, "Mexican Voters Taste Pleasures of Pluralism", NYT, 10 de julio, 1988, p. D6.

del sistema, puesto que una sociedad sólo podía engendrar personajes de ese tipo en momentos de falta de liderazgo y fracaso de las instituciones.²⁸ Otro indicador del mismo fenómeno —ruptura con el pasado y crisis— fue la manera escandalosa con que la oposición intentó evitar que la antes siempre sumisa Cámara de Diputados aprobara la elección presidencial, y, una vez lograda, cómo recibió el último informe del presidente saliente.²⁹ Newsweek describió lo ocurrido en el Congreso como un episodio de «caos y pesadilla» para De la Madrid.³⁰

Para ambas publicaciones el caso particular de las elecciones de gobernador en Tabasco iba a ser una nueva prueba para la estructura de poder, pues aclararía si seguiría el fraude o si empezaría a transitar por un camino democrático.³¹ Pero ninguna le dio seguimiento. Al final ambas optaron por no ir a fondo en su observación sobre los obstáculos a la democracia.

En octubre, NYT aprovechó el vigésimo aniversario de la matanza de Tlatelolco para explorar el momento en que se inició la decadencia del sistema político mexicano. Lo consideró un golpe brutal a la sociedad, donde se había roto un acuerdo tácito entre ella y el sistema, ruptura de la cual este aún no se había repuesto. La matanza aparecía como el antecedente directo del cataclismo electoral del 6 de julio. El reto de Salinas,

²⁸ Larry Rohter, "The Poor Man's Superman, Scrooge of Landlords", NYT, 15 de agosto, 1988, p. 18.

²⁹ Larry Rohter, "Mexican Opposition Moves to Abort Victory", NYT, 15 de agosto, 1988, p. 5. Larry Rohter, "Mexicans See Tumult Come to Congress", NYT, 25 de agosto, 1988, p. 6. Larry Rohter, "Leader Boomed In Mexican Congress", NYT, 2 de septiembre, 1988, p. A5. Larry Rohter, "In Stormy Sessions Congress Certify President-Elect", NYT, 11 de septiembre, 1988, p. 10.

³⁰ Starsky McGuire, "They Are Getting Tough", Newsweek, 12 de septiembre, 1988, p. 17.

³¹ Starsky McGuire, "A Test of Credibility", Newsweek, 14 de noviembre, 1988, p. 30. Larry Rohter, "Recipe For Mexico? Politics with Paper Added", NYT, 24 de octubre, 1988, p. 10.

aseguró el diario, era el de «un hombre comprometido con el cambio» que debía reestablecer la alianza con la sociedad mediante la reestructuración el desacreditado partido oficial.³²

8.1.5. *Los medios de comunicación mexicanos*

Las críticas a los medios de comunicación en nuestro país fueron más sistemáticas por parte de la prensa liberal estadounidense. La primera provino de Riding, quien insinuó una cierta complicidad de Excelsior y Televisa en los asesinatos de Ovando y Gil, al no darles la importancia que merecían.³³ Adolfo Aguilar Zinser recuerda cómo Emilio Azcárraga y Miguel Alemán, «los soldados del presidente», pasaron de ignorar a Cárdenas y Clouthier a llamarlos comunistas y fascistas. Detrás de la parcialidad electrónica estaba, básicamente, el miedo a una posible expropiación si ganaba la oposición. Pero, a cambio de esa lealtad al PRI, la cadena televisora perdió credibilidad y parte del poco prestigio que le quedaba.³⁴

Dos semanas después, Rohter elaboró una nota en el mismo tono, en que denunció la parcialidad de todos los medios por el partido oficial, con excepción de El Norte, de Monterrey, y Proceso. Ello se consolidaba con la dependencia de la prensa hacia el

³² Larry Rohter, "20 Years after Massacre, Mexicans Steel Seek Healing for Its Wounds", NYT, 2 de octubre, 1988, p. 5. Larry Rohter, "Mexican Leader Takes Over Today", NYT, 1 de diciembre, 1988, p. 3.

³³ Alan Riding, "A Funeral Marks The Eve of The Election", NYT, 6 de julio, 1988, p. 3.

³⁴ Adolfo Aguilar Zinser, "Mexico's Acrimonious T.V. Network Loses its Sting", WSJ, 19 de agosto, 1988, p. 22.

gobierno en la medida en que era éste quién vendía el papel a la prensa, compraba publicidad y sobornaba a los periodistas.³⁵ En su opinión, El Norte era el periódico más independiente de México. El gobierno lo detestaba en particular por haber logrado infiltrar a una brigada de priistas encargada de rellenar urnas el día de las elecciones, y por publicar datos de casillas donde habían aparecido más votos por el PRI que electores registrados.³⁶

A más de un mes de la elección, Rohter reportó con asombro que el mismísimo presidente De la Madrid había pedido a Televisa eliminar los últimos treinta capítulos de una telenovela con contenido político. Así, desaparecieron de *Senda de Gloria* toda la parte que aludía al cardenismo. El gobierno mexicano se encontraba en una situación tal, que era capaz de llegar a extremos ridículos para tratar de negar al padre de su peor enemigo.³⁷ En una continuación sobre el tema, tratado de manera indirecta, NYT publicó un reportaje sobre una obra de teatro de Vicente Leñero. Bajo el título *Nadie sabe nada*, el autor pintó, y el corresponsal describió a detalle, «una trama irreverente que ponía al descubierto la relación corrupta y de complicidades entre la prensa y el gobierno».³⁸

³⁵ Rohter cita como ejemplo de parcialidad absurda el caso del diario capitalino Impacto, que desde las 6 de la mañana del 6 de julio publicó en primera plana que Salinas había ganado por margen amplio en una jornada tranquila. Larry Rohter, "To Many Mexican Press is Meek", NYT, 16 de julio, 1988, p. 6.

³⁶ Joseph Treaster, "...But At One Paper, At Least, The Reporters Rake The Mock", NYT, 16 de julio, 1988, p. 16.

³⁷ Larry Rohter, "That Was The Mexican Revolution That Was ... Or Was It?", NYT, 14 de agosto, 1988, p. 14.

³⁸ Larry Rohter, "A New Play Dissects Mexican Press, And its not Pretty", NYT, 28 de agosto, 1988, p. 37.

8.1.6. *Cuauhtémoc Cárdenas y el Frente Democrático Nacional*

La percepción del semanario Newsweek sobre el candidato de oposición de izquierda, Cuauhtémoc Cárdenas, cambió radicalmente poco después de la jornada electoral. Señaló que los resultados obtenidos por él y su coalición resultaban «sorprendentes» y que superaban incluso los cálculos más optimistas. A dos semanas de la jornada, una entrevista le permitió a Cárdenas denunciar con toda claridad el fraude del que había sido objeto. Pero esto no fue la principal preocupación para McGuire, sino discernir hasta donde estaba dispuesto a llegar este personaje insólito en su lucha postelectoral.³⁹

Para NYT, en voz de Steven Erlanger, Cárdenas encarnaba la rebelión de un miembro de la elite en contra de un sistema que le había favorecido en el pasado, pero ya no. El nombre y apellido del líder opositor despertaban la nostalgia pública, algo muy redituable en momentos de crisis prolongadas y profundas. Al igual que WSJ antes de la jornada, el autor vinculó a Cárdenas con el comunismo internacional por la vía de las amistades de su padre, quien en 1955 había recibido el premio Stalin de la Paz.⁴⁰ En suma: una vez más la Guerra Fría como justificación del fraude a la izquierda mexicana.

Con un tono mucho más suave e imparcial, Rohter reportó una marcha multitudinaria y pacífica en la capital mexicana, en protesta por el resultado y la

³⁹ Starsky McGuire, "Mexico's Election Shock", Newsweek, 18 de julio, 1988. pp. 8-10. Starsky McGuire, "We Are Not Peaces Of Paper", Newsweek, 25 de julio, 1988, p. 8. Y una entrevista, "The Will Of The People Violated", Newsweek, 25 de julio, 1988, p. 48.

⁴⁰ Steven Erlanger, "A Modern Day Rebel With A Historical Name", NYT, 11 de julio, 1988, p. 6.

suciedad de las elecciones. Ello le permitió insistir en la campaña postelectoral del candidato de la izquierda y la gran aceptación de que gozaba.⁴¹ Para octubre los problemas dentro del FDN eran cada vez más claros: la heterogénea coalición se estaba resquebrajando, pues más de uno no estuvo dispuesto a unirse al proyecto cardenista para formar un nuevo partido que aglutinara a una izquierda amplia. Además, el gobierno los atacaba duramente desde varios frentes, incluyendo la acusación de que los opositores eran oportunistas que formaban parte de una conspiración comunista de Moscú para apoderarse de México.⁴² Una semana después, NYT se refirió en un desplegado, misterioso y mal redactado, publicado en varios periódicos importantes de Estados Unidos que alertaba sobre un inminente golpe comunista en México encabezado por Cárdenas.⁴³ Una vez más, triunfó el viejo tono de la confrontación este-oeste.

8.1.7. *La lucha postelectoral*

El día posterior a la elección, estaba claro que ese proceso iba más allá de la cita con las urnas. Riding reportó una afluencia inusitada en Michoacán; para Rohter, la caída del sistema era la prueba clara de que a la oposición le había ido mucho mejor de lo previsto. Citó a Porfirio Muñoz Ledo en su interpretación de las elecciones como un

⁴¹Larry Rohter, "20 000 in Mexican Capital Protest Vote Count", NYT, 17 de julio, 1988, p. 5, y "New Campaign Begins After Mexico Election", NYT, 22 de julio, 1988, p. 5.

⁴²Larry Rohter, "Mexicans In Opposition Are Finding Unity Elusive", NYT, 22 de octubre, 1988, p. 10.

⁴³Clayde Farnsworth, "Add About Turmoil In Mexico Seeds Mystery In Washington", NYT, 31 de octubre, 1988, p. 16.

referendo que el PRI había perdido.⁴⁴ Para Riding, la oposición y, en particular, Cárdenas habían logrado canalizar el descontento contra años de abusos, corrupción y crisis.⁴⁵

Para el 13 de julio, NYT detectó un cambio de actitud predecible en la alianza opositora. Los partidos que la conformaban parecían ya no buscar la destrucción misma del sistema político, sino adaptarse a las nuevas condiciones y ventajas resultantes de la elección.⁴⁶ Una amenaza nueva los acechaba: como Salinas no estaba seguro de contar con el apoyo de todos diputados priistas para ratificar su victoria en el Congreso, iba a tratar de cooptar a los opositores menos comprometidos o más oportunistas, como los del PARM.⁴⁷ El periódico no se equivocó en su pronóstico.

8.1.8. *La situación económica*

Para Rohter, la crisis y la reestructuración económicas, y no la corrupción e ineficiencia del gobierno, fueron la causa principal que despertó el enojo de la ciudadanía y el voto de castigo contra el PRI. Pero, justo por eso, Salinas era quién podía darle al país la respuesta y viabilidad de largo plazo, y disminuir así a la oposición a límites aceptables.⁴⁸ Más aún, tres semanas después señaló lo favorable o funcional que

⁴⁴ Alan Riding, "Stiff Setback Seen For Ruling Party in Mexico", NYT, 8 de julio, 1988, pp. 1,2. Larry Rohter, "As Mexicans Vote, Fraud y Alleged", NYT, 7 de julio, 1988, p. 9.

⁴⁵ Alan Riding, "Mexican Vote, Turning Point in a Changing Nation", NYT, 8 de julio, 1988, p. 9.

⁴⁶ Larry Rohter, "Mexican Opposition Mobilization Fades", NYT, 13 de julio, 1988, p.3.

⁴⁷ Larry Rohter, "Mexicans Victor Is Challenged By Allies Too", NYT, 11 de agosto, 1988, p. 11.

⁴⁸ Larry Rohter, "Behind The Slap to PRI: The Pocketbook Ballot", NYT, 12 de julio, 1988, p. 10.

le resultaba al nuevo presidente la presión desde la izquierda, pues le ayudaba a mejorar su capacidad de negociación con los acreedores extranjeros.⁴⁹

8.1.9. Conclusión

En las páginas de Newsweek quedó clarísima la existencia de un fraude electoral en México en julio de 1988, lo que ya no resultó tan claro fue si esa ilegalidad la había cometido el partido oficial sin la anuencia del candidato, o si éste había sido participante activo de la conspiración. Es realmente notable el cambio en la postura del semanario con respecto a su actitud preelectoral, lo que revela un claro compromiso del corresponsal en particular y de la revista en general, con la objetividad. No obstante, como se señaló, no en todos los temas hicieron un seguimiento adecuado de los persistentes obstáculos a la democracia.

8.2. La visión conservadora

8.2.1. El fraude electoral

El 8 de julio WSJ reportó las acusaciones opositoras de un gran fraude electoral. El corresponsal no puso en duda el hecho, ni que la caída del sistema electoral fuese una maniobra para que el gobierno pudiera maquillar las cifras. Pero lo realmente importante

⁴⁹ Larry Rohter, "Mexican Shift on Election Seen", NYT, 8 de agosto, 1988, p. D8.

era que no habían sido por órdenes de Salinas, sino que la vieja guardia del PRI lo había traicionado, con lo que había empañado una legitimidad que el candidato tanto había buscado por medio de una elección impecable. También aclaró que, sin lugar a dudas, finalmente las irregularidades no eran tan sustanciales como para cambiar la esencia de los resultados: con o sin ellas, Salinas había ganado.⁵⁰

Ese mismo día el diario reportó descontento en Morelia y dejó entrever la posibilidad de que al menos allí el fraude habría sido significativo.⁵¹ Una columna no firmada del día 11 aseguró que los verdaderos resultados iban a ser objeto de disputa por años, pero eso no impediría que el grupo de De la Madrid y Salinas siguiese trabajando incansablemente para asegurar la democracia en México. Al igual que su contraparte liberal, repitió una y otra vez la idea de que había sido el viejo PRI el responsable de ensuciar la elección, lo cual provocaría un enfrentamiento inevitable con los modernizadores demócratas encabezados por Salinas.⁵²

Otra nota sin firma publicada cuatro días después aseguró que el fraude relativamente insignificante que se había cometido no había sido contra el FDN ¡sino contra el PAN! Es más, el FDN había logrado acarrear votos en la subsidiada Ciudad de México, donde ellos cometieron fraude contra los panistas. Para el autor anónimo era en

⁵⁰ Matt Moffett, "Mexican's Ruling Party Candidate Claims Victory in Presidential Race", WSJ, 8 de julio, 1988, p. 14.

⁵¹ Jonathan Kandell, "Disrupted Election, Mexican Politics thrown into Chaos", WSJ, 11 de julio, 1988, p. 14.

⁵² «Encabezarán una lucha valiente contra los dinosaurios, los emisarios del pasado.» Review Outlook, "Mexicans Cry Fraud in Presidential Vote", WSJ, 11 de julio, 1988, p. 18.

el FDN, y no tanto en el PRI, donde se encontraba lo peor del sistema político retrógrado que los modernizadores de Salinas iban a tratar de combatir.⁵³

Sin embargo, un editorial del diario neoyorquino fechado el 19 de septiembre de 1988 contradujo finalmente el relato anterior. Para Davis Asmah, el sistema político mexicano era igual o más autoritario después del 6 de julio. El fraude estaba avalado por un comentario privado de Fidel Velásquez, según el cual «la clase media votó por el PAN; la clase baja, por Cárdenas, y las computadoras, por Salinas». También citó a un anónimo salinista, para quien el gobierno se había dado cuenta la noche del 6 de julio que Cárdenas iba a ganar, por lo que se desconectó el sistema oficial de cómputo e inventó un resultado favorable. Incluso manifestó simpatía con los esfuerzos del movimiento por el sufragio efectivo de Rogelio Sada, que pedía la designación de un presidente interino y la celebración de nuevas elecciones en 1990. Sin embargo, acabó prediciendo que Salinas, con el apoyo del Estado, lograría sobrevivir a la embestida opositora.⁵⁴

La versión dada por Business Week fue mucho menos intrépida. Nunca abordó directamente la posibilidad del fraude electoral, sino de manera tangencial. Trató el tema como simple asunto de acusaciones, con lo que buscó dar la idea de que eran infundadas.

⁵³ Review Outlook, WSJ, 15 de julio, 1988, p. 14.

⁵⁴ David Asman, "Mexican Opposition is Given a few Feet and Takes a Mile", WSJ, 19 de septiembre, 1988. p. 25.

8.2.2. *Carlos Salinas y el Partido Revolucionario Institucional*

WSJ había esperado una jornada electoral tranquila, en la que el PRI ganase gracias al natural, tradicional e inmenso apoyo del gobierno, con el cual no sería necesario que recurriese a una alteración masiva de los resultados. Sin embargo, aun dentro de la *normalidad*, el periódico sabía que esas elecciones ya no serían enteramente como antes, desde el estallido, seis años atrás, de la crisis económica, el acuerdo tácito entre gobierno y sociedad se había acabado de romper. La revolución y su mito ya eran sólo un recuerdo, y el gobierno ya no era capaz de sostener su imagen como garante del bienestar de las mayorías. Mientras el antiguo arreglo se mantuvo vigente, la opinión pública mexicana toleró el monopolio del PRI en las victorias de los procesos de elección, e, incluso, el triunfo mediante trampas. Pero en adelante ésto ya no sería así. Como fuese, el diario no ocultó su entusiasmo por el desenlace, y el 6 de julio aseguró que Salinas encabezaría una transición sexenal tranquila, y, por el bien de México y Estados Unidos, le deseó éxito.⁵⁵

Después de entrevistarse con el presidente electo, la opinión positiva que sobre él tenía Moffett mejoró aún más. Lo vio como «un ejecutivo joven y muy prometedor que ganó las elecciones por un margen muy cerrado», quien, pese a todo, iba a ser un presidente seguro y capaz. El diario de los negocios festejó la decisión del nuevo mandatario de profundizar los cambios económicos que él mismo había iniciado como

⁵⁵ Jonathan Kandell, "Mexican Ruling Party Flirting With Political Pluralism", WSJ, 6 de julio, 1988, p. 21.

secretario, y confió en que no caería en «errores populistas y autodestructivos», como los que propuso Cárdenas al sugerir que hubiera una moratoria sobre la deuda externa.⁵⁶ Sin embargo, en innegable contradicción con lo anterior, tres semanas después una nota inesperada hizo referencia a una falla de carácter del futuro presidente. Sin más, se refirió al conocido incidente en el que los niños Carlos y Raúl Salinas mataron, como parte de un juego, a una empleada doméstica. La presentación concluyó definiendo al nuevo gobernante como un hombre sumamente intolerante con cualquiera que pensase distinto a él.⁵⁷

8.2.3. *La evaluación de la democracia y el sistema político mexicanos*

En todo el espectro de los medios impresos norteamericanos interesados en México se reconoció que el proceso electoral de 1988 se llevó a cabo con los dados cargados, puesto que el PRI, como siempre, contó con el respaldo de toda la maquinaria del Estado y los medios de comunicación. Siempre aceptó que la equidad nunca existió. Una vez que se asentó el polvo de la *insurrección electoral* y permitió ver lo que había ocurrido, WSJ reportó que en México había tenido lugar un «verdadero terremoto político», pues

⁵⁶ Matt Moffett, "Mexico's President Elect Says His Nation Must Endure Harsh Adjustments to Grow", WSJ, 19 de Julio, 1988. p. 14.

⁵⁷ Matt Moffett, "Embattled Leader: New President-Elect of Mexico is a Cerebral Academic Already in Political Jeopardy", WSJ, 31 de agosto, 1988, p. 22.

ante la falta de resultados oficiales, tanto Cárdenas como Salinas se declararon ganadores.⁵⁸

El periódico reconoció que uno de los efectos colaterales del evento electoral era que la relación de México con Estados Unidos ya no volvería a ser igual.⁵⁹ Consideró que lo mejor que el gobierno norteamericano podía hacer sería apoyar el proyecto de reestructuración de la deuda, porque ante los buenos resultados de la izquierda, sólo con el apoyo externo al programa de liberalización económica, éste mantendría su curso.⁶⁰

Transcurridos cinco días de la elección, en una nota donde dominó un tono, que de tan realista se transformó en cínico, un redactor de WSJ abordó el panorama político mexicano desde una perspectiva compartida por la prensa liberal, es decir, una en donde los reformadores De la Madrid y Salinas aparecían no como autores, sino meras víctimas de un fraude perpetrado por el «ala dura» del PRI. Pero el autor consideraba que ese hecho no debería empañar otro muy significativo: que ambos eran «los verdaderos responsables de la apertura histórica del sistema político mexicano». El diario neoyorquino, identificado con los intereses del gran capital, aseguró que «Carlos Salinas es la víctima de un proceso que va más allá de sus expectativas y deseos».⁶¹

Mes y medio más tarde, Moffett, en una nota inusual que contradecía sus percepciones anteriores y posteriores, no solo criticó a Salinas por su intolerancia, sino

⁵⁸ Matt Moffett, "Mexican Politics Seem For Ever Transformed By Close 3-Way Vote", 11 de julio, 1988, pp. 1,14.

⁵⁹ *Ibidem*.

⁶⁰ Kenneth Bacon, "A U.S.-Mexican Coincidence Gives Opportunity to Patch Relations", The Wall Street Journal, 24 de octubre, 1988, p. 10.

⁶¹ Review Outlook, "Mexicans Cry Fraud in Presidential Vote", WSJ, 11 de julio, 1988, p. 18.

que propuso una explicación más realista que la anterior: había sido él, Salinas, quien empleara al ala dura de su partido para imponerse sobre la voluntad popular.⁶² Lejos de aparecer como víctima, era un discípulo de Maquiavelo; lo ocurrido al sur del Río Bravo terminaba por ser una mala noticia para Estados Unidos: «Un México más plural equivale a uno más inestable, pues, aunque no nos gustara el autoritarismo priista, confiábamos en él para mantener el orden al sur de nuestra frontera.»⁶³ Al día siguiente, el periódico aseguró que la gran tarea del presidente electo no era otra que enfrentar a su opositor de izquierda en una lucha cuya meta debería ser la de recuperar una legitimidad que había quedado en entredicho.⁶⁴

A dos semanas del 6 de julio, *Business Week* no puso en duda que Salinas tomaría posesión el 1 de diciembre; también le resultaba claro que, por el cuestionamiento del resultado electoral, terminaría por ser el ejecutivo más débil en la historia del PRI. En cualquier caso, su reto era negociar con una izquierda fuerte tanto dentro como fuera de su partido, pues resultaba que algunos legisladores obreros del PRI podrían decidirse por apoyar a Cárdenas de tan profundamente antisalinistas que eran.⁶⁵ Como se ve, este

⁶² Matt Moffett, "Embattled Leader: New President-Elect of Mexico is a Cerebral Academic Already in Political Jeopardy", *WSJ*, 31 de agosto, 1988, p. 22.

⁶³ Matt Moffett, "Mexican Politics Seem For Ever Transformed By Close 3 Way Vote", 11 de julio, 1988, p. 1.

⁶⁴ Jonathan Kandell y Matt Moffett, "Mexico's Apparent New President Faces a Series of Challenges to His Legitimacy", *WSJ*, 13 de julio, 1988, p. 18.

⁶⁵ Stephan Barker, "Can Carlos Salinas Get His Balancing Act Together", *Business Week*, 25 de julio, 1988, p. 44.

diagnóstico y este pronóstico coincidían plenamente con los de WSJ de dos semanas atrás.⁶⁶

Un editorial de David Asman en WSJ del 19 de septiembre tranquilizó a los lectores argumentando que, aunque los opositores podían gritar como nunca antes en el Congreso, la esencia misma del sistema político mexicano seguía intacta. El autoritarismo permanecía, lo cual quedaba demostrado, entre otras cosas, por la manera en que el gobierno había reaccionado utilizando incluso al ejército para impedir que los legisladores de la oposición abrieran los paquetes electorales ubicados en el sótano del palacio legislativo.⁶⁷ Luego, el mismo columnista defendió a los neoliberales reformistas mexicanos, que «no son fanáticos, sino pragmáticos», cuya verdadera oposición iba a ser conformada por los viejos corruptos del PRI, como Joaquín Hernández Galicia, *La Quina*. Así, todo había terminado por ser un mero «problema de familia» y no algo realmente serio y estructural.⁶⁸

El 20 de septiembre Matt Moffett interpretó la popularidad de que gozaba el recién ex convicto director de PEMEX, Jorge Díaz Serrano, como muestra del profundo deterioro y descrédito que padecía el sistema político mexicano, puesto que sólo en un momento de desprestigio y enojo generalizado era explicable que un hombre como éste pudiera ser popular.⁶⁹ Esta visión negativa la reforzó a la semana siguiente, cuando

⁶⁶ Matt Moffett, "Mexican Politics Seem For Ever Transformed By Close 3-Way Vote", 11 de julio, 1988. pp. 1,14.

⁶⁷ David Asman, "Mexican Opposition is Given a Few Feet and Takes a Mile", WSJ, 19 de septiembre, 1988. p. 25.

⁶⁸ David Asman, "La Perestroika Mexicana", WSJ, 5 de octubre, 1988, p. 32.

⁶⁹ Matt Moffett, "Ex-Con Mexican Official Makes an Comeback", WSJ, 20 de septiembre, 1988, p. 34.

publicó un reportaje muy crítico sobre La Quina. En Hernández Galicia el corresponsal personificó lo más corrupto y decadente del sistema: este gángster folclórico era inmensamente rico como resultado de una corrupción institucionalizada, que hacía de esta estructura política una muy similar a las dominantes en el África Central.⁷⁰ Un mes después, cuando este siniestro personaje acusó de corrupción al ex director de PEMEX, Mario Ramón Beteta, se demostraba la existencia de una lucha feroz entre renovadores y tradicionales dentro del partido oficial, en la que el líder sindical tenía la intención de avergonzar y deslegitimar al nuevo gobierno.⁷¹

Para concluir con esta etapa, WSJ hizo referencia a Tabasco, donde la jornada electoral también estuvo plagada de irregularidades. La consideró una clara muestra de que, si la transición política mexicana hacia la democracia iba a ocurrir, no sería en un futuro muy cercano.⁷²

En un balance sobre los seis años del gobierno de De la Madrid, el analista Robert Bartley de WSJ identificó como un logro muy positivo la determinación de conducir al país por el rumbo difícil del cambio de modelo de desarrollo económico. Lo negativo fue la inflación, el crecimiento cero en la economía y las «irregularidades electorales», pero no sólo las del 6 de julio de 1988, sino también las de Chihuahua y de otros

⁷⁰ Matt Moffett, "Latin Boss: Mexico's Labor Leader La Quina Wields Power to Test The Mettle Of President Elect Salinas", WSJ, 27 de septiembre, 1988, pp. 1,22.

⁷¹ Matt Moffett, "Accusations Against Former Head of Pemex Further Embarrass the Mexican Government", WSJ, 31 de octubre, 1988, p. 14.

⁷² Cita a González Guevara diciendo que los resultados «son claramente antidemocráticos, no ganamos con el 80% de los votos, eso es ridículo». Matt Moffett, "Mexican Ruling Party Claim of Victory in Local Race Indicates Delay of Reform", WSJ, 14 de noviembre, 1988, p. 14.

procesos locales, en las que para el autor no había duda de que los fraudes habían tenido lugar.⁷³

Ya con Salinas en Los Pinos, el 5 de diciembre de 1988, *Business Week* lamentaba que un individuo sin experiencia electoral previa hubiese llegado tan debilitado a hacerse cargo de la conducción de México. Sin embargo, Baker mantenía la fe en que el «Gorbachov en ciernes» saldría airoso.⁷⁴

8.2.4. Cuauhtémoc Cárdenas y el Frente Democrático Nacional

La sorpresa por el éxito personal y de la izquierda en su conjunto, sin precedentes, fueron constantes en cada referencia a Cárdenas. Pero, ante la posibilidad de que este «candidato populista» lograra bloquear la llegada de Salinas a Los Pinos o, cuando menos, descarrillara al tren modernizador neoliberal, la simpatía que el hijo del presidente mítico logró despertar como avanzada de la democracia en la prensa conservadora norteamericana, terminó por convertirse en preocupación. Existió un temor real por parte de *WSJ* de que lograra encabezar un movimiento de izquierda viable, que agrupase a los numerosos grupos inconformes y que lograra una popularidad propia, más allá de la coyuntural, producto de «una combinación de nostalgia y enojo».⁷⁵

⁷³ Robert Bartley, "De la Madrid's Uncertain Legacy", *WSJ*, 30 de noviembre, 1988, p.26.

⁷⁴ Stephen Barker, "For Salinas The Real Campaign is Just Beginning", *Business Week*, 5 de diciembre, 1988, p. 37.

⁷⁵ Matt Moffett, "Mexican's Ruling Party Candidate Claims Victory in Presidential Race", *WSJ*, 8 de julio, 1988, p. 14. Matt Moffett, "Mexican Politics Seem For Ever Transformed By Close 3-Way Vote", 11 de julio, 1988, pp. 1,14.

En una nota no firmada de WSJ, Salinas fue presentado como un demócrata de fondo que luchaba contra el viejo PRI, de cuyas entrañas más oscuras y corruptas había salido Cárdenas, quien, naturalmente, se apoyaba en uno de los sindicatos priistas más negros: el petrolero. En esas circunstancias, haciendo gala de cinismo, el periódico aseveró que el error del gobierno mexicano había sido «no haberle encontrado el precio a Cárdenas».⁷⁶ Otra nota tan anticardenista como la anterior, sostuvo que el FDN no le restó fuerza al PRI, ya que estaba encabezado y respaldado por el hijo de uno de los fundadores más prominentes y fraudulentos del partido, por un ex presidente del mismo, y apoyado por el peor de los líderes sindicales, La Quina, a quien, de manera clasista, calificaba de *naco*. Para el diario, la verdadera fuerza detrás del liderazgo aparente era el ex presidente Luis Echeverría. A ese tipo de priistas irreformables se enfrentan los verdaderos demócratas neoliberales encabezados por el presidente saliente y el entrante.⁷⁷ Desde México, Alejandro Junco, el dueño de El Norte, en un artículo un tanto críptico publicado por WSJ, coincidió con la teoría de ver al 88 como una conspiración neo populista contra la modernidad.⁷⁸

Jonathan Kandell, de WSJ, en una nota más reflexiva sobre el papel de Cárdenas para la estabilidad, supuso que la serenidad mostrada por el candidato perdedor de izquierda era un indicador de que estaba negociando en secreto con el gobierno.⁷⁹

⁷⁶ Review Outlook, "Mexicans Cry Fraud in Presidential Vote", WSJ, 11 de julio, 1988, p. 18.

⁷⁷ Review Outlook, WSJ, 15 de julio, 1988, p. 14.

⁷⁸ Alejandro Junco de la Vega, "Will Mexico's New President Change the Rules of the Game", WSJ, 15 de julio, 1988, p. 15.

⁷⁹ Jonathan Kandell, "Salinas Appears on the Verge of Presidency, But Cárdenas is Key to Mexican Reaction", WSJ, 12 de julio, 1988, p. 20.

8.2.5. *Manuel Clouthier y el Partido Acción Nacional*

Para WSJ, Clouthier y, sobre todo, su partido eran objetivamente los aliados naturales de Salinas; por tanto esperaba un acercamiento entre ellos —como efectivamente ocurrió— para bloquear al enemigo común: la izquierda.⁸⁰ Diana Solís subrayó la ironía que implicaban los buenos resultados obtenidos por la izquierda: el que el partido de derecha, el PAN, pudiera reforzar su posición frente al gobierno, al que se opuso en lucha solitaria por tantos años. También había ironía en que, a pesar de su ideología neoliberal, Estados Unidos terminara confiando más en el PRI que en la derecha, pues, como señaló un banquero norteamericano, «si la oposición gana, de derecha o de izquierda, habrá caos».⁸¹

8.2.6. *La oposición y su lucha postelectoral*

A pesar de que el día de las elecciones Cárdenas, Clouthier y Rosario Ibarra acudieron juntos a la Secretaría de Gobernación a exigir respeto a la legalidad, la unión de toda la oposición bajo una misma bandera se veía casi imposible. WSJ no creyó que Cárdenas lograra evitar la asunción de Salinas, pero era factible que, dada su popularidad y capacidad de movilización, lograra aglutinar el descontento popular y lo

⁸⁰ Review Outlook, “Mexicans Cry Fraud in Presidential Vote”, WSJ, 11 de julio, 1988, p.18. Review Outlook, WSJ, 15 de julio, 1988, p. 14.

⁸¹ Diana Solís, “Vote Gains Cheer Mexican Conservatives”, WSJ, 14 de julio, 1988, p.22.

canalizara en torno a un partido de amplia izquierda, el cual no era el mejor de los escenarios futuros.⁸²

Entre el 28 de julio y el 15 de agosto se hizo evidente para la prensa norteamericana conservadora que la desconfianza entre los dos grandes opositores al PRI llevaría al fracaso cualquier posibilidad de un frente común contra el fraude. La izquierda no cedía en su reclamo de triunfo; más de un panista tradicional consideraba que «reconocer la victoria de Salinas es el camino, pues es el menos malo de los dos». Clouthier pudo buscar un acuerdo con Cárdenas, pero no su partido.⁸³

Ese mismo 15 de agosto, apareció una nota de Moffett, redactada con cierta simpatía con respecto a la campaña postelectoral de Cárdenas contra el fraude. Aunque no se podría evitar que Salinas se hiciera con la presidencia, de todas formas su esfuerzo ya era todo un éxito, puesto que, adonde quiera que fuese, la gente se arremolinaba en torno a él con gran emoción y con la convicción de que a su candidato le habían robado la elección. La intención final era usar esa energía para consolidar un partido de izquierda amplia.⁸⁴

Con respecto a la conflictiva calificación del legislativo en torno a la elección presidencial, Moffett refirió que el siempre sumiso San Lázaro había cambiado casi por completo y se había transformado en un campo de batalla, donde la oposición no podía

⁸² Matt Moffett, "Cardenas Begins Protest Moves In Mexico City", WSJ, 18 de julio, 1988, p. 15.

⁸³ Matt Moffett, "Suspicion Within the Mexican Opposition Cools Attempts to Undo Election Results", WSJ, 28 de julio, 1988, p. 12. Matt Moffett, "Mexico's Leaders of Opposition Dispute Vote", WSJ, 15 de agosto, 1988, p. 14.

⁸⁴ Matt Moffett, "Cardenas, Runner-Up in Mexican Vote Still Ranks First in the Minds of Many Mexicans", WSJ, 15 de agosto, 1988, p. 12.

bloquear los trámites, pues el PRI se imponía con su mayoría simple; pero en cada paso se protagonizaba un escándalo mayúsculo, inusitado para los mexicanos.⁸⁵ Finalmente, lo ocurrido en el Congreso el 1 de septiembre de 1988 —la interrupción del informe presidencial— fue reportado como la consecuencia lógica pero inesperada de la crisis postelectoral y de un fraude que sí había ocurrido.⁸⁶

8.2.7. *La situación económica*

La economía es la verdadera preocupación de Business Week. Como el candidato oficial había triunfado con un margen muy estrecho y muy cuestionado, la izquierda estaba más fuerte que nunca: existía una posibilidad real de que el nuevo presidente tuviera que negociar con sus adversarios al punto de detener el proceso de cambio estructural de la economía mexicana. Pero, como no hay mal que por bien no venga, derivado de su debilidad tenía una posición de fuerza para negociar con Washington y los acreedores utilizando el fantasma amenazante de la izquierda.⁸⁷ WSJ coincidió con esta preocupación, que se alivió un tanto cuando el 15 de julio De la Madrid y Salinas aseguraron públicamente que el rumbo económico se mantendría sin alteraciones a pesar

⁸⁵ Matt Moffett, "Once- Stared Mexican Congress in Mexico Becomes a Loud Political Show", WSJ, 17 de agosto, p. 17.

⁸⁶ Matt Moffett, "Opponents Disrupt Presidential Speech on Mexican President", WSJ, 2 de septiembre, 1988, p. 10.

⁸⁷ Stephan Barker, "Can Carlos Salinas Get His Balancing Act Together", Business Week, 25 de julio, 1988, p. 44.

del cambio en el clima político. Sin embargo, la verdadera fuerza de la promesa iba a depender de la capacidad de Salinas para reposicionarse tras el duro golpe en las urnas.⁸⁸

En su segundo reporte, *Business Week* señaló que, «después de la paliza sin precedentes que sufrió el PRI en las pasadas elecciones», el gobierno estaba teniendo dificultades crecientes para hacer valer el Pacto de Solidaridad Económica. Por primera vez, la gente parecía inconforme con la orientación económica del gobierno. Para acabar de empeorar las cosas, el precio del petróleo volvió a bajar y los déficits comerciales y fiscales a subir.⁸⁹

Por su lado, *WSJ* consideró que para Salinas resultaba imperativo lograr un crecimiento económico rápido a fin de recuperar parte de la legitimidad perdida en las urnas. Pero no sólo eso, era absolutamente necesario para que México se mantuviera en la senda recién iniciada del neoliberalismo económico. En todo caso, la preocupación de fondo era que la izquierda lograra la fuerza suficiente para descarrilarlo.⁹⁰

8.2.8. Conclusión

Me parece que la nota publicada por *WSJ* cinco días después de la jornada electoral engloba la idea central que manejaron los medios norteamericanos sobre las elecciones

⁸⁸ Stephan Barker y Matt Moffett, "Mexican President-Elect Sees No Changes in Economic Policy", *WSJ*, 15 de julio, 1988, p. 19.

⁸⁹ Stephan Barker, "Mexico City Takes the Path of Most Resistance", *Business Week*, 15 de agosto, 1988, p. 58.

⁹⁰ Matt Moffett, "Salinas Prescription For Mexico's Troubles is Growth", *WSJ*, 22 de noviembre, 1988, p. 16.

en México. Aseguraba ese diario que «Salinas es la víctima de un proceso que va más allá de sus expectativas y deseos». Razonando de esta manera, resultaba que el ganador oficial, y no la oposición perdedora, era el actor más perjudicado por el fraude perpetrado por el partido que había gobernado México de manera ininterrumpida desde 1929. Además, aclaraba que lo ocurrido en México era una mala noticia para Estados Unidos y no por ir en contra de la práctica democrática sino, «pues ser más plural equivale a más inestable, pues, aunque no nos gustara el autoritarismo priista, confiábamos en él para mantener el orden al sur de nuestra frontera».⁹¹

Sin duda, de los examinados, WSJ resultó ser el medio más crítico del sistema político y del proceso electoral de 1988. Esto se debe a que, si bien el periódico del centro financiero mundial simpatizaba abiertamente con el proyecto de reforma neoliberal del presidente saliente y del entrante, consideraba que no era lo suficientemente profundo. Por otro lado, tanto los medios conservadores como los liberales compartieron el desprecio por el viejo PRI. Ambos enfoques, con matices, incluyeron a Cárdenas y al FDN como una parte de ese viejo aparato; de esta manera, le restaron legitimidad a su reclamo democrático. Finalmente, resultó que para la prensa conservadora todo lo que oliera a PRI, es decir, a populismo y estatismo, resultaba menos aceptable que para la liberal. Por lo mismo, Salinas y los suyos estuvieron bajo mayor sospecha cuando fueron examinados por la lente de los conservadores que cuando

⁹¹ Matt Moffett, "Mexican Politics Seem For Ever Transformed By Close 3-Way Vote", 11 de julio, 1988, pp. 1,14.

lo fueron por la de los liberales. A fin de cuentas, como casi siempre, el orden y estabilidad fueron lo principal sobre las preocupaciones por la democracia.

9. CONCLUSIÓN

La convivencia entre dos vecinos muy distintos en aspectos tan variados como son el étnico y el religioso, su desarrollo institucional, económico y político y sobre todo, su nivel de riqueza, como es el caso de México y Estados Unidos, es única, no tiene paralelo con ninguna otra en el mundo contemporáneo. Esto hace que esa relación, sea bilateral o en las arenas multilaterales, sea sumamente compleja y accidentada. En ella todo lo que el gigante del norte haga o deje de hacer, tiene el potencial de afectar directa e incluso profundamente el contenido y forma del comportamiento del vecino pequeño del sur.

Estados Unidos se ve a sí mismo y actúa a partir de una serie de principios e ideas muy fijas, a cuyo conjunto se le puede llamar «mentalidad norteamericana». A pesar del paso de los siglos, de la heterogeneidad étnica y religiosa y de los cambios materiales que este país experimentó, en su cultura cívica no sólo se ha mantenido, sino que se ha reforzado, la certeza de una superioridad moral y material que le ha sido otorgada por la gracia divina y que se refleja justamente en sus sorprendentes éxitos materiales. En conjunto, los norteamericanos están seguros que, por la voluntad del Dios cristiano, ellos constituyen la «ciudad en la cima de la montaña» cuyo ejemplo ilumina al resto de la humanidad. Esta serie de creencias forman el núcleo una ideología poderosísima que une, articula y determina la forma en la que la superpotencia juzga y actúa con respecto al resto del mundo.

Una consecuencia lógica de la visión dominante en Estados Unidos es que la democracia liberal, que tan bien ha funcionado ahí, resulta ser la única forma de

organización política y económica válida. Según el momento histórico, ese país se conciba a sí mismo como un mero ejemplo para el resto o como un actor que se considera obligado a imponer a otros unos principios incuestionablemente buenos.

En lo que concierne a la etapa que se aborda en este trabajo, Estados Unidos atravesaba por un renacer conservador bajo el liderazgo del Partido Republicano, encabezado por el presidente Ronald Reagan. Este último actuó como un personaje profundamente convencido de la superioridad de su país y del deber que tenía, gustase o no, de propagar la democracia liberal al resto del mundo. Así, durante este período, un discurso idealista combinado con un pragmatismo —a todas luces contradictorios desde, al menos, la década de 1940—, se acentuaron pero convivieron felizmente como pocas veces, gracias a la idea superior de renovar el combate contra un supuesto avance del comunismo y su “imperio del mal”. No sólo se dio la brecha entre los ideales y las acciones de la que habla Huntington (2002: 218), sino que la contradicción transcurrió sin problemas. La prensa norteamericana no escapó a esta idea del mundo y a su proyecto, sino que formó parte de él, lo cual se reflejó en la actitud hacia los eventos políticos en México, en particular las elecciones presidenciales de 1988.

Carlos Salinas, un tecnócrata formado en su etapa final en el sistema educativo norteamericano, que enarbolaba un discurso neoliberal, encuadró muy bien en el proyecto, mentalidad y preferencias norteamericanas de la época. Él y su grupo eran justo lo que la gran potencia quería no sólo para México, sino para todos en sus circunstancias: la promesa de modernidad política y apertura económica al mercado internacional y la aceptación entusiasta del liderazgo norteamericano.

Sin embargo, a pesar de las intenciones y deseos de los norteamericanos interesados en México --y de muchos mexicanos, especialmente de la elite--, las cosas no resultaron como hubieran querido. En 1988, para ganar una vez más las elecciones e imponerse sobre una oposición particularmente vigorosa, el partido de Estado mexicano y su abanderado tuvieron que echar mano de un fraude generalizado y de un muy evidente «maquillaje electoral». La magnitud y profundidad de la ilegalidad que tuvo lugar entonces aún no se conocen, pero desde el primer día se tuvo conciencia de la misma, tanto en México como en el exterior.

En 1988, a pesar de todo lo dicho en Estados Unidos a favor de la promoción y compromiso moral con la democracia liberal en el resto del mundo, los intereses norteamericanos en torno a México chocaron de frente con el contenido del discurso tradicional. Lo que a Estados Unidos le interesaba sobre otras cosas en el caso de su vecino del sur, era la preservación de su estabilidad política; luego, la continuidad de las reformas neoliberales —ambas cosas se suponían garantizadas por el salinismo—, y, finalmente, como algo deseable pero no indispensable, la promoción de la democracia política. Al momento de entrar en conflicto en México los intereses y el ideal norteamericanos, tanto el gobierno como la prensa de Estados Unidos —con excepciones de algunos corresponsales— reaccionaron de forma similar: en defensa o, al menos, aceptación del triunfo de Salinas, es decir, de sus intereses sobre sus supuestos valores democráticos. Todo esto al amparo de una ideología que les aseguraba estar por encima de los demás.

La década de 1980 resultó particularmente difícil en lo económico para México, y para el régimen también en lo político. Los norteamericanos estuvieron siempre muy

conscientes que, si presionaban mucho, el sistema político mexicano, que ya no tenía la fuerza de antaño, podría derrumbarse, provocando lo que más temían: una inestabilidad generalizada que derivaría en migración masiva y vía libre para los narcotraficantes y otros intereses antagónicos a Estados Unidos. Ante tal escenario, el gobierno de Washington prefirió sostener el autoritarismo del gobierno mexicano y le ayudó.

En las notas de prensa sobre la situación política de México en vísperas de las elecciones, tanto entre liberales como conservadores, estaba claro el entusiasmo que despertaba el candidato oficial, en quien vieron la encarnación de un supuesto proyecto modernizador. Más allá de las diferencias entre cada uno de los corresponsales y sus editores sobre la interpretación de lo ocurrido y la magnitud del fraude del 6 de julio, en ningún momento alguien se atrevió a insinuar o, menos aún, exigir a su gobierno que presionase a fondo a la contraparte mexicana para aprovechar la coyuntura y lograr la transición democrática.

Excepto por algunas notas en WSJ y Newsweek, existió un consenso para presentar a Salinas, y no la oposición, como el más afectado por el fraude electoral generalizado que se dio a su favor. Consideraron los medios norteamericanos que el modernizador había sido la víctima y no el autor de una gran maquinación antidemocrática. Aseguraron que los sectores más recalcitrantes, corruptos y retrógrados del partido de Estado, habían sido quienes se habían negado a aceptar el fin del carro completo y los privilegios que éste les daba; por lo cual desoyeron los llamados “sinceros” a la legalidad democrática que formuló su candidato, con el que siempre estuvieron a disgusto, justamente por ser muy distinto de los llamados “políticos tradicionales”.

Al final de cuentas, a la prensa aquí examinada le sirvió de consuelo —y justificación— la idea de que, una vez en Los Pinos, Salinas iba a desterrar a los “dinosaurios”, y llevaría a su partido y al país en su conjunto por el difícil, pero promisorio, camino de la modernidad política. Así, lo ocurrido el 6 de julio y los días posteriores representó para los medios aquí analizados un lamentable tropiezo en un camino, ya emprendido, sin retorno hacia el progreso. Una y otra vez subrayaron la paradoja de que, gracias a un fraude cometido por los más conservadores del PRI, un verdadero progresista hubiera llegado a la presidencia, y no Cárdenas, quien, a pesar de venir de la izquierda enarbolando la bandera del cambio, representaba, en realidad, un viejo populista nostálgico. Los corresponsales, pero, sobre todo, sus editores en Estados Unidos, concluyeron que al final México iba a ganar con el atropello a la legalidad, pues los responsables del fraude se habían auto liquidado al maquinarlo y cometerlo, dejándole así el camino libre a Salinas, de quien sólo lamentaban su pérdida de legitimidad y la consecuente debilidad inmediata que una victoria bajo sospecha le acarrearía en el corto plazo, pero la que, finalmente, podría superar.

El hecho de que WSJ resultara ser el observador más crítico —o menos complaciente— que sus contrapartes liberales con respecto a las obvias irregularidades que ocurrieron el 6 de julio, se explica también por su rechazo, si no franca repulsión, al viejo PRI. Para ellos el populismo estatista que había dominado en México desde los años treinta, y sus vicios y corruptelas, eran las anclas que mantenían a México estacionado en el subdesarrollo. Para WSJ, la única forma de superar de manera efectiva el estancamiento económico de México consistía en cambiar de raíz todo el sistema político en su conjunto. El periódico de los grandes negocios en Estados Unidos también

confiaba en que Salinas pudiera ser el líder del cambio, pero, como partido, sus simpatías estaban con el PAN; a sus ojos, ésta era la única agrupación política comprometida desde siempre con el proyecto que realmente era compatible con una economía de mercado y un Estado de Derecho.

Al justificar el supuesto compromiso de los modernizadores mexicanos —Carlos Salinas y su grupo— con las formas autoritarias de conducir el proceso electoral de 1988, la prensa norteamericana, de manera indirecta, también estaba justificándose a sí misma. Al asumir que en el candidato oficial había, en realidad, un demócrata escondido, se lograba, al menos en el papel, compaginar el hecho de un nuevo triunfo de un partido que había monopolizado el poder desde 1929, con los valores centrales de la moral política estadounidense, que son la democracia, la legalidad y la libertad.

Finalmente, lo que este trabajo quiere dejar en claro es que, en el caso de México y su proceso político de 1988, la prensa de Estados Unidos se comportó de acuerdo a lo que se definió como la «mentalidad norteamericana», que funcionó dentro de la coyuntura de un renacimiento conservador, moralista y de un activismo anticomunista notorio. No obstante, los medios de prensa, al igual que el gobierno norteamericano, al momento de enfrentarse a la disyuntiva entre apoyar en la práctica en México el discurso democrático que tanto pregonaban para alentar la transición democrática —sus ideales— y sostener los intereses objetivos de estabilidad en su vecino del sur, se inclinaron casi en su totalidad por lo segundo. Esto demuestra una vez más que para Estados Unidos los intereses están por encima de la retórica de democracia como única forma válida de organización política, no importa qué tan exaltada sea ésta.

10. FUENTES

10.1. Fuentes bibliográficas

- AI CAMP, Roderic (1993), *Politics in Mexico*, Oxford, Oxford University Press.
- AGUAYO, Sergio (1996), *El panteón de los mitos*, México, DF, Grijalbo, El Colegio de México.
- ALCÁZAR, Mario Antonio (1970). «Las agrupaciones patronales en México», en *Jornadas*, núm. 66, México, DF, El Colegio de México.
- ALMOND, Gabriel, y Sidney VERBA, eds. (1980), *The Civic Culture Revisited*, California, Sage Publications Inc.
- ANDERSON, Benedict, (1996), *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso.
- ANDERSON, Martin (1997), «Reagans Long Term Legacy», en Eric J. Schmeitz, Natalie Datlof and Alexej Ugrinoky, (eds.), *Ronald Reagan's America*, Westport, Connecticut, Hofstra University - Green Wood Press.
- ARREOLA, Carlos, y Juan Gustavo GALINDO, «Los empresarios y el Estado en México», en *Foro Internacional*, vol. 25, núm 2, México, DF, El Colegio de México.
- ASTÍE BURGOS, Walter (1998), *México y Estados Unidos: entre la cooperación y el desacuerdo*, México, DF, Siglo XXI.
- BAILYAN, Bernard, David BRION *et al* (1977), *The Great Republic*, Lexington, Massachusetts, D.C. Heath and Co.
- BEARD, Charles A. (1950), «On Puritans», en George Waller (ed.), *Puritanism in Early America*, Boston, D.C. Health and Co.
- BERRUGA FILLOY, Enrique (1982), *La visión del tercer mundo en la prensa de los Estados Unidos: 1973-1975*, Tesis de Licenciatura, México, DF, El Colegio de México, Centro de Estudios Internacionales.
- BLACHMAN, Morris J., William M. LEOGRANDE y Kenneth SHARP, eds. (1986), *Confronting Revolution: Security through Diplomacy in Central America*, New York, Pantheon Books.
- BLEDOSE, Ralph C. (1997), «The Presidency of Ronald Reagan», en Eric J. Schmeitz, Natalie Datlof and Alexej Ugrinoky, (eds.), *Ronald Reagan's America*, Westport, Connecticut, Hofstra University - Green Wood Press.
- BRANDENBURG, Frank (1964), *The Making of Modern Mexico*, Englewood Cliffs, New Jersey, Prentice-Hall.
- BRAVO MENA, Luis Felipe (1982), «Coparmex and Mexican Politics», en Sylvia Maxfield y Ricardo Anzaldúa (eds.), *Government and Private Sector in Contemporary Mexico*, University of California at San Diego, Center for U.S.-Mexican Studies.
- BRUHN, Kathleen (1997), *Taking on Goliath: The Emergence of a New Left Party and the Struggle for Democracy in Mexico*, Pennsylvania, Pennsylvania State University Press.
- CENTENO, Miguel Ángel (1994), *Democracy within Reason: The Technocratic Revolution in Mexico*, Pennsylvania, Pennsylvania State University Press.

- CHAND, Vikram K (2001), *Mexico's Political Awakening*, Notre Dame, Indiana, University of Notre Dame Press.
- CORNELIUS, Wayne (1996), «Mexican Politics in Transition: The Breakdown of a One-Party Dominant Regime», en *Monograph Series*, núm. 41, California, University of California at San Diego, Centre for U.S-Mexican Studies.
- CRAIG, Ann, y Wayne CORNELIUS (1980), «Political culture in Mexico: Continuist and Revisionist Interpretations», en Gabriel Almond y Sidney Verba (eds.), *The Civic Culture Revisited*, California, Sage Publications Inc.
- DALLEK, Robert (1984), *Ronald Reagan and the Politics of Symbolism*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press.
- DAVIS, A. Marvyn (1955), *Fundations of American Freedom*, New York, Abingdon Press.
- DIERENFIELD, Bruce (1997), «A Nation Under God: Ronald Reagan and the Conservative School Prayer», en Eric J. Schmertz, Natalie Datlof and Alexej Ugrinoky, (eds.), *Ronald Reagan's America*, Westport, Connecticut, Hofstra University - Green Wood Press.
- DOMINGUEZ, Jorge, ed. (1982), *Economic Issues and Political Conflict: U.S. - Latin American Relations*, Boston, Buttersworth Scientific.
- DOMÍNGUEZ, Jorge, y James MCCANN (1994), «Whither the PRI? Explaining Voter Defection in the 1988 Election», en Jorge Domínguez (ed.), *Essays on Mexico, Central and South America*, New York, Garland Series.
- (1996), *Democratising Mexico: Public Opinion and Electoral Choices*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- DOMÍNGUEZ, Jorge I. (1999), «The Transition of Mexico's Electoral and Party Systems, 1988-1997: An Introduction», en Jorge I. Domínguez (ed.), *Towards Mexico's Democratisation: Parties, Campaigns, Elections and Public Opinion*, New York, Rutledge.
- EDWARDS, Lee (1999), *The Conservative Revolution: The Movement that Remade America*, New York, Free Press.
- EKIRCH, Arthur A., Jr. (1969), *The Decline of American Liberalism*, New Jersey, Atheneum.
- EMERY, Michael y Edwin (1996), *The Press and America*, Boston, Allyn and Bacon Co.
- ERB, Richard (1979), «Formulating U.S. Policy Towards Mexico», en Richard Erb y Sydney Ross (ed.), *U.S. Policy Towards Mexico: Perceptions and Prescriptions*, Washington, D.C., American Enterprise Institute for Public Policy and Research.
- FLAWN, Peter (1979), «A Regional Perspective», en Richard Erb and Sydney Ross (ed.), *U.S. Policy Towards Mexico: Perceptions and Prescriptions*, Washington, D.C., American Enterprise Institute for Public Policy and Research.
- GERMANI, Gino (1978), *Authoritarianism, Fascism and National Populism*, New Jersey, Transaction Books.
- GOOBERMAN, Lawrence A. (1974), *Operation Intercept*, New York, Pergamon Press.
- GRAYSON, George W. (1984a), *The United States and Mexico: Politics of Influence*, New York, Praeger Publishers.
- (1984b), *The United States and Mexico: Patterns of Influence*, New York, Praeger Publishers.

- GURRÍA TREVIÑO, José Ángel (1988), «La reestructuración de la deuda: el caso de México», en Stephany Griffith-Jones (ed.), *Deuda externa, renegociación y ajuste en América Latina*, México, DF, Fondo de Cultura Económica.
- HALEY, Edward (1970), *Revolution and intervention: The Diplomacy of Taft and Wilson with Mexico*, Cambridge, Massachusetts, y London, England, MIT Press.
- HANSEN, Roger (1970), *The Politics of Mexican Development*, Baltimore, Johns Hopkins Press.
- HARTZ, Louis (1955), *The Liberal Tradition in America*, San Diego, Harvest Books.
- HOFSTADTER, Richard (1965), *The Paranoid Style of American Politics and other Essays*, New York, Alfred A. Knopf.
- HUNT, Michael H. (1987), *Ideology and U.S. Foreign Policy*, New Haven, New Jersey, Yale University Press.
- HUNTINGTON, Samuel (1970a), «Introduction», en Samuel Huntington y Clement H. Moore (eds.), *Authoritarian Politics in Modern Society: The Dynamics of Established One-Party Systems*, New York, Basic Books Inc.
- (1970b), «Social Institutions and Dynamics of One Party Systems», en Samuel Huntington and Clement H. Moore (eds), *Authoritarian Politics in Modern Society: The Dynamics of Established One-Party Systems*, New York, Basic Books Inc.
- (1991), *The Third Wave: Democratisation in the Late XX Century*, Oklahoma, University of Oklahoma Press.
- (2002), «American Ideals versus American Institutions», en John Ikenberry (ed.), *American Foreign Policy: Theoretical Essays*, Georgetown University Press.
- HYNDS, Ernest (1980), *American Newspapers in the 80's*, New York, Hastings House Publishers.
- KARNES, Thomas L. (1972), *The American Policy of the United States*, Tucson, Arizona, The University of Arizona Press.
- KOLKO, Gabriel (1969), *The Roots of American Foreign Policy: An Analysis of Power and Purpose*, Boston, Bacon Press.
- KRIGER, Joel, ed. (1993), *The Oxford Companion to the World of Politics*, Oxford University Press.
- KRISTOL, Irving (1983), *Reflections of a Neoconservative*, New York, Basic Books Inc.
- KRYZANEK, Michael J. (1986), *U.S. - Latin American Relations*, Westport, Connecticut, Praeger.
- LINZ, Juan (1970), «A Single Party as a Source of Legitimacy», en Samuel Huntington y Clement H. Moore (eds.), *Authoritarian Politics in Modern Society: The Dynamics of Established One-Party Systems*, New York, Basic Books Inc.
- (2000), *Transitions from Authoritarian Regimes*, Boulder, Colorado, Lynne Publishers.
- LIPSET, Seymour Martin (1996), *El excepcionalismo norteamericano*, México, DF, Fondo de Cultura Económica.
- LOAEZA, Soledad (1999), *El Partido Acción Nacional: la larga marcha, 1939-1994. Oposición leal y partido de protesta*, México, DF, Fondo de Cultura Económica.
- LOGAN, Mark P. (1994), *The Reagan Doctrine: Sources of American Conduct in the Cold War Last Chapter*, Westport, Connecticut, Praeger Press.

- LOPEZ PORTILLO, José (1986), *Mis Tiempos: biografía y testimonio político*, México, DF, Fernández Editores.
- LOWENTHAL, Abraham (1983), «Ronald Reagan and Latin America: Coping with Hegemony in Decline», en Kenneth A. Oye, Robert J. Leiber y Donald Rothchild (eds.), *Eagle Defiant: United States Foreign Policy in the 80's*, Boston, Little Brown and Co.
- (1991), «Learning from History: The United States and Latin American Democracy», en Abraham Lowenthal (ed.), *Exporting Democracy: The United States and Latin America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- LUJAMBIO, Alonso (2000), «Democratisation through Federalism? The PAN Strategy, 1939-2000», en Kevin Middlebrook (ed.), *Conservative Parties, the Right, and Democracy in Latin America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- LUNA, Matilde, Ricardo TIRADO y Francisco VALDÉS UGALDE (1987). «Business men and Politics in Mexico, 1982-1986», en Sylvia Maxfield y Ricardo Tirado (eds.), *Government and Private Sector in Contemporary Mexico*. California, UCSD, Center for U.S. - Latin American Studies.
- LUSTIG, Nora (1991), *México, the Remaking of an Economy*, Washington, D.C., Brookings Institution Press.
- MAZZA, Jacqueline (2000), *Don't Disturb the Neighbour: The U.S. and Democracy in Mexico*, London, U.K, Routledge.
- MCGEE, Gale W (1979), «A U.S. Perspective», en Richard Erb y Sydney Ross (ed.), *U.S. Policy Towards Mexico: Perceptions and Prescriptions*, Washington, D.C., American Enterprise Institute for Public Policy and Research.
- MÉNDEZ VILLAREAL, Sofia, ed. (1986), *La crisis internacional y América Latina*, México, DF, CIDE, Fondo de Cultura Económica.
- MILLER, Perry (1950), «The Puritan Way of Life», en George Waller (ed.), *Puritanism in Early America*, Boston, D.C. Health and Co.
- MESS, Edwin III (1997), «The Ronald Reagan I Knew: Politics, Policy and Personal Relationship», en Eric J. Schmertz, Natalie Datlof y Alexej Ugrinoky (eds.), *Ronald Reagan's America*, Westport, Connecticut, Hofstra University – Green Wood Press.
- MOLINEU, Harold. (1986), *U.S. Policy Towards Latin America*, Boulder, Colorado, West View Press.
- MOORE, Clement H. (1970), «A Single Party as a Source of Legitimacy», en Samuel Huntington y Clement H. Moore (eds.), *Authoritarian Politics in Modern Society: The Dynamics of Established One-Party Systems*, New York, Basic Books Inc.
- MOTT, Frank Luther (1961), *American Journalism, a History*, New York, The MacMillan Co.
- NEUSTADT, Richard (1990), *Presidential Power and Modern Presidents: Politics of Leadership from Roosevelt to Reagan*, New York, Maxwell MacMillan International.
- NORTON, KATZMAN, ESCOTT, CHADACOFF, PATERSON, TUTTLE *et al.* (1995), *A Nation and People: A History of the United States*, 2 vols., Boston, Massachusetts, Houghton Mifflin Co.

- OJEDA, Mario (1976), *Alcances y límites de la política exterior norteamericana*, México, DF, El Colegio de México, Centro de Estudios Internacionales.
- OYE, Kenneth A. (1983), «Internacional System Structure and American Foreign Policy», en Oye y Rothschild (eds.), *Eagle Defiant: U.S. Foreign Policy in the 80's*, Boston, Little Brown and Co.
- ÖZBUDUN, Ergun (1970), «Established Revolution vs. Unfinished Revolutions: Contrasting Patterns of Democratisations in Turkey and Mexico», en Samuel Huntington and Clement H. Moore (eds.), *Authoritarian Politics in Modern Society: The Dynamics of Established One-Party Systems*, New York, Basic Books Inc.
- PACKENHAM, Robert (1973), *Liberal America and the Third World*, N.J., Princeton University Press.
- PASTOR, Robert (1987), «The Reagan Administration and Latin America Eagle Insurgent», en Kenneth A. Oye, Robert J. Leiber y Donald Rothchild (eds.), *Eagle Resurgent? The Reagan Era in American Foreign Policy*, Boston, Little Brown and Co.
- PELLICER, Olga, y Rafael FERNÁNDEZ DE CASTRO (eds.) (1998), *México y Estados Unidos, las rutas de la cooperación*, México, DF, Instituto Matias Romero-ITAM.
- PETERSON, Paul (1997), «Ronald Reagan and the Reformation of American Conservatism», en Eric J. Schmeitz, Natalie Datlof y Alexej Ugrinoky (eds.), *Ronald Reagan's America*, Hofstra University - Green Wood Press, Westport, Connecticut.
- REYNA, José Luis (1977), «Redefining the Authoritarian Regime», en José Luis Reyna y Richard S. Weinert (eds.), *Authoritarianism in Mexico*, Inter American Politics Series, vol. 2, Philadelphia, Institute for the Study of Human Issues.
- REYNA, José Luis, y Edgar BUTLER (1993), «Political Transition in Mexico: It's Importance Upon U.S.-Mexican Relations», en Daniel G. Aldrich, Jr., y Lorenzo Meyer, *Mexico and the United States: Neighbours in Crisis*, UC Mexus.
- RIDING, Alan (1985), *Distant Neighbors*, New York, Alfred A. Knopf.
- RODRÍGUEZ ALEJANDRE, Raúl (1986), *El espejo roto: visiones de la prensa norteamericana sobre el sistema político mexicano*, Tesis de Maestría, CIDE, México, DF.
- ROSS, Stanley (1979), «Mexican American Relations: A Historical Perspective», en Richard Erb y Sydney Ross (eds.), *U.S. Policy towards Mexico: Perceptions and Prescriptions*, Washington D.C., American Enterprise Institute for Public Policy and Research.
- RUIZ DE CABAÑAS, Miguel (1992), «Mexico's Permanent Campaign: Costs, Benefits and Implications», en Peter Smith (ed.), *Drug Policy in the Americas*, University of California at San Diego, Westview Press.
- (1998), «Intereses contradictorios y mecanismos de cooperación», en Olga Pellicer y Rafael Fernández de Castro (eds.), *México y Estados Unidos, las rutas de la cooperación*, México, DF, Instituto Matias Romero-ITAM.
- SANDERS, Sol W. (1986), *Mexico: Chaos on our Doorstep*, Boston, Madison Books.
- SASTAINGTS TEILLERY, Juan (1986), «México, la violencia monetaria actual», en Sofía Méndez Villareal (ed.), *La crisis internacional y América Latina*, México, DF, CIDE, Fondo de Cultura Económica.

- SAVELL, Max (1950), «Introduction», en George Waller (ed.), *Puritanism in Early America*, Boston, D.C. Heath and Co.
- SCHLESINGER, Arthur (1983), <<Foreign Policy and the American Character>> en Kenneth Oye (ed.), *Eagle Defiant. United States Foreign Policy in the 1980s* Boston Massachusetts, Brown, 1983.
- SCHMERTZ, Eric J. (1997), «Preface», en Eric J. Schmertz, Natalie Datlof y Alexej Ugrinoky (eds.), *Ronald Reagan's America*, Westport, Connecticut, Hofstra University - Green Wood Press.
- SMITH, Clint (2000), *Inevitable Partnership: Understanding U.S.-Mexican Relations*, Boulder, Colorado, Lynne Reinner Publishers.
- SMITH, Peter (1992), *Drug Policy in the Americas*, California, University of California at San Diego, Westview Press.
- (1996), *Talons of the Eagle. Dynamics of U.S. - Latin American Relations*, Oxford University Press.
- STORY, Dale (1986), *Industry, the State and Public Policy in Mexico*, Austin, Texas, University of Texas.
- SZÉKELY, Gabriel (1985), «La crisis de los precios del petróleo», en Pablo González Casanova y Héctor Aguilar Camín (eds.), *México ante la crisis*, México, DF, Siglo XXI.
- TABELL, John (1984), *The Media in America*, New York, Thomas Y. Crowell Co.
- (1985), *The Press and the Presidency: From Washington to Reagan*, Oxford University Press.
- TINDALL, George B. y David E. SHI (1989), *America*, New York, W. W. Norton and Co.
- TIRADO, Ricardo (1987), «Los empresarios y la política partidaria», en *Estudios Sociológicos*, vol. 5, núm. 15, México, DF, El Colegio de México.
- TOQUEVILLE, Alexis de (1988), *Democracy in America*, New York, Harper Perennial Publishers.
- TORO, Celia (1992), «Unilateralism and Bilateralism», en Peter Smith (ed.), *Drug Policy in the Americas*, University of California at San Diego, Westview Press.
- TORRES, Oscar Noé (1988), *México y Estados Unidos ante el problema del narcotráfico*, Centro Latinoamericano de Estudios Estratégicos A. C.
- VILLAR, Samuel I. del (1989), «Controlling the U.S.-Mexican Drug Market», en Guadalupe González y Marta Tienda (eds.), *The Drug Connection in U.S. - Mexican Relations*, University of San Diego, Center for U.S.-Mexican Studies.
- WALLACE, Mike (1997), «The Reagan Years: A Reporters Notebook», en Eric J. Schmertz, Natalie Datlof and Alexej Ugrinoky, (eds.), *Ronald Reagan's America*, Westport, Connecticut, Hofstra University - Green Wood Press.
- WEBER, Max (1958), *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, The Scribner Library.
- (1983), *Economía y sociedad*, México, DF, Fondo de Cultura Económica.
- WEINERT, Richard S. (1977), «Introduction», en José Luis Reyna y Richard S. Weinert (eds.), *Authoritarianism in Mexico*, Inter American Politics Series, vol. 2, Philadelphia, Institute for the Study of Human Issues.

- WHITEHEAD, Laurence (1991), *The Imposition of Democracy*, en Abraham Lowenthal (ed.), *Exporting Democracy: The U.S. and Latin America*, Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- WIARDA, Howard J. (1992), *American Foreign Policy Towards Latin America in the 80's and 90's: Issues and Controversies from Reagan to Bush*, New York, New York University Press.
- WILLIAMS, William A. (1980), *Empire as a Way of Life*, Oxford University Press.

10.2. Fuentes hemerográficas

10.2.1. *Business Week*

19 de octubre, 1987

Stephen Barker, "For De la Madrid Its Almost like Being Reelected".

28 de octubre, 1987

Stephen Barker, "The Debtors Revolt Is Spreading in Latin America", pp. 88-90.

9 de mayo, 1988

Stephen Barker, "AeroMexico Bankruptcy", pp. 48-49.

6 de junio, 1988

Stephen Barker, "The Management of Growth in Mexico's North", p. 66.

10.2.2. *Newsweek*

12 de octubre, 1987

William Burger, "Mexico's Heir Apparent", p. 28.

9 de noviembre, 1987

William Burger, "Blighted and Burgeoning", p. 30.

23 de noviembre, 1987

Joseph Contreras, "Mexico, a House Divided", p. 13.

13 de junio, 1988

Stryker McGuire, "Mexico City Hazy Future", p. 26.

20 de junio, 1988

Peter Katel, "A Surprise on Mexican Television", p. 27.

27 de junio, 1988

Stryker McGuire, "The New Politics of Mexico", p. 8.

27 de junio, 1988

Stryker McGuire, "Mexico's New Politics: Salinas, the All-But-Certain Winner, Is Trying to Cut the Knots of Tradition".

10.2.3. *The New York Times (NYT)*

2 de febrero, 1987

William Stock, "Who's the Heir Apparent? It's not yet Apparent", p. 7.

5 de marzo, 1987

Larry Rohter, "Mexico's Governing Party Backs Status Quo", p. 7.

15 de marzo, 1987

Larry Rohter, "Mexico's Ruling Party Battles Founders Son", p. 6.

13 de julio, 1987

Larry Rohter, "Mexico Succession: a Diviners Sport", p. 6.

16 de agosto, 1987

Larry Rohter, "Dissidents in Mexico's Ruling Party Challenge Half-Century of Tradition", p. IV 2.

29 de agosto, 1987

Larry Rohter, "Candidate Breakfasts Give Mexico Taste of Politics", p. 3.

5 de septiembre, 1987

Larry Rohter, "Mexican Opposition Parties See a Rare Opportunity", p. 5.

4 de octubre, 1987

Larry Rohter, "Mexico Asks the Candidates Name", p. 9.

5 de octubre, 1987

Larry Rohter, "A Mexican on the Fast Track", pp. 1, 8.

6 de octubre, 1987

Larry Rohter, "With Salinas More of the Same", p. 3.

6 de octubre, 1987

Larry Rother, "A Man for one of Mexico's Crisis", p. 34.

6 de octubre, 1987

Larry Rohter, "Hurdles Await Mexico's Next Leader", p.3.

7 de noviembre, 1987

Larry Rohter, "Mexican Rightist Party Chooses Candidate", p. 7.

8 de octubre, 1987

Jorge G.Castañeda, "Two Roads Await Mexico's Next Chief", p. 39.

12 de octubre, 1987

Larry Rohter, "Bussines Groups Welcome Mexico's Candidate", p. D4.

13 de octubre, 1987

Larry Rohter, "For Latin America, A Greening at the Top", p. 3.

25 de octubre, 1987

Larry Rohter, "Go-It Alone Race Irks Mexico's Left", p. 17.

23 de noviembre, 1987

Larry Rohter, "Go-It Alone Race Irks Mexico's Left", p. 17.

19 de enero, 1988

Larry Rohter, "Mexican Candidate Ties Repayment of Foreign Debt to Economic Growth", p.7.

13 de febrero, 1988

James Reston, "Salinas: Let's Be More Open", p. 4.

- 13 de febrero, 1988
 Jorge G Castañeda, "Mexico, After Reagan and De la Madrid", p. 27.
- 14 de marzo, 1988
 Larry Rohter, "For Mexico's Rulers, Victory is Not Enough: Respect Must Also be Won", pp. 1,10.
- 27 de abril, 1988
 Larry Rohter, "Mexico's Ruling Party Woos Mistrustful State", p. 4.
- 27 de abril, 1988
 Larry Rohter, "In the Footsteps of Cárdenas, Cárdenas Campaigns", p. 16.
- 3 de mayo, 1988
 Larry Rohter, "To Lay Waste a Dynasty: A Northern Barbarian", p. 4.
- 13 de mayo, 1988
 Larry Rohter, "Extra! Extra! A Race You Won't Hear All About", p. 4.
- 20 de mayo, 1988
 Larry Rohter, "Dispute Is Watched for Omens for Mexican Presidential Vote", p. 6.
- 6 de junio, 1988
 Larry Rohter, "Mexican Quits Race, Trying to Unite Left", p. 3.
- 21 de junio, 1988
 Larry Rohter, "A Political Effervescence in Mexico", p. 3.
- 28 de junio, 1988
 Larry Rohter, "Vote Fraud Charges Fill Mexican's Air", p. 8.
- 29 de junio, 1988
 Larry Rohter, "Mexican Party Practices Protests over Vote Fraud", p. 3.
- 3 de julio, 1988
 Larry Rohter, "Mexicans Want Salinas and Some Opposition", p. 3.
- 3 de julio de 1988
 Larry Rohter, "Rulers in Mexico Face Voting Test", p. 3.
- 3 de julio de 1988
 Richard Feinberg, "What Mexico's Next President Must Do", p. 3.
- 3 de julio, 1988
 "Mexico's Radical Insider", p. 18.
- 5 de julio, 1988
 Larry Rohter, "A Killing Inflames Mexican Campaign", p. 3.

10.2.4. *The Wall Street Journal (WSJ)*

- 3 de marzo, 1987
 David Asman, "The PRI's Cure in Southern Mexico", p. 32.
- 17 de marzo, 1987
 Terrance Roth, "Mexico's Leader Enters Lame Duke Stage that Was Undoing of Two Presidents", p. 3.

- 8 de abril, 1987
Marie Williams Walsh, "Dissidents in Mexican Ruling Party Demand it Behave More Democratically", p. 26.
- 27 de abril, 1987
Marie Williams Walsh, "Mexico Ruling Party Woos Mistrustful State", p. 26.
- 5 de junio, 1987
George Grayson, "The Twilight of Don Fidel", p. 25.
- 9 de junio de 1987
George Grayson, "Peoples Choice: Local Primaries, New Phenomenon for Mexican's Excite Voters throught Country", pp. 1,25.
- 3 de julio, 1987
Douglas Pine, "With Soviet Nod, Mexico Gushes Over Nicaragua", p. 13.
- 9 de julio, 1987
Marie Williams Walsh, "Mexico's Ex Finance Minister Reenters Political Spotlight after Fall from Grace", p. 12.
- 10 de septiembre, 1987
David Asman, "Is the Mexican Recovery For Real", p. 32.
- 24 de septiembre, 1987
Matt Moffett, "Mexico Eagerly Awaits Presidential Pick", p. 22.
- 5 de octubre, 1987
Marie Williams Walsh, "Ruling Mexican Party Choice is Sign of More Mexican Austerity", p. 19.
- 12 de octubre, 1987
Shepard Barbash, "Mexican Share Prices is Seen Counting as Mexican Presidential Choice Pleases Investors", p.27.
- 5 de noviembre, 1987
Matt Moffett, "Labor Discontent Rock Mexican Politics".
- 25 de noviembre, 1987
Matt Moffett, "Mexico's Decision to Let the Peso Slide Destroys Confidence in Nation's Leader", p. 11.
- 11 de diciembre, 1987
Matt Moffett, "Mexican Unions Plan Showdown on Price Surge", p. 21.
- 18 de diciembre, 1987
Sergio Aguayo, "Behind the Public Profile of the Mexican Private Sector", p. 23.
- 21 de diciembre, 1987
Matt Moffett, "More Mexicans Face Black Christmas as Austerity Impact Begins to Sink In", p. 17.
- 6 de enero, 1988
Matt Moffett, "Mexican Aids Estimate Result of Debt Plan", p. 25.
- 22 de febrero, 1988
Matt Moffett, "Mexico's Plan to Tie Wages to Inflation Arouses Ire in both Business and Labor", p. 18.
- 29 de marzo, 1988
Matt Moffett, "A Leftist Mexican Weekly Tweaks Politicians Policies", p. 26.
- 6 de abril, 1988

- Matt Moffett, "Anti Inflation Plan in Mexico is Seen Aiding Ruling Party", p. 20.
9 de abril, 1988
- Matt Moffett, "Mexican Ruling Party Can't Lose, But Campaigns Hard", p. 20.
19 de abril, 1988
- Matt Moffett, "The Son of Revered Mexican Politician Cant Win, but Populist Ideas Might", p. 20.
10 de mayo, 1988
- Matt Moffett, "Mexican Opposition's Filipino Advisers Help it Battle Entrenched Ruling Party", p. 43.
24 de junio, 1988
- Dick J. Reavis, "Why the Mexican Middle Class Will Vote For PRI", p. 19.
30 de junio, 1988
- Matt Moffett, "Mexican Ruling Party Wins Because of Men like the Garbage King", p. 1.
1 de julio, 1988
- Matt Moffett, "Mexican's Convert as a Matter of Politics", p. 34.